



CUATRO CURIOSIDADES DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

De las imágenes de la Virgen llamadas de los Reyes, de la Sede y de las Batallas.—Del cuerpo y de la espada de S. Fernando.—De los velos del altar.—De la fábrica del templo.

I.

LA insigne Biblioteca Colombina cuenta, entre tantos tesoros literario-históricos como guarda, estimabilísima colección de tomos de varios, donde, en poco ordenada agrupación, que aumenta el atractivo que siempre encierra para el curioso investigador semejante clase de volúmenes, se encuentran documentos peregrinos y copia de sorprendentes y desconocidas noticias relativas á variado género de materias. Y bien se echará de ver que las concernientes á las cosas de la Santa Patriarcal Iglesia no han de ser las que menos abunden, siendo, como es la tal biblioteca, la propia del cabildo catedral, y por él fundada, acrecentada y sostenida (1).

(1) En uno de los ciento y tantos tomos de que consta la colección de *Varios* á que nos referimos, se halla una lista de las numerosas obras que poseía la catedral sevillana antes de recibir el valioso donativo de D. Fernando Colón.

Tras de ellas me eché, con voracidad fomentada por el ansia de buscar, en tranquilas especulaciones meramente literarias, descanso y lenitivo á fatigas y sinsabores anexos siempre á quien, mal pertrechado, toma plaza en el desconcierto de nuestra administracion pública, por más que se ampare bajo capa de literatura, erudición y otras zarandajas de poco pelo en la estacion en que nuestros desdichados tiempos han caído.

La necesidad de no desatender, en mucho ni en poco, el cargo oficial á que se debe mi estancia al pie de la Giralda, ha limitado tanto las horas disponibles para mis visitas á la vecina biblioteca (antes de que los terribles calores de esta tierra las redujesen á ninguna), que no he podido pasar de reunir una docenilla de noticias que estimo algo curiosas y entiendo no son muy conocidas. Y para que no envejezcan, como tantas otras sepultadas en mi arqueológico escritorio (que algunos llaman bargueño), doylas á la estampa por si á alguien le prestan alguna utilidad ó le sirven de algún recreo, y antes de que cualquier espigador se adelante á ponerlas en letra de molde.

Voy á empezar, según ya me he cuidado de indicar, por transcribir lo que se halla en el volumen número 29 de la colección de tomos de *Varios*, en folio, tocante á la imagen conocida por Nuestra Señora de los Reyes, y está tomado del *Compendio Historial de las imágenes de María Santísima que ay en el mundo*, escrito por el sevillano Juan de Ledesma, y cuyo original inédito poseía el canónigo de la misma iglesia de Sevilla, D. Francisco de la Cuesta.

Después de escribir en el capítulo V del libro XIII que «la Imagen de Nuestra Señora de los Reyes fué la que enttro Triumphando en Sevilla en la prosesion y triumpho que ordeno S. Fernando,» dice de esta manera en el capítulo I del libro siguiente:

«La composicion y fabrica de la presiosa Imagen de Nuestra Señora de los Reyes es Admirable y extraordinaria porque tiene mouimientos por las cuyunturas como si esttu biera viua y así pueden sentarla ó empie y los brazos hazen ttodas las acciones que quieren que haga. En los zapa-

»tos tiene flor de liz de lo qual anttomado... fundamento de
 »escriuir que... fue del glorioso S. Luis... el qual selaymbió
 »a el Santo Rey D. Fernando... y en cada vna de las flores
 »de liz que tiene en los zapattos tiene vnas letras Lombardas
 »que dizen *Amor*. Los zapattos son postizos de cordouan
 »azul oscuro punttiagusados mui apretados... tiene vnas
 »medias calzadas pardas que son de Varnis y en la caveza
 »vn mazo de cauellos mui grueso y Largo de Vara y media
 »de oro hilado como cauellos nattuales esta siempre sentta-
 »da en vna silla con espaldar y los pies sobre vna Almohada
 »de espolin de oro finísimo que le dio el Santo Rey. Está en
 »vn tabernaculo de platta con sus puertas que es mui precio-
 »so y de grandisima estimazion... es de la estatura... de
 »vna gallarda y gentil muger... Vn capellan R.¹ mui deuotto
 »de esta Señora quese auia criado ensu seruizio medijo que
 »la camisa quettenia estta tansana y limpia como si oy se la
 »hubieran puesto y no ay memoria de quando se la pusie-
 »ron.» Y concluye refiriendo la conocida leyenda de que
 unos ángeles la fabricaron, á semejanza de la que se apare-
 ció á San Fernando, porque éste no halló artista que la la-
 brase á su satisfacció.

Antes de esto, en el capítulo VII del libro XIII, trata de
 la Virgen de la Sede, y sobre ella escribe al *pintar* el retablo
 del altar mayor, que: «Encima del Sagrario estta la Virgen
 »de la sede cuia hermosura y ornatto es celeberimo. En vn
 »Libro antiguo mano scriptto en pergamino del tiempo del
 »Santto Rey D. Fernando que estta en la Libreria desta
 »Sta. Iglesia dize que el Rey D. Alonso el Sauio partio la
 »Iglesia en dos partes yguales en la partte deel poniente
 »sepuso el santto sacramento y la Santa Imagen de nuestra
 »Sra. de la Sede... la cual es de plata de martillo de mui
 »suprema escultura en trage y Vestimento moderno hecho
 »coleta el cabello y vn paño otoca encima sin modo de toca-
 »do (ni) hecho de platta y a su hijo preciosisimo en los bra-
 »zos sentado como su madre santissima en vna silla de plat-
 »ta en la mano derecha tiene un glouo o mundo de christal
 »guarnecido en vna vara ozetro que se muebe y buelue aqual-
 »quiera partte hecho con grande arttificio y primor.»

Acercas de la última de las tres imágenes de la Virgen (de que he tropezado, en el referido manuscrito, con noticia digna de transcribirse), que es la ebúrnea llamada de las Batallas, vierte una especie contraria á la tradición, que se tiene por fundada, de que S. Fernando solía llevarla, en las expediciones marciales, sobre el arzón de su silla. Pues hablando de los cuerpos reales que se hallaban, como hoy se hallan, en la misma capilla que la Virgen de los Reyes, escribe (en el citado capítulo V del libro XIII):

«... En la capilla estaban sepultados... cada vno en su caixa y el pecho del santo Rey tenia vna Imagen pequeña de nuestra Sra. esculpida en Marfil la qual trahia consigo siempre en todas las Batallas puesta en el estandarte que llevaba delante.»

II.

Lo que cierto curioso anónimo consignó en un papel incluido en el tomo 122 (328 moderno), de lo que él vió y observó cuando fué abierto el sepulcro de San Fernando, con el motivo que no se olvidó de expresar, es tan interesante que, aunque algo extenso, no puedo por menos de insertarlo aquí, si bien descartando todo aquello donde brilla más la piedad del escritor y hay poco de valor arqueológico. Con ello me excuso de entrar en género alguno de aclaraciones. Tampoco he de hacer ningún comentario, pues hartos surgirán, de la simple lectura de lo que aquí copio, al menos perspicaz lector.

«En diez y siete de Março de mil seiscientos y sesenta y ocho se hizo la visita del cuerpo del Sto. Rey D. Fernando por D. Antonio Paino, arzobispo de Sevilla, y su provisor y dos dignidades de Su Sta. Iglesia, jueces remisoriales para el proceso de su canonicacion. Este dia vide el dicho cuerpo Santo, quedandome á medio dia en su Real Capilla..... Abriose la tumba primera que se cierra con tres llaves y es de nogal, ó borne. Tiene otra segunda caixa que se cierra

»con dos medias puertas, y está cubierta de terciopelo azul,
 »con un galoncito carmesí, todo muy antiguo. Dentro desta
 »esta otra caxa más ancha por el pie que ataud, cuya cubierta
 »ó puerta es tumbada ó semicircular, y está cubierta de una
 »muy rica tela encarnada, ó carmesí, y guarnecida de una
 »cruz de plata de martillo de muy primorosa labor, que la
 »coge de arriba abaxo y tendrá dos manos de ancho el hasta
 »y braços della. Abierta esta tercer caxa se quitó un telliz de
 »tafetán carmesí, y quedó manifiesto el Santo cuerpo, cau-
 »sando en los que le víamos (*sic*) un extraño gozo y espanto,
 »el ver vna cossa tan rara como un cuerpo incorrupto des-
 »pues de cuatrocientos y diez y seis años.

»Es de estatura cumplida. Tiene vestida vna ropa de vna
 »tela que no se puede conocer que genero de texido sea. Es-
 »tá toda jaquelada de las armas reales de castillos y leones,
 »y con unas mangas ajustadas. Por la cabeza tiene la misma
 »tela puesta al nacimiento del cabello. No pudimos percibir
 »si estaba ceñida como corona, ó era como vna capilleta pe-
 »queña al modo de las que tienen las muçetas, ó si era cofia
 »con oregeras, porque estorbaba para discernirla la almohada,
 »en que tiene el santo cuerpo embebida la cabeça que con el
 »peso á hechoso lugar por enmedio y por los lados esta aven-
 »tada. Está echado en vn colchoncillo y almohada de raso
 »carmesí ya muy maltratado. Tenia puestos vnos zapatos, ó
 »sandalias de cordovan verde con vnas laborcitas doradas y
 »en lugar de orejas y cintas vnas hebillas para atarlos. Allí
 »hubo quien dixo que eran de espuelas, pero las hebillas es-
 »tavan atadas ó vnidas al zapato y no avia indicio de tales
 »espuelas. Tenia estas sandalias sobre el pie desnudo sin otro
 »calçado alguno. Eran como cosa de tres dedos más largos
 »que los pies, la punta como triangular aguda, y lo demás
 »era calado y de unas tiras, por las quales se via la carne del
 »pie y sus dedos. Eran de la forma que está al margen. Te-
 »nia puesta encima del pecho una espada sin más guarni-
 »cion que vna cruz, segun y de la forma que la espada que
 »se saca en procesion el dia de San Clemente; pero la guar-
 »nicion desta, esto es, la cruz, puño y pomo es de plata la-
 »brada de unos granitos al modo de la zapa. Está embaina-

»da en una baina de cordovan la carnaza fuera de color de
 »ambar, con su contera, y á trechos unas braçaderas de
 »plata..... entre dos tirando uno de la guarnicion y otro de la
 »vaina no la pudimos desembainar. Estaba tambien alli suelta
 »una sortija de oro que parecia baxo, labrada con mucho oro,
 »y sin labor alguna ni esmalte, con vna piedra azul que pa-
 »recia zaphiro del tamaño de vna haba mediana, y de figura
 »oval. Tiene vn baston, ó cetro de granadillo, ó otra madera
 »que lo parece....., de cosa de vna bara de largo, con unos
 »extremos de marfil..... Los dedos tiene sin cutis. La razon
 »de faltar es que á tenido muchos anillos de que ha quedado
 »solo el arriba dicho y de ponerlos y quitarlos le han mal-
 »tratado.....

» Juzgo que faltar la carne en las piernas es porque á sido
 » la parte (por estar el santo cuerpo entre las tumbas de la
 » Reina D.^a Beatriz y el Rey D. Alonso el Sabio) por donde
 » a podido llegar la gente que en tantos siglos le a visto, con
 » ansia de llevar reliquia, y an podido ir quitando poco a po-
 » co, lo qual no a sucedido en los pies por estar defendidos
 » de los dichos zapatos, y desto soy yo buen testigo por lo
 » mucho que me consta que aquel dia quitaron de su vestido,
 » y telliz, de que a mi me an tocado buenos pedazos y tam-
 » bien de los zapatos, y a la noche que le volvi á ver le ha-
 » llé sin zapatos, y el pie izquierdo rasgado desde el empeine
 » hasta donde nacen los dedos. Está el santo cuerpo flexible
 » y se dobla con toda facilidad por sus coyunturas.....:

»
 » á la dicha hora (quatro de la tarde) vino el Sr. Arzobispo.
 » Subieron los juezes
 » sobre el resalto de marmol en que está la tumba que con-
 » tiene el Santo cuerpo, porque para darles este lugar se qui-
 » taron de alli las tumbas de los Reyes D. Alonso el Sabio y
 » D.^a Beatriz.....

» Abrieronse las dichas Tumba y caxas interiores..... pero
 » dentro dellos no podian ver el cuerpo tantas personas como
 » era necesario le examinasen, por lo qual mando el Sr. Ar-
 » zobispo que sacasen de la Tumba las otras caxas y ponerlas
 » sobre el plano del marmol. Hizose esto con mucha dificul-

»tad por estar muy apretadas las caxas y tumba vnas con
 »otras y con mucha fuerza y golpes con los quales quebra-
 »ron las visagras de la tumba y..... le dieron varias vuel-
 »tas ya volviendolo de los pies ya de la cabeza..... á la no-
 »che para componer la ropa del santo cuerpo se volvió á
 »abrir...»

A lo que contiene el papel que acabo de copiar sobre la espada de S. Fernando, voy á añadir únicamente (1), el texto, íntegro por ser breve, de una real cédula, cuya copia se encuentra en el tomo 76 (de los mismos de *Varios*), expedida por Felipe II en el año 1576, disponiendo qué persona había de llevar en su mano la espada del Santo Rey en la procesión del día de S. Clemente en que se ganó Sevilla á los musulmanes. Y concedo los honores de la reproducción á este documento, no tanto por referirse á esa sagrada reliquia, como por encerrar expresiva muestra de la extensión que entonces se concedía á la acción administrativa y del alcance, ante nuestras ideas de hoy ridículo, que tenía la gobernación del Estado. Hele aquí:

«El Rey—Mui Revdo. in Christo P. Arzobispo de Sevilla, del nuestro Consejo, y Venerables Dean, y Cabildo de la Iglesia Cathedral de la dicha Ciudad. Ya sabeis, que el día de S. Clemente de cada un año, que es el dia en que se ganó de los Moros esa dicha Ciudad por el Sr. Rey D. Fernando se acostumbra a hacer una Procesion solemne en commemoracion de la Victoria, e lleva en ella la espada del dicho Sr. Rey el Sacerdote, que el dia dice la misa; y por que a nuestro servicio conviene que de aqui adelante el nuestro Asistente que es, o fuere de esa ciudad lleve la dicha espada en la Procesion con el acompañamiento y pompa, y en la parte, y lugar que las personas seglares algunas veces la han acostumbrado llevar, y no el sacerdote como se solia hacer, ni otra persona alguna: Vos mandamos que

(1) En algunos ejemplares mss. de la *Crónica* de D. Juan II, incluso en uno de la misma Biblioteca Colombina, se dan detalladas noticias de cómo se hallaba entonces esta histórica espada con motivo de haberla llevado varias veces á la guerra contra los musulmanes el infante regente D. Fernando.

»asi lo hagais, y cumplais, porque esta es nuestra voluntad,
 »y contra esta nuestra cédula no vais, ni paseis, ni consintais
 »ir, ni pasar en manera alguna. Fecha en el Pardo á 30 dias
 »del mes de Septiembre de 1576 años.—Yo el Rey.—Por
 »mandado de S. M., Antonio de Eraso» (1).

III.

No se me oculta que ofrece, á primera vista, muy escaso interés el asunto de que paso á tratar. Téngole, sin embargo, por no faltoso de alguno, bajo el concepto histórico-litúrgico, piedra fundamental de la Arqueología Sagrada, considerada en su esfera propia, totalmente distinta de la peculiar de la Historia del Arte.

Prescindo de descender á dar en este lugar noticias generales sobre lo que eran, y mucho menos sobre lo que significaban, los velos del altar, cuyo uso está ahora reducido á las semanas de Pasión y Santa, por ser cosa, aunque poco conocida, fácil de encontrar en cualquier tratado de antigüedades litúrgicas.

En el capítulo VII de la *Regla vieja*, incluido en los *Estatutos y Constituciones de la Santa Iglesia de Sevilla*, se contiene una curiosa disposición digna de que la concedamos lugar entre las noticias insertas en este articulejo. Dice así:

«Ordenamos e mandamos que á los lados del Altar se pongan cortinas decentes para tal lugar, e estén juntas con el Altar, e assi mesmo se haga en todos los Altares de la dicha Iglesia y capillas; porque el preste esté mas recogido, y con mayor atencion y deuocion para administrar y exercer tan santo misterio.»

Pero lo que considero verdaderamente interesante, es el

(1) En el mismo sentido, y hasta reproducida al pie de la letra, se envió otra cédula al Consejo y Regimiento de la Ciudad, fechada en 30 de octubre siguiente.

acuerdo capitular, de que se halla copia en el tomo 100 de la misma colección de *Varios* (Núm. 346 moderno), hacia el medio de él, y que creo debe insertarse aquí íntegro. Dice de este modo: «En Martes cinco días del mes de Marzo de mill y seiscientos y ochenta y seis años los Señores dean y Cabildo de la Santa yglesia Metropolitana y Patriarcal de Sevilla juntos Capitularmente en su Cabildo ordinario como lo an de Vssso y Costumbre presidiendo el Sr. Dr. D. francisco de monte y Verategui Dean y Canónigo: Mandaron que de aqui adelante se limite el Vssso del Velo del Altar Mayor desta santta yglesia, a solo desde las Primeras Visperas dela Dominica de Passion hasta el Sauado santo ala ora que se Vsaba descubrir el Altar, y siendicho tiempo ocurriere fiesta de Primera clase a de estar descubierta el Altar como asi mismo el jueves santo porlamanãana, y que en las ferias per aunum nien Adviento nien quaresma, ni en honrras de SSrs. Prebendados no se cubra el Altar ni se corra dicho Velo; y asi mismo mando el Cabildo quede la cortina Blanca que se pone en dicho Altar mayor se Vsse tan solamente quando se Vsase de dicho belo, y que este presente año que por estar ya puesta en el Altar este recojida aun lado del hasta que sirua el dia señalado, y en lo adelante no se ponga dicha Cortina hasta el dia que se ade correr y para determinar sisea de correr dicho Velo en otras ocas.^{nes} y ocurrencias ademas de la arriba referida sem.^{do} el Cauildo llamar para despues de la Dominica in Aluis, y mando que siantes de determinar en dicho llamamiento ocurriere alguna funcion, o ocasion delas que estan por determinar no se cubra el Altar ni corra dicho belo y asi lo acordaron y mandaron fho Vt supra D. Alonso Benito de Medina secretario.»

IV.

Lo que sin duda alguna encierra verdadero interés, y aun más, cierto interés de actualidad, es el documento con cuya copia voy á poner fin á este artículo.

Es indudable que la pretensión del Cabildo, de labrar una *iglesia tal e tan buena, que no haya otra su igual* (1), no estaba exenta de peligros. Bien lo demostró la ruina del cimborrio que se desplomó en la noche del 28 de diciembre de 1511. Y tanto más graves resultaron cuanto que no hubo el mayor esmero en la elección de materiales, ni se tuvieron en cuenta suficientemente las condiciones meteorológicas de la localidad, castigada de continuo de huracanes y tormentas (2).

Quizá tuvo parte en algo de eso el conflicto económico que surgió por efecto de una probable imprevisión. Resultando ser preciso recurrir al arbitrio, harto prodigado desgraciadamente en esos tiempos, de las indulgencias que fueron concedidas por Sixto IV, expidiendo la correspondiente bula en el año de 1473 (3).

(1) Así se consignó en el muy conocido auto capitular de 8 de julio de 1401.

(2) Entre el buen número de noticias que se hallan sobre desperfectos sufridos por la catedral á consecuencia de accidentes meteorológicos, tomo estas dos, de las que he encontrado en el volumen 100 de la misma colección de *Varios*, y se refieren á la Giralda y á los años respectivamente de 1504 y 1592.

«Viernes Sto. cinco de Abril, quando el pueblo y todo el clero estaba en los divinos oficios... se vió repentinamente leuantarse un terrible terremoto... se vió la torre de la iglesia mayor remouerse i temblar de manera que de suyo cinco y más vezes se tocaron las campanas, y algunos dizen que vieron la dicha torre auierta por sus quatro esquinas y que assimismo vieron que la sustentaba vn Agel abrazado porque no caiesse.»

«En 5 de Março vn huracan torció el cerrojo de la puerta del Perdon donde recitan (sic) los carros y torció el Pomo de la Giralda, Viernes 18 de Septiembre, se sacó de la barra la Giralda y se puso sobre el andamio, sacose la barra y baxose al 2.º patio del Collegio de S. Miguel, allí le endereçó Juan Barba, Herrero de la Fábrica, y se volvió á poner viernes 25 de Septiembre. Auiase torcido en la tormenta de San Fra. (sic).»

(3) Leese en ella:

..... *accepimus Ecclesia S. Maria Hispalensis..... adeo mirifico et sumptuoso opere inchoata fuerit, et insuis, structuris, et edifiitiis indie in completa verisimiliter remaneret, nisi pijs fidelium suffragiis iubaretur.....*

Y señala lo que se debía dar para obtener las gracias espirituales, desde *rex...* hasta *inferiores: duos floreros auri de Aragonia, ... unum, quatuor y duo Regalia monete Regni Castille.*—Está fechada. *Rome apud Sanctam Mariam Majorem, anno inc. 1473 Kal May.*—*Pontifis nostri anno 11.*

Una copia del siglo XVIII forma parte del tomo 119 la continuamente citada colección de *Varios*.

El contenido del documento á que no vacilo en conceder especial importancia, y que se halla bajo el núm. 70, en el tomo 20 de la misma colección anteriormente citada, es el que se sigue:

«Illmo. Señor:

» Joseph tirado Maestro Mayor de obras y lorenzo fernan-
 »dez deyglesias Maestro de obras de Canteria Criados de
 »V. Illma. Que con V. S. reconocimos los reparos de que
 »careze estta santa yglesia y son los Quesesiguen = lo Prime-
 »ro Que las paredes de la nabe Mayor y Cruzero que cargan
 »sobre los Arcos torales esttan de Quadrado y descubiertas
 »y por ellas abajo baja el agua a los arcos y bovedas. Y para
 »ebitar este daño se les a de echar vna costra de Argamason
 »de cal de piedra dura mezclada con Arena de mina como la
 »tubo y tiene en partes o solar dichas paredes con ladrillos
 »de gran magnitud tambien se puede solar con ladrillo ordi-
 »nario ubena cal y arena y poca corriente quanto corra el
 »agua. Y así mismo en las quiebras que tienen dichas pare-
 »des de Alto âbajo sean de ligar consillares Atrechos para su
 »Vnion y fortaleza y ebitar Que las aguas no deziendan por
 »ellas abajo Que les sirue de gran perjuicio Al templo y sean
 »de aprettar sus juntas con rras de pisaras cal y arena.

»Tocante á las quiebras de las bobedas Que las ay en di-
 »ferentes bobedas Queson entrando por la Puerta prinçipal
 »segunda Y terzera sobre el Monumento estas estan partidas
 »de Alto abaxo sus dobelas de quadrado Que su remedio es
 »ponerle dobelas nuevas Quitando las quebradas Y otra bo-
 »beda sobre el coro que tiene sus dobelas partidas que su
 »remedio es ponerle otras Quitando aquellas, asimismo ay
 »otras dos bobedas en la nabe colateral que arriman a la ca-
 »pilla del Sr. S. Joseph Y del Sr. Serbantes [Arzobispo Cer-
 »vantes] estas estan floxas por sus junttas Carezen de apre-
 »tarlas con rras de pizarras buena cal y arena Vnas y otras
 »se han de descubrir por ariba. Asimismo la capilla de esca-
 »las tiene Vna abertura por ariba. Que tambien la tiene, de
 »las Piedras Y estta sea de abrir y las piedras de las quiebras
 »apretarlas con pizarras. Y asimismo selea de quitar Vn pe-

»dazo de Argamason Que tiene Que, casi es tierra por donde
 »se rrecalan las aguas. Y asi esta como las demas sean de
 »bolber asolar con buena cal y arena=Asimismo sean de
 »hazer los tres remates que VS. Vio Que caen sobre el Cru-
 »zero y Capilla mayor y se mandaron Quitar por el perjuicio
 »que de ellos podia resultar Cayendo sobre las nabes Colate-
 »rales esto es preciso Que se buelban hazer por Que por sus
 »Ajustes baja el agua por la pared á los Arcos y bobedas y
 »Junto por la fealdad Y estan sobre lo prinzipal del templo Y
 »capilla mayor y para mayor seguridad a estos dichos rema-
 »tes se les an de echar sus Almas de Mármolon en lugar
 »de fierro Que los afianze y no los parte Y cada uno de los
 »dichos remates el Maestro de Cantteria se obliga por precio
 »de quatrocientas y cinquenta con todas sus molduras Y la-
 »bores Que correspondan a los questán frente y que su altura
 »pasa de quatro baras y bara en Quadro de planta y se lea
 »de ayudar á subirlos y sentarlos.

»Y asimismo ay otros muchos remates Que comiençan
 »aora á partirse y Queles falta la Vltima y penultima piedra,
 »estas es preciso se les pongan por Queesta el Alma de fierro
 »descubierta y por ellas descende el agua. Y con la costra
 »Que cria el fierro parte los dichos remates como se ve y
 »con el rreparo no suzedera. Y otros rremates ay Que tienen
 »sus piedras labradas Y solo falta sentarlas y asimismo ay
 »Vn caracol principal Queeste esta partido el macho de los
 »escalones, y este no tiene seguridad ninguna es preciso re-
 »pararlo.

»Asi esto Comottodo lo demas referido es preciso surrepa-
 »ro Antes Quesobrebenga alguna ruina Yde ello resulten
 »Grandes costos pues oy se a echo conzepto de Que Costara
 »todo hastta mill y quinientos ducados y en qual Quiera bo-
 »boda Quesuzeda costtara mas.

»Asi mismo sean de rebocar las azotteas Y bobedas Con
 »gran Cuidado y sean de echar Unas çintas de ladrillo sobre
 »las bobedas arimadas y en bebidas en dichas paredes para
 »echar fuera las aguas de los temporales.

»Y para todos estos reparos que tocan á la canteria seran
 »menestter hastta treinta Carretadas de piedra con las Medi-

»das que cada cosa por si demanda, el Maestro de Cantteria
 »se obliga a traer la Carretada puesta a su costta en la Puer-
 »ta de las Canpanas por precio de 35 rs. siendo asi Que para
 »el sagrario costto á 50 rs. la Carretada, y para hazer el rre-
 »paro de dichas bobedas emos discurrido Azer el Andamio
 »proximo a las bobedas sin Que aya pie derecho ni cosa Que
 »enbaraze ni sea Costtosa Y en quantto a la cal de Piedra
 »dura hemos discurrido Que en el termino de Lerena se bus-
 »que piedra aparente para que su conducion Cuestte poco por
 »Que de no abia de ser de Moron.

»Y este es nuestro parezer Que emos echo Legalmente,
 »anuestro Leal saber y lo firmamos.—En 15 den^e de 1708
 »años.»

JOSÉ VILLA-AMIL Y CASTRO.





CURIOSIDADES NATURALES
Y
CARÁCTER SOCIAL
DE LOS ESTADOS UNIDOS (1)

X

EL LAGO ONTARIO, EL SAN LORENZO, LOS LAGOS
DE LOS ADIRONDACKS Y EL HUDSON

1. Navegación por el lago *Ontario*. Entrada en el río *San Lorenzo*. Las *Mil Islas* y los *Rápidos*. Paso de *Long Sault*. El paisaje y los canales.—
2. *Montreal*. Rasgos característicos de esta ciudad. El puente tubular *Victoria*. La frontera norte-americana. Orillas del lago *Champlain*.—
3. Parada en *Middlebury*. Un *meeting republicano* y la compañía de *Barnum*.—
4. Los espectáculos teatrales en los Estados Unidos. *Variedades*, *Minstrels*, tragedia, comedia, gimnasia y otros varios ejercicios.—
5. Del lago *Champlain* al lago *George* por *Ticonderoga* y los montes *Adirondacks*. Descanso en el hotel *Rogers Rock*. Ascepsión á la montaña. Travesía del lago *George*. Las *Cien Islas*. Suntuosidad del hotel de *Caldwell*, *Fort William Henry*. La villa de *Glen Falls* y el bosque de pinos. Industria maderera.—
6. Los baños de *Saratoga*. Aspecto de la ciudad y esplendidez de los hoteles. *Albany*. El río *Hudson*. *Fulton*. Regreso á Filadelfia por Nueva York. Resumen de la distancia recorrida y tiempo empleado en todas las excursiones descritas.

I.— Con la visita al Niágara habíamos dado cima al proyecto de nuestra expedición; pero, puestos ya en camino, resolvimos

(1) Véase la pág. 146 de este tomo.

regresar á Filadelfia por el río San Lorenzo y los montes Adirondacks, en vez de tomar la vía directa que nos hubiera devuelto al punto de partida en poco menos de un día.

Al efecto, salimos del Niágara para Lewiston, que dista unos once kilómetros nada más de aquel punto, y nos embarcamos en el pequeño vapor «Ville de Toronto,» que nos condujo en muy poco tiempo á esta bonita ciudad canadiense, que está situada en el ángulo Noroeste del lago Ontario, por cuyas aguas navegábamos tranquilamente. Aquí trasbordamos al vapor «Spartan,» perteneciente á la *Royal Mail Line*, de mucha más capacidad y elegancia que el anterior, y destinado únicamente al transporte de pasajeros, para lo cual está dotado de vastos salones y desahogados camarotes

La navegación fué tranquila, aun cuando el lago, que mide 290 kilómetros de largo por 125 de ancho, con una superficie de 14.240 kilómetros cuadrados, suele ofrecer, á veces, el espectáculo de furiosas tempestades, que levantan un oleaje tan fuerte como en el océano. Hállase el lago Ontario á 80 metros sobre el nivel del mar. Su profundidad media es de 152 metros. Es el último, como todos saben, de la especie de cadena que forman el Michigan, el Huron y el Erie, respectivamente enlazados entre sí á partir del primero, que es el más alto. El Erie se comunica por el río Niágara con el Ontario, y éste desagua en el mar, formando el caudaloso río San Lorenzo.

Navegábamos, por lo tanto, á favor de la corriente, de modo que el andar era largo, tanto, que hacíamos quince nudos por hora. Habíamos salido de Lewiston á las diez de la mañana, y á las tres de la madrugada del día siguiente ya nos hallábamos á la vista de Kingston, que está á la entrada del San Lorenzo. Las millas recorridas eran unas ciento sesenta: aproximadamente doscientos noventa y cinco kilómetros.

Enfilamos frente á Kingston, la embocadura del anchuroso río, penetrando en el laberinto de las «Mil islas;» *Thousand Islands*, como se dice en el país. El número total, contándolas todas, excede de mil ochocientas, encontrándose repartidas caprichosa é irregularmente en un trayecto de unas veinte millas. El río las circunda, formando regueros, canalizos y pasos de muy distintas formas y dimensiones. Vense algunas

formadas por escüetas masas de granito y areniscas, á modo de recortados farallones, desnudos de vegetación, al paso que otras ostentan verdes praderas y frondoso arbolado. El panorama que forma la larga sucesión de estas isletas; las orillas del río, cubierto de árboles de diferentes especies; las praderas de ricos pastos que se extienden á un lado y á otro del cauce, por el interior del país; las lindas casitas de campo que se ven á menudo en medio de las tierras cultivadas; los numerosos faros y boyas que iluminan las costas y acusan los bajos y arrecifes; los buques remolcadores arrastrando gran número de barcazas cargadas de madera y leña; todo ello forma un cuadro tan risueño, pintoresco y animado, que la vista no se cansa de contemplarlo.

Un poco más adelante se entra en la sección del río, cuyo rápido curso acrecen la gran pendiente del lecho y los grandes bajos y rocas que asoman á la superficie. Es aquél el paso de los *Rápids*, que tiene bastante semejanza con el que presenta el Niágara en las inmediaciones del *Whirlpool*. El trayecto más difícil tiene diez millas de largo y se encuentra en uno de los dos brazos en que divide el río la isla *Long Sault*. Corre aquí el agua con una velocidad de veinte millas por hora, siendo tal su fuerza, que no hay necesidad de aplicar el vapor para la marcha. Exige la dirección del buque mano firme en el timón y un enfile perfectamente recto, porque si llegase á atravesarse la embarcación, encallaríá sin remedio. Al efecto, la rueda del timón va colocada á proa, y además está enlazada por medio de una cadena con la caña del mismo, pudiéndose manejar indistintamente una ú otro, según lo exija la celeridad del movimiento que se haya de ejecutar. A la entrada del *Long Sault* tomamos á bordo el práctico especial de aquel paso, que el *cicerone* encargado de ir dando cuenta al pasaje de los lugares que atravesábamós y de las bellezas del país, dijo que era indio, por más que á mí no me pareció tal. Al lado de este práctico, que, ágil y animoso, se encaramó á la garita de proa, donde estaba el gobernalle, se sentó un niño de unos doce años, hijo suyo, que, sin duda, comenzaba el aprendizaje de aquella peligrosa profesión. En el paso más angosto y desigual del canalizo que formaban las rocas,

por entre las que corría el agua por una fuerte pendiente, el barco dió dos ó tres balances de costado, muy fuertes, inclinó su proa hasta lamer el agua y pareció como que iba á ser sepultado por las olas; pero salió victorioso de esta prueba, continuando después su curso normal por en medio del río, cuya corriente era ya más regular y mansa.

Mientras tanto, íbamos avanzando hacia Montreal, y á medida que nos acercábamos á esta ciudad, el río adquiría cada vez un carácter más pintoresco. Es un cuadro imposible de describir el que forman las aldeas que se desarrollan á la vista, cada vez que se dobla una punta de tierra poblada de árboles. Las casas parecen como suspendidas sobre el río, y los brillantes campanarios reflejan los rayos del sol, matizando con ricos y salientes tonos el natural colorido de aquella espléndida vegetación.

A nuestra izquierda habíamos dejado ya algunos canales, paralelos al río, cuyo objeto es el de facilitar la navegación de los barcos mercantes, salvando el paso de los *Rápids*. Entre éstos, los más notables por sus proporciones, esclusas y demás obras de arte, son los de Cornwall, Beauharnois y Lachine.

A las siete y media de la tarde, recorridas unas ciento sesenta y una millas, ó sean unos trescientos kilómetros desde Kingston, llegamos á Montreal, desembarcando en el muelle de la ciudad, después de haberse llenado la esclusa que al efecto hay dispuesta para subir los barcos desde el nivel del río al del desembarcadero. Por aquí tiene la corriente una milla y media de ancho.

2.—La ciudad, situada en la isla que se forma en la confluencia del Ottawa y el San Lorenzo, cuyo terreno se suele llamar el *Jardin del Canadá* por su gran fertilidad, parece estar dominada por un espíritu francés que se revela en todas partes. Vense ya aquí por las calles muchos militares de uniforme y no pocos clérigos, lo cual es muy raro en las metrópolis norteamericanas.

En el hotel *Ottawa*, donde fuimos á parar, no hallamos el desahogo, la riqueza, la baratura relativa ni el buen servicio que se encuentra en los de los Estados Unidos. La catedral

católica es grande, pero la pintura al policromo, que interiormente la decora, es de bastante mal gusto. Desde su torre, donde hay una gran campana, se descubre una hermosa vista. Las tiendas principales son también inferiores á las de Nueva York y Filadelfia. Hay calles de bastante buen aspecto, sin embargo, descollando entre ellas las de *Notre Dâme* y *Saint-George*, que tienen soberbios edificios, en los que están instalados los mejores bancos y sociedades de crédito.

Hay además algunos edificios públicos notables, entre ellos la catedral episcopal inglesa, que es de mucho gusto, el monumento y estatua de Nelson, y las preciosas residencias, verdaderas casas-palacios que forman una calle, parecida á la de la Castellana de Madrid, en el parque *Mount Royal*, desde cuya cima se goza de una vista panorámica encantadora.

Al día siguiente tomamos el tren de los Estados Unidos, á las dos y media de la tarde. Cruza la vía el San Lorenzo por el magnífico puente tubular de hierro *The Victoria bridge*, cuya longitud es de 2.135 metros. Está asentado sobre dos estribos y veinticuatro pilas de sillería. Su coste ascendió á la enorme suma de 6.300.000 dollars. Es, en verdad, un puente digno de aquel majestuoso río, que lleva al mar 57.335.700 metros cúbicos de agua por hora, y cuya anchura en la desembocadura es de 50 á 60 kilómetros. Poco más abajo de Quebec, á 400 kilómetros del mar, aún tiene una anchura de 10 kilómetros.

A las cuatro de la tarde pasamos la frontera por Saint-Albans, sin sufrir más que un ligero registro de nuestros sacos de mano, en el mismo coche en que estábamos instalados.

Por varios puntos del camino dimos vista á las pintorescas orillas del lago Champlain, que tiene de 3 á 14 kilómetros de ancho por 150 de largo. Los pueblecitos están formados por casas de madera pintada, diseminadas por el campo. En Burlington había enormes pilas de tablas, producto del trabajo de las grandes sierras mecánicas que hay á orillas del lago. En todo el territorio dominan el cultivo pratense y los bosques.

3.—Hicimos noche en Middlebury, á cuyo pueblo llegamos á las siete y media de la tarde. Debía tener lugar allí al siguiente día una gran reunión del partido republicano, *a grand*

republican mass meeting, en el que debían hacer uso de la palabra, como directores de la sesión, el Honorable E. D. Culver, de Nueva York, y el Honorable Geo. C. Benham, de Louisiana. El Juez Benham debía disertar sobre las condiciones de la población del Sur de los Estados Unidos.

Con este motivo, porque los norteamericanos son muy aficionados á las reuniones políticas, acudió á Middlebury, linda población de unas 4.000 almas, un gran gentío de los alrededores, de modo que la villa ofrecía el aspecto de una gran fiesta. En el pequeño hotel *Pierce house*, donde nos alojamos, y por cierto que á pesar de su humildad tenía mejor amuebladas las habitaciones que el *Ottawa* de Montreal, no cabía la gente. En las cocheras se reunieron más de 30 *breaks* y otros carruajes particulares.

Paseando estábamos las animadas calles de la población, al día siguiente muy temprano, cuando á eso de las nueve de la mañana (los norteamericanos madrugan para todo) nos sorprendió el desfile de una abigarrada, lujosa y esplendente cabalgata, que paseaba las calles de Middlebury, para anunciar varias funciones teatrales y gimnásticas, que debían comenzar á las once de aquella mañana y continuar hasta la noche, sin más interrupción que la de algunos pequeños descansos. Era la célebre compañía del no menos célebre *Barnum*, el empresario atrevido, dueño del heterogéneo Museo de Nueva York, que recolecta, exhibe y explota, sin más plan que el de excitar la curiosidad, en cierto modo infantil, de los *yankees*, todos los fenómenos y cosas raras, animados é inanimados, vivos ó muertos, hermosos ú horribles, cualquiera que sea su clase y estado; diestro especulador, que por dos ó tres veces ha hecho una fortuna colosal, y otras tantas la ha perdido, sin dar un punto de reposo á su febril actividad; expresión genuina del genio *yankee*, que nunca se satisface con lo que gana, y que se lanza con un arrojo soberano á las más temerarias empresas, sin que le asusten las contrariedades ni le acobarde la bancarrota. En estos últimos años, y habiendo decaído bastante la fortuna y el crédito de este príncipe de los empresarios de la farándula y el charlatanismo, ha *negociado* su propia popularidad, cediendo, por una respetable suma, que asciende

á algunos miles de dollars, el derecho de unir su apellido á la razón social de otra compañía que se dedica á la misma especialidad que él ha cultivado. Es este el verdadero *colmo* de la especulación y del ingenio. Ultimamente, según han dicho los periódicos, ha conseguido llevar á los Estados Unidos, pagando por ello sendos miles de duros, un *elefante blanco*, de Siam, cuya exposición al público se propone explotar largamente para resarcirse de los gastos que le ha ocasionado la adquisición de aquel monstruo sagrado del Oriente.

La comitiva se componía de cuatro batidores lujosamente vestidos, de acompañantes de todas clases y trajes, y de más de veinte carruajes monumentales, entre los que descollaban dos ó tres con soberbios tiros de ocho caballos, otro que llevaba una gran campana, otro con un campanil entero, otro con un órgano movido al vapor, otro en el que un hombre jugaba con varias serpientes boas, otro que remataba en una plataforma donde descansaba al lado de un guardián, sin jaula alguna, un arrogante león, otros con jaulas de diversas fieras y adornados con grandes muñecos de movimiento; tres elefantes y otros tantos dromedarios lujosamente enjaezados, varios carros romanos, otros triunfales, y qué se yo cuántas cosas más. La mayor parte de los artistas vestían sus más relucientes trajes, y las amazonas lucían á caballo y en sus carruajes, su gallardía, hermosura y gentileza. Conté en la comitiva más de cien caballos.

Con este colosal aparato, al que no han llegado todavía los saltimbanquis más afamados de los alrededores de París, excitaba la curiosidad de los pacíficos habitantes de una pequeña población de las montañas, el intrépido Barnum, para explotar el negocio á que ha dedicado su sutil ingenio.

El lugar del espectáculo lo componían tres grandes tiendas de campaña, en una de las cuales había un teatro de regulares proporciones. Por lo demás, reinaba allí una verdadera igualdad democrática. El público no tenía donde sentarse; todos permanecían de pie, y sentaban su planta sobre la yerba natural que cubría el terreno ocupado por las tiendas. Por la módica cantidad de 5 rs. se obtenía un billete, y con él el derecho de ver una función completa, compuesta de representa-

ciones de piezas cómicas, *minstrels*, y exhibición de toda clase de fenómenos. Del buen gusto que reina en la combinación de estos espectáculos dará una idea el saber que en el espacio de hora y media á dos horas, vimos las fieras, una sección de ventriloquia, dos piezas bufas, un hombre idiota con el cráneo aplastado, tres enanos, dos hembras y un varón de veintiún años no más altos que un niño de cuatro, perfectamente conformados y muy bien vestidos, otro enano casi salvaje, una mujer con el cabello cerdoso y erizado, hasta el punto de parecerse su cabeza á la de Medusa, un *tatuado*, varios gimnastas de gran arrojo, cantantes, músicos sueltos y otras novedades más. La función terminó con el espectáculo de un entremés mecánico, cuya escena tenía lugar en los infiernos, siendo el protagonista Lucifer.

Yo me reía á mandíbula batiente de esta especie de *olla podrida* teatral, que era sin embargo, muy del agrado de aquel público bonachón é impasible, al cual hay que servir manjares muy fuertes para llegar á interesar las fibras de su rudo sentimiento, si bien, en cambio, es poco exigente en materia de arte y buen gusto estético.

4.—En esta clase de espectáculos desatinados, había yo ya visto cosas muy raras. Me acuerdo de una representación del *Black Crook*, el Jorobado negro, cuya acción pasa en las montañas del Hartz, y en el que el protagonista, que tiene pacto hecho con el diablo, persigue tenazmente á unos pobres amantes. En uno de los bailables *fantásticos* de esta pieza, intercalaron un jaleo de Jerez, acompañado de castañuelas, que..... déjelo V. estar. En los entreactos, se presentaron además, diversos artistas músicos y cantantes, dos niños violinistas, y hasta una familia de acróbatas, concluyendo el espectáculo con unas sombras chinescas de movimiento que, á la verdad, tenían muy poca gracia. También recuerdo la representación de un drama que tuvo mucho éxito, por la especial habilidad y destreza con que el autor encargado del papel principal *herraba á fuego*, así como suena, no de mentirijillas, á un manso caballo de carne y hueso que aparecía atado á la puerta del figurado taller de aquel descendiente de los cíclopes. En esto de la afición al realismo en los detalles el pueblo norteamer-

ricano se las puede apostar con cualquiera, gustándole tanto más el espectáculo, cuanto mayor es la imitación en trajes, actitudes y cuanto constituye la parte material de la escena.

Todo esto acusa cierta inocencia ó candidez de gusto, que, á la verdad, no puede censurarse con acritud, dados los infantiles móviles á que obedece.

Por lo demás, no vaya á creerse que el teatro norteamericano está reducido á la representación de una serie de farsas pueriles y groseras, intercaladas con espectáculos gimnásticos y demás de igual jaez. No es así, ciertamente. Los *minstrels* caracterizan el gusto de las clases menos instruídas; pero la sociedad culta, á cuya cabeza figura el sexo femenino, estima y prefiere siempre el verdadero arte dramático, deleitándose en la representación del teatro clásico inglés y del mejor de los tiempos modernos. Los artistas á su vez, secundando esta noble corriente, estudian minuciosamente los caracteres y ejecutan sus papeles con una perfección extraordinaria, cultivando cada cual un reducido repertorio, por cuyo medio llegan á hacer resaltar los más ligeros detalles, en fuerza de estudio y de observación. Hay que advertir, además, que declaman sin consuetud, y esto hace que no se presenten en escena sin tener muy aprendidos sus papeles, con lo cual gana mucho la ejecución de las obras.

Muchas personas hay todavía que puedan dar testimonio del mérito de Edwin Forrest, el trágico filadelfiano, cuya librería era la más rica del mundo en las obras de Shakespeare, y cuya fortuna, ganada honradamente en las tablas, aplicó en parte á la fundación de un asilo para los actores viejos. Digno sucesor de Forrest es Booth, hermano del asesino del presidente Lincoln, actor de un mérito sobresaliente, al que no se le conoce rival en el desempeño de algunas difíciles tragedias.

Y tanto es así, que yo pienso que el teatro clásico de Shakespeare no ha tenido en parte alguna interpretación más fiel ni más eminente, que la que se debe á los trágicos norteamericanos. Es difícil superar el talento de estos actores en la representación de *Coriolano*, el *Rey Lear*, *Julio César* y *Hamlet*.

Debo decir lo mismo respecto de la comedia clásica, representada con una riqueza de detalles tan admirables, que sólo el verdadero talento puede poner de relieve. *Las alegres comadres de Windsor*, y *Twelfth night*, ó *What you will*, bien conocidas de todos, me impresionaron profundamente cuando las oí por primera vez en Filadelfia á una compañía que rendía culto á la soberana musa del príncipe del teatro inglés.

No faltan, pues, en los Estados Unidos actores de talento, ni público inteligente para aplaudirlos. Lo que pasa es, que ese exquisito gusto no ha penetrado todavía hasta el corazón de las clases populares, que necesitan suavizar poco á poco la especie de tosquedad artística que hoy las distingue.

Y puesto que de espectáculos se trata, quiero decir también, para no volver sobre este asunto, que siendo tal vez los norteamericanos los mejores gimnastas del mundo, estiman en poco estos ejercicios, como si para ellos no tuviesen el mérito que para los demás tienen, debido esto, sin duda, á que están muy familiarizados con la gimnástica, base allí de toda educación física. Los compatriotas de los Lees, Pastor, Boissets, y tantos otros como han sido frenéticamente aplaudidos en los circos de Europa, no han obtenido en su país el renombre que aquí han alcanzado, y aún recuerdo yo muy bien, haber presenciado en teatros muy secundarios de Nueva York y Filadelfia, los ejercicios de la *Reina de las aguas* y de la arrogante *Miss Leona Dare*, sin que el éxito revistiera, como en los circos europeos, todos los caracteres de una sorprendente novedad.

Ejercitados también desde pequeños los norteamericanos en el juego de pelota, en el manejo del remo y en el uso de las armas de fuego, son igualmente grandes maestros en el *Bass-Ball*, juego que requiere tanta agilidad como fuerza, invencibles en las regatas, y los más certeros tiradores al blanco que se conocen.

5.—Reanudando ahora el hilo de mi interrumpida narración, diré que á las cuatro y media de la tarde salimos de Middlebury, no sin presenciar antes la traslación en masa de una casita de madera, de regulares proporciones, capaz para una familia numerosa, que iba á ser colocada en otro lugar de

la calle. La operación se hacía por medio de unos poderosos rodillos, cual si se tratase de un objeto pequeño y de poco peso. La verdad es que este procedimiento, de pura invención *yankee*, y que aquí nos sorprendería mucho, es cómodo y expedito como el que más.

Penetraba el tren en la zona montañosa de los *Adirondacks*, y el paisaje se embellecía de cada vez más, formando un agradable conjunto los verdes prados, en los que pacía mucho ganado vacuno y caballar, con los espesos montes de los oteros cubiertos de frondosos y espesos árboles. La leña debe ser muy abundante en esta localidad, porque observé que las locomotoras consumían sólo esta clase de combustible.

Atravesamos luego un pequeño seno del lago *Champlain*, por un puente de madera, muy largo, muy tosco y desprovisto de barandillas, y llegamos á eso de las siete á Ticonderoga, linda población de unos 10.000 habitantes, formada por gran número de casas rodeadas de jardín, y esparcidas por el campo. Desde aquí, bordeando el lago *George*, fuimos en carruaje ordinario al hotel *Rogers Rock*, que se halla á orillas del lago, y en el cual entramos á las ocho y media, teniendo que hacer nuestras camas en la sala de reunión ó *parlor*, como allí se dice, á causa de los muchos huéspedes que en él se encontraban.

Al día siguiente, casi al amanecer, ascendí á la montaña, á cuyo pie se encuentra el hotel. Descúbrese desde allí todá la extensión del lago *George*, cuyas orillas, de escarpadas y altas rocas unas, y de suaves playas las otras, están rodeadas de espesas masas de vegetación arbórea, formando un conjunto muy risueño. El monte, al cual había yo ascendido, sustentaba un precioso bosque natural de robles, pinos, cedros y arces, á cuyos pies brotaba abundante chirpia, entre la que asomaban, tupidas y rastreras, las prolíficas guyubas de hojas muy verdes y relucientes, matizadas por el alegre tono de sus rojos frutos. La roca, sustento de tan poderosa vegetación, era gneísica y granítica.

A cuatro pasos del hotel se hallaba el embarcadero, y por él pasamos, á las siete y media de la mañana, al lindo vapor

Ganouskie, en el cual debíamos cruzar todo el lago. Tiene este 35 millas de largo y de una á cuatro de ancho. Su altura sobre el nivel del mar es de 105 metros.

Durante esta agradable travesía, tocamos en distintos puntos de la orilla, donde hay muy cómodos y pintorescos hoteles para pasar el verano, pertenecientes en su mayor parte á las familias más ricas de Nueva York. Los curiosos saludaban nuestro paso, y lo mismo hacían los viajeros que seguían en otros vapores una dirección contraria á la nuestra, agitando sin cesar sus blancos pañuelos. El paisaje, adornado siempre con las más ricas galas de Silvano, duplicó su encanto cuando pasamos á la vista de las *Cien Islas*, grupo de isletas sumamente caprichosas, cubiertas todas de arbolado joven, y adornadas con algunas casitas de un gusto campestre muy seductor. Son las más bellas las denominadas *Diamond*, *Dome* y *Tea*.

Así, navegando por una superficie apacible y tranquila, y con el ánimo excitado por el más inocente regocijo, llegamos á las doce del día á Caldwell, donde hicimos alto para comer, en el suntuoso hotel de *Fort William Henry*, punto de moda en el verano de la sociedad más escogida de los Estados Unidos. Esta fonda, la más grande de cuantas había visto hasta entonces, está situada á la orilla misma del lago; tiene tres pisos y dos grandes torres con cubierta á la Mansarda. Desde su vasta galería, que tiene unos 120 metros de largo, se descubre el lago *George* y todo el resto del panorama de las verdes praderas y arboladas montañas que le circundan. Tiene habitaciones para 700 huéspedes.

Acomodados en el imperial de un soberbio *Mail Coach*, salimos de Caldwell á las dos y media de la tarde, llegando á Glen Falls á las dos horas. A derecha é izquierda de la carretera no se veían más que maizales, praderas y montes de robles y coníferas. Antes de entrar en aquella villa pasamos junto á *Pine Grove*, monte muy espeso y frondoso que ofrece la particularidad—verdadera rareza en los Estados Unidos,—de estar poblado de una sola especie de pino.

Cruzamos por una calle formada por una linda serie de casitas á la inglesa, y vimos luego, á la salida, un número in-

menso de enormes pilas de leña y tablas. El río, á su vez, estaba materialmente cubierto de una orilla á otra, de troncos de corta longitud. Caldwell es centro de una poderosa industria maderera y sus sierras mecánicas compiten con las de Williamsport.

6.—Sin emplear más tiempo que el materialmente indispensable para el caso, nos trasladamos aquí, del *Mail Coach* al vagón del ferrocarril, llegando á Saratoga á las seis de la tarde.

Es esta población, famosa por sus aguas salino-carbónicas, el punto de reunión veraniega, no diré de la aristocracia, porque en los Estados Unidos no la hay, pero sí de las clases más distinguidas, cultas y ricas del país.

Las damas lucen allí soberbios tocados, y discurren por las calles y paseos en lujosos trenes, emulando la fastuosidad que de igual modo se despliega en los baños más célebres de Europa.

En esta estación balnearia hay veintiocho manantiales diferentes, dominando las aguas cargadas de hierro, yodo, azufre y magnesia, si bien en todas ellas predomina el ácido carbónico.

La población toma el nombre del vocablo indio, *Saraghoga*, que quiere decir: «Sitio de los arenques,» denominación que parece provenir del gran número de aquellos peces que antiguamente pasaban al lago de Saratoga desde el río Hudson.

Cuenta esta villa 9.000 habitantes, pero durante el verano llegan á 30.000 las personas que en ella se reúnen.

Los hoteles son el *non plus ultra* de su clase. El de los «Estados Unidos,» el «Colombia» y algún otro más, superan en capacidad, buen gusto y comodidades á cuanto se puede ver en parte alguna. Grandes pórticos y escalinatas, que rematan en espaciosa azoteas colocadas á poca distancia del suelo, extensos patios interiores rodeados de galerías cubiertas, ricas salas de descanso, desahogados comedores, cuartos muy bien amueblados, todo es allí suntuoso, capaz y cómodo. El hotel de los «Estados Unidos,» donde nosotros paramos, tiene seis pisos y unos mil cuartos; ocupa una superficie de

quince áreas y los lados del rectángulo de su planta miden respectivamente 72 y 206 metros. El comedor es de una extensión casi inconmensurable. Por la noche todas las familias hacían su tertulia en el patio interior, donde una buena música amenizaba el rato. El lujo que á aquella hora desplegaban las elegantes norteamericanas, era verdaderamente deslumbrador.

La calle *Broad* está formada casi toda de hoteles y tiendas, y más adelante por suntuosas residencias rodeadas de jardín al estilo inglés, que es el dominante en los Estados Unidos, y el cual desarrollan los *yankees* con su especial gusto arquitectónico.

Se iba aproximando el fin de nuestro largo viaje. Serían las ocho y media de la mañana, cuando salimos al siguiente día de Saratoga en el tren que nos condujo por la orilla izquierda del río Hudson á Nueva York. La distancia entre estos dos puntos la recorrimos en seis horas. Las orillas del río son casi pantanosas, el valle es muy abierto, y forman los límites de su cuenca una serie de colinas bastante pobladas. Entre los cultivos de las tierras bajas dominan las *pomaredas* ó plantíos de manzanos. Aún no hacía dos horas que habíamos salido de Saratoga cuando pasamos á la vista de Albany, ciudad de unos 76.000 habitantes, capital del Estado de Nueva York. Se encuentra aquí el origen de los canales de los lagos Erie y Champlain, y confluyen en este punto diversas líneas férreas que se dirigen á las ciudades más importantes de toda la República. El Capitolio ocupa una eminencia que se encuentra al final de la hermosa vía llamada *State-Street*. Es esta ciudad centro de mucho comercio, y está dotada de un vasto arsenal y un cómodo puerto.

Por el *Hudson* cruzaban muchos vapores de pasajeros y barcos mercantes, y en las orillas se levantaban grandes almacenes de trigos y muchas fábricas.

En esta vía fluvial ensayó Fulton el primer buque de vapor de servicio público. En 1807 hacía el *Nort River* la travesía de Nueva York á Albany, en treinta y seis horas, y hoy se hace sólo en once.

Sin tropiezo alguno llegamos todos á Nueva York, y desde

allí nos trasladamos inmediatamente á Filadelfia, para restituirse al seno de sus respectivas familias mis compañeros de excursión y yo para emprender, muy pronto, mi viaje de regreso á España.

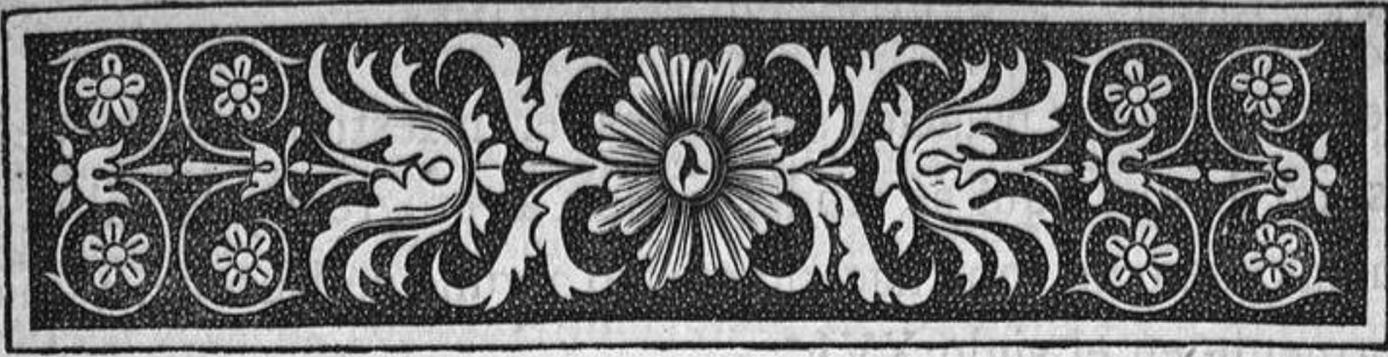
Desde Montreal á Filadelfia, pasando por Nueva York, habíamos recorrido una distancia de 870 kilómetros, y en el viaje redondo, á partir de la misma ciudad de Filadelfia, 13.900 kilómetros, empleando en él cincuenta y un días, con inclusión de las detenciones de toda clase.

La verdad es que, para una excursión de recreo y entretenimiento, no podrá decirse que tratamos con excesivo mimo nuestros humildes cuerpos.

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

(Se continuará.)





LAS BIBLIOTECAS EN ESPAÑA ⁽¹⁾

CAPÍTULO VII.

RESUMEN DE LAS BIBLIOTECAS ESPAÑOLAS.

Vindicación á lo pasado y justificación de lo presente.—Estadística general de las bibliotecas de España.—Noticias de los lectores en las mismas.—Relación entre nuestras bibliotecas y la instrucción pública.—Nuestras aspiraciones para el mañana.

I.

DOR cuanto hemos expuesto en los capítulos anteriores sobre el estado de nuestras bibliotecas, podría reducir algunos de nuestro lectores, que en España, donde existen contados centros de lectura, por lo general mal servidos y peor organizados, no se conocían bibliotecas públicas tressiglos atrás, ni museos donde se mostraran ordenadamente los restos de las pasadas civilizaciones, juntamente con los productos del ingenio humano en lo pasado y en lo coetáneo.

Pero están en un error los que así discurran, porque España contaba desde el siglo XV, centros de cultura con sus bibliotecas y museos, que diseminados y distribuídos en-

(1) Véase la pág. 53 del tomo L.

tre conventos y palacios señoriales, eran testimonio elocuentísimo de que aquí se rendía tributo al progreso y la cultura, quizás como no supo hacerlo pueblo alguno de Europa, y mayormente en el siglo XVI.

Por esta época, Felipe II fundaba el Monasterio de Jerónimos, en el inmediato pueblo del Escorial, y cuando aún no estaban terminados sus principales trazados, proyectó dotar al Monasterio de su obligada biblioteca, no sin oír antes el parecer del sabio doctor D. Benito Arias Montano, y el del erudito doctor D. Juan Pérez de Castro. Éste, en su curioso *Memorial* al Rey, ensalzando las bibliotecas sobre los museos, dice:

«...¿Quién no juzgaría por hombre de más razon al que tuviese cercada su cámara de las memorias que dejaron aquellos entendimientos, que mostraron el valor de nuestro ánimo, si es ejercitado, y son tan gentiles cortesanos que nunca hablan si no son preguntados, y respondiendo luego aciertan como si hablasen con acuerdo, que al que durmiese cercado de tesoros como los reyes de los persas? Estos tenían su cámara donde dormían, cercada de esta manera de otras recámaras.

»Á la cabecera una, que llamaban la almohada del Rey, en que siempre había cinco mil talentos de oro, que eran más de 30 millones; á los piés otra, que llamaban el estrado del Rey, con tres mil talentos de plata, que serían más de 15 millones, y dentro de su cámara una vid de oro que, juzgando por el lugar; valdría más que la almohada y sería como la cama del rey. Cosa verdaderamente bárbara y sin recreación ninguna del entendimiento, ni aun del cuerpo, si ellos de veras durmieran en tales colchones y almohadas...»

Tenía razon el doctor D. Juan Pérez de Castro y expresaba esta verdad con tanta exactitud como gracia; como que escribía en tiempos que nuestras bibliotecas y museos eran los más ricos de Europa. Después cayeron nuestras bibliotecas en la misma decadencia de España, y cuando dejaron de enriquecerse con nuevas adquisiciones, la incuria y la ignorancia se encargaron de hacerles perder la mejor parte de lo que allí se custodiaba. Para conservar lo que todavía

resta; para agrupar hoy lo que la incuria diseminó, y las turbulencias políticas abandonó á la codicia del que primero se apoderó de lo ajeno, contra la voluntad de las gentes cultas, que mil veces protestaron contra el escandaloso saqueo de las bibliotecas que, apenas ocurrida la exclaustración, se formaban con los libros de los conventos, en las capitales de provincia; para conservar los restos de aquellas bibliotecas monacales y ordenar á la moderna las que se han creado en estos tiempos, se trabaja por el Gobierno y las Corporaciones literarias y científicas, aunque no siempre con el resultado que era de desear, porque, fuerza nos es decirlo, en esta tarea cuyos resultados tanto habian de refluir en la enseñanza pública, ha habido censurables negligencias por parte de todos.

Culpan algunos á los Gobiernos constitucionales que decretaron la exclaustración, del saqueo de las bibliotecas monacales, y achacan á este acto poco meditado la pérdida de códices de inestimable valor y la destrucción de obras notables; y los que así discurren se olvidan que si entonces el furor político causó sensibles pérdidas á las letras y las ciencias, nunca pueden éstas compararse con las causadas en primer término por el Cardenal D. Francisco Ximénez de Cisneros, al quemar la rica biblioteca de Alcalá de Henares, el mismo día que se ponía la primera piedra para edificar aquella célebre Universidad (1), y en segundo, los libros que

(1) Es preciso recorrer la historia y buscar épocas muy remotas para encontrar ejemplos parecidos al que nos presenta el Cardenal Cisneros. La destrucción de bibliotecas no ha sido frecuente, afortunadamente para las letras. El hecho más antiguo que se conoce en este género, es el que refiere Beroso, de Nabonassar Rey de Babilonia, en el año 747 antes de Jesucristo. Este monarca mandó quemar todos los libros que trataban de la historia de sus predecesores. El Emperador de la China, Chioaug-Ti, quinientos años después de Nabonassar, mandó quemar todos los libros que había en el Imperio, exceptuando de esta orden los libros que trataban de la historia de su familia, los de la astrología y los de medicina.

Este ejemplo cundió funestamente en otros pueblos, pues en los primeros siglos del cristianismo, los paganos, como los cristianos, destruían simultáneamente y sin conciencia los libros de sus contrarios. En el año de 390 de la era cristiana la magnífica Biblioteca que existía en el templo de Serapis, en

de continuo quemaba la Inquisición, desde sus primeros días, y precisamente cuando la imprenta aún no había reproducido la riqueza de códices y manuscritos que estaban inéditos; siendo, por tanto, más funesto para las letras aquellas injustificadas quemadas de obras, en su mayoría sin publicar, que los repartos y saqueos del año 20 al 33, en que al fin, entonces ni se quemaron libros, ni se perdieron del todo, que la mayoría de ellos pasaron á los estantes de los modestos literatos y de sabios profesores que nos han devuelto con creces su censurable rapacidad, dándonos obras originales y en ocasiones, tan notables, que á ellas se debe el renacimiento de nuestras letras y el progreso que se viene sintiendo en las ciencias y en la cultura pública, durante estos últimos cincuenta años. Las bibliotecas de Salvá, de Gallardo, de Barrantes, del Duque de Osuna, del Marqués de Morante y del Conde de Torrejón, entre otras que pudiéramos citar, fueron las que más se enriquecieron con los libros de los conventos, para venderlos después, pues recordamos que en 1880, entre

Alejandría, fué «saqueada primero y distribuída entre los ejércitos después.» Reconstituída poco después, en los frecuentes incendios que sufrió Constantinopla en el siglo IV y V, ardieron todos los volúmenes, perdiéndose de este modo una riqueza inmensa que aún echan de menos los historiadores.

Cuando los turcos tomaron la ciudad del Cairo en el siglo XI, los libros que existían en las librerías de los Califas, y que algunos autores hacen subir á 1.600.000, fueron distribuídos entre los soldados en pago de los haberes que el Estado había de entregarles. Millares de estos volúmenes fueron destrozados y se veían hacinados en grandes montones fuera de la ciudad conquistada. La arena que el aire llevó por entonces desde el desierto, cubrió aquellas enormes riquezas literarias, que sepultó para siempre bajo el peso de aquel menudo granítico, que pronto consumió los pergaminos y papeles en polvo menudo. Hasta el siglo pasado se veía en las inmediaciones del Cairo un pequeño lomo que se levantaba sobre las superficies de las arenas. Los naturales le llamaban *el cerro de los libros*.

Como antes de la invención de la imprenta las copias de los libros eran pocas y muy raras, fácilmente puede adivinar el lector las pérdidas irreparables que las letras, las artes y las ciencias han sufrido desde la destrucción de la biblioteca de Nabonassar, hasta la quema de la de Alcalá, donde se perdieron más de 30 000 códices árabes y hebreos. Pecado es este de que no se librará jamás el Cardenal Cisneros, como no se ha librado aún el Rey de Babilonia y el Emperador de la China del que cometieron destruyendo sus bibliotecas.

los anunciados á la venta, por la librería de Torrejón, se encontraba un ejemplar, no mal conservado, de la rara *Crónica del Cid*, publicada por los monjes de Cardena (Burgos.—Fadrique Aleman de Basilea, 1512), tasado en 20.000 reales; otro de la primera impresión de *Las Partidas*, sin las adiciones y concordancias de Montalvo (Sevilla: Meyuergando Unguete e Lamolao Polono, 1491), cuyo precio era de 4.000 reales, y otro del *Fuero Real* (Burgos: Juan Florentino, 1533), valorado en 900.

Y por lo que hace á la biblioteca del Duque de Osuna, que el Estado ha acordado adquirir, se sabe que consta de más de 40.000 volúmenes, y, lo que es más, encierra obras inéditas y autógrafos de nuestros antiguos poetas, y además hay 1.000 códices, de los que esta biblioteca tiene el único ejemplar, y está valorada en 750.000 pesetas. Se confía por algunos bibliófilos, amantes de las glorias patrias, en que la Duquesa viuda hará rebaja al Gobierno, pues desea quede en España esta joya que perteneció á su difunto esposo, por más que se le han hecho proposiciones por parte de Inglaterra y Alemania para la compra de lo más principal de esta notable biblioteca, que, al decir de los periódicos, si no oficiales, oficiosos al menos, intenta comprar por su parte el Sr. Ministro de Fomento (1), sin respetar para nada el clamoreo que de todas partes del país se levanta en son de protesta, contra los deseos del Gobierno, que trata de distraer una cantidad respetable en libros que ni caben en las bibliotecas oficiales, ni servirán para otra cosa que para estar almacenados en cuevas ó bohardillas, á disposición de los ratones.

(1) *La Correspondencia* nos sorprendió días atrás con la siguiente noticia: «En una reunión que celebraron anoche los Sres. Cánovas, Castelar, Martos y Balaguer, convinieron, en principio, en aunar sus esfuerzos á fin de que el Estado adquiriera la magnífica biblioteca del Duque de Osuna, por la suma de 4.000.000 de rs.»

Consecuente, sin duda, el Gobierno con los deseos de los señores citados, el Sr. Marqués de Sardoal, á su rápido paso por el Ministerio de Fomento, llevó á las Cortes el proyecto de ley para la compra de esta biblioteca, de cuyo asunto tratamos largamente en el capítulo II de esta obra.

II.

Pero aparte de esta vindicación que hacemos de los tiempos pasados y de la justificación de los tiempos presentes, convengamos en que desde 1834 se ha logrado bastante en lo que tiene relación con nuestros archivos y bibliotecas. Madrid mismo no contaba hasta el año 1830 más que con seis bibliotecas, compuestas de unos 600.000 volúmenes, entre impresos y manuscritos, y hoy tiene 62 bibliotecas con 1.617.761 volúmenes, de éstos 782.374 impresos, y 163.013 manuscritos, sin contar más de un millón de folletos y doble número de papeles sueltos, que se encuentran en estas 62 bibliotecas sin catalogar.

Madrid sigue hoy por hoy el progreso que se siente en las grandes capitales de Europa, en que las bibliotecas se han multiplicado en estos últimos tiempos, como sintiendo la necesidad que reclama de consuno la enseñanza popular. París mismo, donde todo lo bueno se aclimata y vive con próspera suerte, París nos da la medida de esta afirmación, y sin citar de la capital de Francia (1) más que su Biblioteca Nacional, hemos de reconocer que se ha enriquecido, según vemos por el inventario que se acaba de publicar.

En número de volúmenes que guarda en la actualidad, se

(1) Según datos del jefe de policía de París, hay actualmente en aquella capital nada menos de 54 bibliotecas populares, 26 de distritos municipales, 30 de corporaciones científicas y 26 oficiales del Estado, 152 juntas de agremiaciones, 102 casinos, 36 sociedades de producción, 19 sociedades de crédito y 55 sociedades de consumo. Hay 57 teatros, 85 cafés cantantes, 300 salones de baile y 997 orfeones ó sociedades corales.

Hay además en París 650 sociedades de socorros mútuos, que comprenden 74.000 individuos y poseen un capital de unos 10.000.000 de francos, 32.505 tabernas, 22.537 tiendas de ultramarinos, 16.218 panaderías, 14.307 carnicerías, 16.920 peluquerías y 9.730 callistas.

Muchos de estos industriales ó comerciantes tienen por sistema quebrar se-

eleva á 2.500.000, cuando poco hace sólo tenía 1.600.000.

La sección de manuscritos contiene 92.000 volúmenes encuadernados ó guardados en cartones, y el gabinete de medallas 144.000 de todas las épocas y pueblos.

La colocación de estampas comprende más de dos millones de piezas, conservadas en 14.500 volúmenes y en 4.000 carteras.

La galería de la parte reservada contiene los volúmenes más preciosos en número de 80.000.

Es la biblioteca más rica y más antigua de Europa, pues sus primeros elementos datan del tiempo de Carlo Magno.

Bien puede decirse, sin temor á que se nos desmienta, que las bibliotecas más célebres y ricas de la antigüedad, inclusa la de Alejandría, jamás llegaron á reunir este número de libros. Por esto, y como decía Boileau, decimos nosotros de la Edad Moderna:

*Oh, ¡qué d'écrits obscurs, de livres ignorés
furent en ce grand jour de la pondre tirés!*

Y el mismo aumento que se siente en las bibliotecas de Madrid y París, se nota relativamente en las provincias de España, donde hasta poco ha sólo en Barcelona, Sevilla, Palma de Mallorca, Valladolid, Salamanca, Valencia y Granada, contaban con una biblioteca ó centro literario si así pudiese llamarse. Y es que en estos últimos años hemos comprendido la necesidad de los libros, y el deber que tiene el Gobierno en facilitarlos á la investigación de los lectores que deseen estudiar.

manalmente, ó de poner en venta su clientela, dejando mientras tanto cerrada la tienda, so pretexto de inventario, un par de veces al mes.

De esta quiebra y venta consuetudinarias proviene el que haya en París 1.357 agencias de venta de establecimientos de comercio, y el que todos consigan ganar muy buenos cuartos. Y no son menos curiosos estos otros datos. Existen actualmente en Francia los siguientes establecimientos penales: 22 casas centrales, 402 prisiones departamentales, 2.218 depósitos y casas de seguridad y 50 establecimientos públicos y privados de jóvenes; total 2.692.

Cada uno de estos establecimientos contiene por término medio 100 celdas. Hay, pues, 269.200 prisiones para un país de 37.000.000 de habitantes.

Enumeraremos aquí las bibliotecas que cuenta hoy España, con cuyos datos demostraremos el progreso relativo que hemos logrado en este ramo de la enseñanza pública. He aquí estos datos:

CLASIFICACION DE LAS BIBLIOTECAS.	Número de las mismas.	Libros impresos.	Mss.	TOTAL.
Bibliotecas particulares de Madrid...	56	638.860	48.114	686.974
Bibliotecas oficiales de España.....	30	1.587.171	139.189	1.786.232
Bibliotecas populares.....	746	171.083	»	171.083
Bibliotecas de Institutos provinciales.	61	314.374	»	314.374
Bibliotecas de las Escuelas Normales.	47	24.032	»	24.032
Bibliotecas de los PP. Escolapios...	41	316.600	»	316.600
Bibliotecas de los Seminarios.....	61	443.960	»	443.960
Bibliotecas de las Económicas de Amigos del País.....	43	156.300	»	156.300
Bibliotecas de las RR. Academias de provincias.....	4	32.800	991	33.791
Bibliotecas de las Escuelas de Veteri- naria.....	4	20.400	»	20.400
Bibliotecas de diversas sociedades en provincia... ..	13	68.000	»	68.000
Bibliotecas académicas militares.....	7	48.000	»	48.000
<i>Sumas totales.....</i>	1.113	3.826.480	188.294	4.014.774

Estas cifras no son malas. ¡1.113 bibliotecas! ¡4.014.774 volúmenes! Casi bastan estas dos cantidades á contentar al más exigente. Pero antes de pasar más adelante, haremos las aclaraciones siguientes:

1.^a De estas 1.113 bibliotecas, apenas si habrá abiertas al servicio público más de 70.

2.^a Tienen *Catálogo* impreso, 29 solamente, siendo lo más raro del caso que entre éstas sólo pueda contarse una oficial, la de León, que recientemente ha podido llenar esta necesidad con un voluminoso libro debido á la inteligencia y actividad de la digna persona que dirige aquel establecimiento literario, que lo es D. Ramón A. de la Braña, modelo de empleados laboriosos, y que por cierto tiene bien pocos imitadores en el cuerpo de Archiveros y bibliotecarios.

3.^a Que de 746 bibliotecas populares que cuenta España,

no existen instaladas ni 80, y de éstas la mitad están todo el año cerradas.

4.^a Que no son públicas la mayor parte de las que existen en Madrid, las de los Institutos, Escuelas Normales, las de los padres Escolapios, las de los Seminarios, las de las Academias de provincia, las de las Escuelas de Veterinaria, ni las de las Academias militares.

De todas estas aclaraciones deducirá el lector que para los progresos de la enseñanza popular no cuenta España más de 60 bibliotecas, que reunirán á lo sumo 1.000.000 de volúmenes. Y reducidas á estas escasas proporciones las bibliotecas de España, convendrá con nosotros el lector en que el servicio que prestan ha de ser muy deficiente y que se debía esperar del Gobierno, que organizara, cuando menos, todas las demás bibliotecas con un personal activo é ilustrado, á fin de que los 4.014.774 volúmenes que se encierran en todas ellas, pudiesen ser consultados todos los días del año y cada vez que á un lector le hiciera falta estudiar.

III.

Pero ya que conocemos el resumen de bibliotecas de España, y el número de los volúmenes que guardan, quisiéramos dar aquí también noticia de los lectores que acuden anualmente á estos centros literarios, y esto, fuerza nos es declararlo, es imposible, porque de las que prestan servicio público, muy pocas llevan estadística de sus lectores. La Nacional, por ejemplo, donde tantos empleados viven sin poder justificar claramente qué servicios prestan en los 245 días lectivos del año (!!!), no da más dato estadístico sobre el particular, que éste que aparece en el *Anuario* de 1882:

«El número de lectores de la Biblioteca en todo el año de 1881 ha sido 33.974, teniendo el establecimiento desde 1.º de enero á fin de diciembre 245 días lectivos.»

En el año anterior, esto es, en 1880, la biblioteca de la

Universidad Central, llamada de San Isidro, dió datos muy satisfactorios en su *Memoria* publicada en 1881. Por virtud de este importante trabajo, sabemos que están ya en disposición de ver la luz los índices de autores, por papeletas, de las bibliotecas del Jardín Botánico, del Museo de Ciencias Naturales, de Farmacia y de Medicina. Las Bibliotecas de Derecho y de San Isidro no han terminado aún esta utilísima reforma, de trasladar á papeletas movibles sus índices encuadernados. El bibliotecario mayor, D. Manuel Oliver y Hurtado, da cuenta minuciosa é interesante de las mejoras y trabajos practicados en las seis secciones en que se divide la biblioteca de la Universidad Central, puesta á su cargo, y expone la necesidad de una bibliografía española moderna, que venga á sustituir á la antigua de D. Nicolás Antonio, cuya ímproba tarea, tan superior á las fuerzas de un solo hombre, debe, en opinión bien fundada del Sr. Oliver, ser llevada á cabo por el cuerpo de bibliotecarios españoles. El total de volúmenes que poseía esta biblioteca el día 31 de diciembre de 1880 ascendía á 126.858. El total de pedidos hechos por el público durante dicho año, llega á 80.809 de los cuales han dejado de servirse 1.151, por faltar los libros demandados.

En el siguiente año de 1881 el número de lectores subió en esta biblioteca hasta 82.360, ó sean 1.551 más que en el año anterior. Clasificados estos 82.360 lectores por materias, ofrecen los siguientes cuadros:

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Teología.....	244
Derecho.....	246
Ciencias y artes.....	4.533
Bellas letras.....	2.012
Historia.....	2.853
Enciclopedia y periódicos.....	527
	<hr/>
<i>Total general</i>	10.415
	<hr/>

BIBLIOTECA DE DERECHO —

Teología.....	657
Derecho.....	17.774
Ciencias y artes.....	419
Bellas letras.....	158
Historia.....	3.089
Enciclopedia y periódicos.....	206
	<hr/>
<i>Total general</i>	22.303
	<hr/>

BIBLIOTECA DE MEDICINA

Ciencias y artes

Anatomía.....	4.103
Fisiología.....	3.103
Medicina pública.....	3.659
Terapéutica.....	4.390
Patología general.....	2.587
Idem quirúrgica.....	11.125
Idem médica.....	6.251
Literatura médica.....	1.766
Ciencias.....	1.860
Enciclopedias..	2.108
	<hr/>
<i>Total general</i>	40.952
	<hr/>

BIBLIOTECA DE FARMACIA

Ciencias y artes

Farmacia.....	1.620
Mineralogía.....	628
Botánica.....	2.103
Zoología.....	387
Física.....	159
Química.....	3.434
Medicina.....	18
	<hr/>
<i>Total general</i>	8.349
	<hr/>

BIBLIOTECA DEL MUSEO DE CIENCIAS NATURALES

Ciencias y artes

Mineralogía.....	32
Botánica.....	2
Zoología.....	253
Historia natural general.....	36
Ciencias físicas.....	1
Literatura general.....	3
Enciclopedia.....	4
Periódicos.....	10
	<hr/>
<i>Total general.....</i>	<i>341</i>
	<hr/>

Nótese muy bien que en esta biblioteca habrá una cuarta parte de empleados que en la Nacional, y sin embargo, cuenta secciones como la de ciencias naturales en que ha tenido 276 días lectivos, y como la de Medicina, en que el servicio es de día y noche.

Según el *Anuario* publicado en 1882, el número de lectores á las bibliotecas oficiales de España en 1881 fué el siguiente:

Biblioteca Nacional.....	33.974
Biblioteca Universitaria de Madrid.....	82.360
Idem id. de Barcelona (¡no consta!).	»
Idem id. de Salamanca.....	12.069
Idem Provincial de Toledo.....	4.500
Idem Universitaria de Sevilla.....	14.080
Idem id. de Valencia.....	7.946
Idem Provincial de Palma de Mallorca..	1.874
Idem Universitaria de Santiago.....	20.780
Idem Provincial de Cádiz (¡no consta!).	»
Idem del Ministerio de Fomento.....	6.232
Idem Provincial de Zaragoza.....	7.723
Idem Universitaria de Oviedo.....	12.800.
Idem Provincial de Valladolid.....	5.741

Idem id. de Huesca.....	2.155
Idem Universitaria de Granada.....	6.728
Idem pública de Orihuela.....	2.390
Idem Provincial de Canarias.....	4.408
Idem id. de Orense.....	5.762
Idem id. de Alicante.....	1.992
Idem id. de Burgos.....	4.745
Idem id. de Cáceres.....	¡813!
Idem id. de Córdoba.....	1.343
Idem id. de Murcia.....	2.815
Idem id. de Castellón.....	4.265
Idem pública de Mahón.....	2.665
Idem Provincial de Lérida.....	3.011
Idem id. de Gerona.....	2.500
Idem id. de Leon.....	¡823!
Idem id. de Teruel (¡no consta!).....	»
	<hr/>
<i>Total de lectores.....</i>	<i>254.494</i>
	<hr/>

Tratándose de las 30 bibliotecas más importantes que tiene España, parécenos que este número de lectores no puede ser más reducido, y máxime si se atiende á que las anteriores bibliotecas cuentan con 1.726.232 volúmenes. Y estos desconsoladores datos revelan una triste verdad: que en España no se quiere leer, y esto, unido á que el Gobierno tampoco hace gran cosa por llamar lectores á las bibliotecas, resultan éstas casi inútiles para las clases á que más debieran prestar su poderoso concurso.

IV.

¿Y puede darse otro resultado atendiendo al estado que entre nosotros ocupa la instrucción pública? Alemania, Francia, Prusia, Suiza, Bélgica y Holanda, la primera enseñanza está difundida, y como consecuencia de ello, las bibliote-

cas públicas de estos países alcanzan un estado más próspero que en el nuestro. Comparad uno de estos países con el nuestro en lo relativo solamente á la primera enseñanza y se verá esta verdad. Por ejemplo, examinad la estadística recientemente publicada por el Dr. Brachelli, se verá el número de escuelas que hay en cada país, el de alumnos que asisten á ellas y la proporción entre éstos y el de los habitantes. En las cifras que vamos á transcribir sólo comprendemos las escuelas que están bajo la inspección del Gobierno.

	Escuelas.	Alumnos.
Existen en Alemania.....	57.000	7.000.000
En Suiza.....	4.799	454.211
En Suecia.....	9.549	667.844
En Noruega.....	6.617	256.393
En Holanda.....	3.880	544.615
En Francia.....	73.764	4.949.591
En Bélgica.....	5.729	687.449
En Inglaterra.....	28.734	4.301.578
En Dinamarca.....	2.940	231.935
En Austria-Hungría.....	33.580	4.113.367
En España.....	29.828	1.769.602
En la Rumelia oriental.....	867	54.415
En Italia.....	48.530	2.057.977
En Bulgaria.....	1.432	92.550
En Grecia.....	1.605	89.673
En Portugal.....	3.510	198.131
En Rusia.....	35.000	1.800.000
En Rumanía.....	2.730	119.897
En Servia.....	660	38.579

Por cada 1.000 habitantes hay en Alemania y en Suiza 157 alumnos; en Suecia, 146; en Noruega, 135; en Holanda, 134; en Francia, 133; en Bélgica, 126; en Inglaterra y en Dinamarca, 123; en Austria-Hungría, 108; en España, 106; en la Rumelia oriental, 74; en Italia, 73; en Bulgaria, 66; en Grecia, 50; en Portugal, 46; en Rusia, 23; en Rumanía y en Servia 22.

La siguiente estadística indica cuál es el número de profesores en algunas de las principales naciones:

	Número de profesores.	Número de alumnos por cada profesor.
En Francia.....	119.870	41,2
En Austria-Hungría.....	76.199	53,9
En Prusia... ..	59.917	72,4
En Italia.....	48.530	42,4
En España.....	30.000	55,6
En Holanda.....	14.174	38,4
En Bélgica.....	11.808	58,2
En Suiza.....	9.813	66,3

Alemania es la nación en que existen mayor número de escuelas normales para profesores y profesoras. Hay 256 para los primeros y 76 para los segundos. Austria-Hungría tiene 96 y 45. En Francia hay 86 y 79. En España 46 y 29. En Italia, 69 y 39.

Después de haberse ocupado en la enseñanza primaria, examina el Sr. Brachelli la enseñanza secundaria, donde incluye los gimnasios y *Realschulen* de Alemania, Austria, Suiza, Suecia y Noruega, Dinamarca, Rusia y Holanda; los Liceos y colegios de Francia; los Ateneos y colegios de Bélgica; los Liceos y gimnasios de Italia; los Institutos de segunda enseñanza de España; los Liceos de Portugal; las Escuelas superiores y las Academias de Inglaterra.

En esta última nación existen 1.403 escuelas de segunda enseñanza y 183 escuelas de comercio con 139.206 alumnos.

Es interesante comparar en Francia el número de las escuelas oficiales y de sus alumnos, con el de las escuelas libres. Existen en Francia 333 establecimientos de segunda enseñanza oficiales, con un total de 80.211 alumnos. La enseñanza secundaria libre tiene 799 escuelas con 77.749 alumnos.

He aquí ahora el número de Liceos, de Gimnasios y de Escuelas artísticas que existen en Italia:

	Escuelas.	Alumnos
Liceos oficiales.....	105	6.528
Liceos católicos.....	104	1.635
Otros Liceos.....	69	2.135
Gimnasios oficiales.....	177	17.578
Gimnasios católicos.....	224	9.697
Otros gimnasios.....	234	10.537
Escuelas oficiales artísticas.....	164	13.600
Particulares.....	151	7.111

Para las otras naciones, basta transcribir á continuación el número de escuelas de enseñanza secundaria y de sus alumnos:

	Escuelas.	Alumnos.
Austria-Hungría.....	445	100.703
Alemania.....	1.110	231.814
Suiza.....	94	9.880
Rusia.....	326	28.062
Suecia y Noruega.....	128	22.531
Holanda.....	88	6.371
Luxemburgo.....	3	1.110
España.....	61	33.468
Portugal.....	21	9.274
Grecia.....	151	8.497
Rumanía.....	35	5.697
Servia.....	25	3.990
Bulgaria.....	7	1.860
Rumelia oriental.....	2	1.260

Conviene hacer notar que no son las naciones que más blasonan de ilustradas, como por ejemplo Italia, las que sostienen mayor número de escuelas, teniendo en cuenta el número de sus habitantes.

Pero por lo que toca á España, figuramos en esta estadística la décimaprimerá de las naciones; esto es, entre Austria-Hungría y la Rumelia oriental: no puede sorprendernos el

estado que arrastran nuestras bibliotecas, después de saber que de cada 1.000 de nuestros habitantes concurren 106 alumnos á las escuelas públicas, mientras en Alemania concurren 157 y en Suecia 146. En estos países también la estadística intelectual presenta datos muy superiores al nuestro en bibliotecas públicas y privadas y en el número de los lectores que unas y otras cuentan al año. Es natural esta correlación, porque la escuela y la biblioteca juegan en todos los pueblos la misma suerte. Por esto mismo observará el lector que allí donde hay más concurrencia á las escuelas, las bibliotecas públicas son más numerosas y los lectores guardan igual proporción entre los alumnos á la primera y segunda enseñanza.

El día que España tenga 60.000 escuelas; cuando se organicen las de los batallones militares y las de los penales; cuando se funden las que debían existir en las cárceles de Audiencia y en nuestros establecimientos benéficos, las bibliotecas prosperarán y se harán necesarias, según hemos indicado en nuestro libro. Llegará, sí, este día; porque España marcha hacia el progreso en el concierto de los pueblos modernos, y no puede sustraerse á las necesidades que le impone la civilización presente.

V.

Y entretanto no vemos realizadas nuestras aspiraciones del mañana, todos los que nos llamamos soldados del progreso y trabajamos por la enseñanza popular y la cultura pública, tenemos el deber de prestar nuestro desinteresado concurso por que las bibliotecas prosperen y la instrucción se extienda en nuestra patria al igual que hoy lo está en los Estados Unidos del Norte América, no perdiendo de vista que la escuela ha de preceder á la biblioteca, para que el maestro eduque al niño, que después hombre, pueda completar su instrucción en los centros de lectura tan abandonados en

nuestra patria, como bien servidos y mejor organizados en otros pueblos de Europa y América.

Vamos á terminar este capítulo presentando por nuestra parte el cuadro completo de las bibliotecas que deben existir en España, según las indicaciones por nosotros expuestas en todo el trascurso de este libro, y por consiguiente, en consonancia con nuestros ideales.

Estas bibliotecas son:

CLASIFICACIÓN DE LAS BIBLIOTECAS	Número de ídem.	Volúmenes de cada una.	TOTAL.
Bibliotecas populares ó de escuela.	60.000	229	13.759.800
Idem de Institutos provinciales.	61	10.000	610.000
Idem de Universidades.....	10	80.000	800.000
Idem de Escuelas Normales. ...	47	4.000	188.000
Idem de los Colegios escolapios.	41	8.000	248.000
Idem de los Seminarios.....	61	10.000	610.000
Idem de las Sociedades Económicas.....	43	10.000	430.000
Idem de las Reales Academias...	12	20.000	240.000
Idem de las Escuelas de Veterinaria.....	4	10.000	40.000
Idem de los ateneos, liceos y casinos.....	100	6.000	600.000
Idem de los centros de enseñanza tecnológica.....	100	6.000	600.000
Idem de los establecimientos penitenciarios.....	18	6.000	108.000
Idem de cárceles de Audiencia..	14	5.000	74.000
Idem de los lazaretos sucios....	6	5.500	35.000
Idem de los hospitales.....	300	4.000	1.200.000
Idem de los balnearios medicinales.....	143	5.000	715.000
Idem de los 61 regimientos de Infantería de línea (con el Fijo de Ceuta).....	122	3.000	366.000
Idem de los 21 batallones de Cazadores (con el de Escribientes y Ordenanzas).....	21	3.000	63.000
Idem de los cinco regimientos de Artillería de á pie.....	10	3.000	30.000
Idem de los siete de id. montados.	14	3.000	42.000
Idem de los tres id. de montaña.	6	3.000	18.000

CLASIFICACIÓN DE LAS BIBLIOTECAS	Número de ídem.	Volúmenes de cada una.	TOTAL.
Idem de los cuatro de Ingenieros de á pie.....	8	3 000	24.000
Idem del primero id. montado...	2	3 000	6.000
Idem de 12 regimientos de Lanceros.....	12	3.000	36.000
Idem de 10 id. de Cazadores....	10	3.000	30.000
Idem de dos id. de Húsares.....	2	3.000	6.000
Idem de los tres id. de Infantería de Marina.....	3	3.000	18.000
Idem de las cinco fragatas blindadas.....	5	4.000	20.000
Idem de las 12 id. de hélice....	12	4.000	48.000
Idem de los dos vapores de rueda.	2	4.000	8 000
Idem para las Academias y escuelas científicas militares.....	12	10.000	120.000
Idem para las bibliotecas provinciales.....	49	16.000	784.000
Idem para los 100 Ayuntamientos mayores de España (que no sean capitales de provincia)...	100	16.000	1.600.000
SUMAS.....	61.353		23.468.000

Hoy cuenta España con 1.113 bibliotecas que reúnen 4.014.774 volúmenes. Hasta llegar á completar el número de las que dejamos indicado, y datarlas de los volúmenes apuntados, mucho ha de trabajarse por los encargados de propagar la enseñanza popular.

NICOLÁS DÍAZ PÉREZ.

(Se continuará.)





CARTA AL SR. MORAITA



ACERCA DE SU DISCURSO

I.

SEÑOR D. MIGUEL MORAITA—Muy señor mío y de toda mi consideración: El *Discurso* leído por usted en la Universidad Central, al inaugurarse solemnemente el curso académico de 1884 á 1885, tiene muchas, muchísimas cosas que, si la religión rechaza, la filosofía reprueba y la crítica de ninguna manera puede admitir. Siento expresarme de esta manera; pero, por más que lo sienta, mis creencias católicas y mis principios filosóficos me obligan á no sacrificar al afecto personal la defensa de lo que tengo por justo y verdadero.

El ejemplo de V. me alienta bastante en este punto. En efecto, V., que cree en el absolutismo del profesor, no podrá extrañar que yo crea también ahora en el absolutismo del crítico. V. en su *Discurso*, página 90, afirma como cosa indudable que «el profesor en su cátedra y como catedrático es libre, absolutamente libre, sin más limitación que su prudencia.» Esto quiere decir pura simplemente que se ha negado el absolutismo de los Reyes para proclamar el absolutismo de los catedráticos. En general, yo rechazo esta teoría,

porque soy poco amigo de los absolutismos. En mi opinión, es imposible que el absolutismo no haga odiosa y quebrante primero y destruya después la institución que lo acepte. Un profesorado absoluto ó autónomo ó sin más ley que su capricho ó su llamada prudencia, no podría menos de caer, y pronto, en el más profundo descrédito. Cada vez que el profesor afirme que «al catedrático nada ni nadie le impone la doctrina que ha de profesar, ni la ciencia que ha de *creer*, ni el sistema que ha de enseñar,» como dice V. en la citada página 90, la razón dirá que esto es absurdo, la moral dará el grito de alarma, la política se estremecerá y los padres de familia protestarán asegurando que nadie tiene derecho para imponerles profesores autónomos ó absolutistas. Contra el absolutismo del profesor militan y militarán siempre las mismas razones que militan contra todos los absolutismos. Dejémonos, pues, de absolutismos, no confundamos la ciencia con el capricho, la opinión particular ó la *prudencia* de un profesor cualquiera, y sentemos, como, según la razón y la conveniencia, se debe sentar, que el catedrático es y debe ser el primer esclavo de las leyes.

Esto no obstante, aunque yo no crea que un catedrático, hombre de edad y lleno de ciencia, ya aguerrido, puede lícitamente luchar con un joven poco instruído ó inerme, por el momento admito la teoría de V. en favor de la crítica, y, como crítico, me declaro absolutista. Mi absolutismo, sin embargo, no irá nunca tan lejos como el de V. Esté V. firmemente persuadido de que se limitará á atribuírse el derecho de responder á quien no le pregunta ó de examinar, sin ser consultado, el discurso de V. En todo lo demás, mi crítica se encerrará dentro del círculo de la razón, los datos de la ciencia y las leyes más severas de la crítica.

Usted, Sr. Moraita, en la página 6.^a, ruega á sus compañeros de profesorado que «le dispensen lo escaso y mísero de su ofrenda.» Aquí hay por lo menos tanta verdad como modestia. V. tiene gran entendimiento y es sin duda bastante erudito; pero, en la ocasión presente, de seguro por impedirselo otras ocupaciones, ha hecho mucho menos de lo que podía hacer. Crea V. que el que quiera bien á V., como yo lo

quiero, no puede menos de leer con pena las 91 mortales páginas de su opúsculo.

En la página 13 dice V. una cosa que prueba sumo candor y á la vez muestra lo que es su crítica. Hablando de las leyes egipcias, sienta V. con mucha formalidad, como haciendo una observación profunda, que «los mandatos reales, de carácter general, una vez promulgados, tienen fuerza de ley, *en tanto no se deroguen.*» He aquí una novedad bastante extraña. Los que hayan leído su *Discurso*, no podrán ya ignorar que en Egipto, como en todas partes, las leyes, cuando se derogan, dejan de ser obligatorias. Supongo que esto se habrá averiguado, gracias á las sabias investigaciones de Champollión, el menor, por ejemplo.

En la página 17, dice V. también: «El Santuario de los templos egipcios, escribió San Clemente de Alejandría, y dispéñseseme *lo vulgar de la cita*, está oculto tras cortina de tisú de oro.» Prescindiendo de el *Santuario de los templos*, como si hubiese *templos* que no fuesen ó se tuviesen por *Santuarios*, no puede menos de llamar la atención la dispensa que se pide *por lo vulgar de la cita*. ¡Pedir dispensa *por lo vulgar de la cita*, cuando se cita á Clemente de Alejandría, uno de los hombres más eruditos y de más autoridad científica que han existido en el mundo! Y, ¡que se pida perdón, por lo vulgar de la cita, cabalmente cuando se trata de lo que ahora se llama la ciencia *egiptológica*! ¿Se olvida quizás que Clemente de Alejandría, gran filósofo de fines del siglo II y principios del III, vivió y estudió en Egipto, siendo discípulo y sucesor del eruditísimo Panteno en la célebre escuela egipcia de Alejandría? Si V., Sr. Moraita, hojease siquiera las voluminosas obras de Vacherot y Julio Simón, ambos racionalistas y demócratas, acerca de la escuela alejandrina, se convencería bien pronto de que cuando se cita á Clemente de Alejandría, no hay necesidad de pedir dispensa *por lo vulgar de la cita*.

En el *Discurso* de V. hay cosas que parecen bastante extrañas. Por ejemplo, siempre que se trata de cuestiones enlazadas con la religión católica, muestra V. un espíritu, no sé si volteriano, que, por desgracia, le impide á V. el ver

hasta las cosas más claras. En la página 7.^a, sin ir más lejos, buscando la ocasión ó trayéndola no sé cómo, sin necesidad ni oportunidad, quizás sólo por inclinarse ante *la preocupación de la despreocupación*, habla V. del «pretendido diluvio universal.» Como no es esta la cuestión del día, por no tener tiempo para otra cosa, me limito á rogar á V. que, si lo cree conveniente, lea á Vigouroux, *La Bible et les decouvertes modernes*, publicada hace muy poco en París; Schoebel, *De l'Universalité du deluge*, que vió la luz en 1858, y la tan reciente y tan erudita obra de Lenorman, *Les origines de l'Histoire*, tomo I, capítulo VIII. Sobre todo, si lee V. á Lenorman, en el lugar citado, encontrará V. un eruditísimo estudio comparativo, que no le dejará dudas acerca de este punto. Ya verá, si sigue mi consejo, cuán difícil es que un hombre erudito, si es verdaderamente erudito, pueda negar que toda la historia antigua es testimonio unánime en favor de la existencia y universalidad del diluvio. Sólo en la raza negra se halla ó se supone que se halla, una excepción de esta regla general. Hago á V. esta advertencia con el único fin de que recuerde lo que sin duda ha olvidado, y vea que es más fácil el querer imitar la risa de Voltaire que el probar que hay razón para reirse. Y cuenta que no es para despreciado lo que dice un poeta latino acerca de la sensatez de una risa no sensata. Como no me atrevo á hacer una traducción literal, con el fin de que las traduzca mejor quien pueda ó quiera, diré que las palabras latinas á que aludo son las siguientes: *Nihil ineptius risu inepto*.

En todas las páginas del discurso de V. se observan una incredulidad, propia del más ciego espíritu de secta, cuando se trata del catolicismo, y una credulidad, de todo punto incompatible con la crítica, cuando se trata, por el contrario, de cosas que llamaré *egipcias*. Para todo lo que es católico, sea de doctrinas, de instituciones ó de personas, se muestra usted, crítico rígido y muchísimo más que rígido. Por el contrario, en lo que no es católico ó se figura V. que está fuera ó por encima de la esfera católica, procede V. como el hombre más cándido y más crédulo del universo. Esta observación, por más que sea sencilla, como es tan fundada y tan

justa, quizás pueda servir de clave para descifrar los innumerables jeroglíficos que hay en la portada de la *ciencia* de V. Usted, Sr. Moraita, aunque pudiera haber hecho mucho más, por motivos que no se explican, ni pueden comprenderse, en el caso presente, se ha limitado á copiar ó extractar, sin estudiar por sí y con datos propios la cuestión, ni recoger y comparar siquiera los datos ya recogidos por los egiptólogos. Usted, desde luego, se encierra en una escuela ó secta y repite, sin examen, todo lo que su escuela ó secta quiere que se repita. Esto es fuerte; pero, por desgracia, completísimamente exacto.

Yo sé bien que no todos podemos hacer todas las cosas. Por esto no pido á V. que, como Anquetil Duperrón, se haga soldado voluntario, vaya como tal á la India, y pase años y años estudiando lenguas orientales y examinando y confrontando las tradiciones, monumentos y costumbres de Oriente. Tampoco le pido que, como Champollión, el menor, pase su vida revolviendo antiguos pergaminos, registrando empolvados archivos y viajando por Italia y Egipto con el propósito de instruirse bien en todo lo que se refiere á la ciencia egipcia. Ni siquiera me atrevo á aconsejar á V. que, como Champollión, el mayor, siga las huellas de su hermano, y pase lustros y más lustros recogiendo datos para escribir libros como el de *Annales des Lagides ou Chronologie des Rois grecs d'Egypte*. Verdad es que Champollión, el menor, dedicó su célebre obra, *El Egipto bajo los Faraones*, nada menos que á Luis XVIII, hermano y sucesor del Rey mártir Luis XVI. Es también digno de especial mención el hecho de que Champollión, el mayor, siempre protegido por la monarquía, en 1848 á los setenta años de edad, y cuarenta y cinco de estudiar las lenguas, las ciencias y los monumentos de Oriente, fué privado de su empleo de conservador de la Biblioteca Nacional por la segunda república.

Estos recuerdos, por lo menos contribuirán á que se vea que ni la egiptología es ciencia republicana, ni los egiptólogos tienen gran cosa que agradecer á la república. Ante todo, y sobre todo, bueno es hacer constar, y que se sepa, que el republicanismo no ha pensado ni piensa mucho en cultivar

de veras el campo inmenso de las ciencias orientales.

Pero volviendo á nuestro asunto, si no pido á V. que se convierta en misionero de la ciencia, no extrañaré que, por lo menos, le aconseje que imite á Lenorman, haciendo estudios, no exclusivistas ó de secta, sino verdaderamente comparativos ó como Dios manda y la razón exige.

Basta recorrer las páginas de su opúsculo para convencerse de que V. no cita sino muy poco y de una manera muy vaga; no comprueba ó confirma con datos ciertos y textos autorizados las afirmaciones que hace; acepta hechos, cuya exactitud es más que problemática; forma inducciones, sin los datos indispensables para formarlas; supone gratuitamente todo lo que le hace falta suponer; no compara, como la crítica exige, con absoluta imparcialidad las doctrinas y opiniones diversas que halla en su camino, y en vez de alegar las pruebas que necesita alegar, cuando más apurado ó con menos luz se encuentra, apela á un *quizás* ó un *puede ser*, de los cuales deduce usted, no diré si caprichosamente, todo lo que le conviene deducir. No es otra cosa el discurso de V., Sr. Moraita.



II.

En la página 7.^a, refiriéndose á lo que era antes y lo que es ahora la historia, con acento de verdadero oráculo, como quien está profundamente convencido de lo que dice, exclama V.: «Circunscribiéndome á los tiempos anteriores á la formación del Imperio persa, ¡cuánta fábula entonces! ¡Qué imposibilidad de sistema! ¡Qué lagunas tan enormes! Y aun así, ¡qué cuadro más reducido!» Está bien. Ahora veremos si al llegar á los tiempos prehistóricos, anteriores á Adán, de los cuales V. necesita hablarnos, desaparecen las fábulas, concluyen las lagunas, es posible el sistema y el cuadro se ensancha. Si esto no sucediese, el discurso de V. se pintaría y se condenaría por sí mismo. ¡Son tan inconvenientes y tan peligrosas ciertas ilusiones! Pero esperemos.

En la misma página 7.^a afirma V. que «aun aumentado el aparato histórico con las investigaciones de los indianistas y egiptólogos del primer tercio de este siglo, á los escritores más diligentes de historia universal de entonces les bastaban unas pocas páginas para exponer cuanto, respecto á aquel lapso de tiempo, parecía averiguado.» Antes de esto, en la propia página había V. dicho: «¡Qué diferencia entre la historia que los doctos catedráticos de esta casa podían exponer, cuando yo, como alumno, la cursaba, y la que hoy estamos obligados á enseñar los que, *por complacencias de la casualidad*, ocupamos los puestos que su muerte dejó vacíos!» Aunque V., como asegura, ocupe su cátedra *por complacencias de la casualidad*, no podrá creerse dispensado de recordar que cuando usted, *como alumno*, cursaba la historia, ya se sabía en toda Europa casi todo lo que hoy se sabe acerca de la egiptología. Lo que llamaré la manía egiptológica, muy útil, en gran parte, comenzó en el reinado de Luis XV, se extendió, imperando Napoleón I y llegó á su mayor grado de exaltación en los tiempos de Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe. Los egiptólogos de más y más merecida fama, como Champollión, Wilkinson, etc., etc., fueron de la mencionada época. Los más modernos, con raras excepciones, se han limitado á repetir ó confirmar las investigaciones de sus predecesores. En los últimos treinta años, la egiptología ha adelantado muy poco.

Usted mismo dice en la página 9.^a: «Las treinta y tres dinastías que recogiera el sacerdote de On, salvadas del olvido *por escritores de los primeros siglos del cristianismo*, resultan de tal suerte comprobadas por los monumentos, que para explicar la historia de Egipto, su adopción pura y simple es lo que menos nos aleja de la verdad.» Sería curioso que ahora resultase que quizás la mayor parte de lo que hoy se sabe acerca del antiguo Egipto, se ha salvado del olvido por escritores de los primeros siglos del cristianismo. Si esto, que usted dice ahora, se confirmase, sería un golpe terrible para lo que V. dijo antes acerca de lo que, cuando era alumno, se podía enseñar en la Universidad. Lo cierto es que si la historia de las treinta y tres dinastías se debe á los escritores de

los primeros siglos del cristianismo, no sé adónde irían á parar las muchas fábulas, las lagunas enormes, la imposibilidad de sistema, el reducidísimo cuadro y las pocas páginas de que V. mismo nos hablaba poco antes.

Como éste es punto tan sustancial, conviene que todavía añadamos algo á lo dicho. Si desgraciadamente hubiese quien, dando crédito á la memoria de V., se figurase que la historia, antes conocida, de Egipto, se reducía á unas pocas páginas, de seguro quien incurriese en este gravísimo error, aunque fuese discípulo de V., necesitaría que, ejerciendo una obra de misericordia, como decimos los católicos, y para bien de la civilización, se le hiciese la luz acerca de esta tan grave materia. He aquí por qué creo que conviene llenar una muy enorme laguna que, si no existe en la ciencia de los antiguos catedráticos de V., se halla nada menos que en la página 7.^a del discurso de V.

Cuando V. era alumno, y mucho, muchísimo antes que naciesen los padres y aun los abuelos de V. y de todos sus catedráticos, ya se estudiaba la egiptología y se hacían en ella muy grandes y muy positivos adelantos. Aunque esto parezca á algunos increíble, es, no obstante, ciertísimo que la primera y más rica fuente á que acuden los egiptólogos es el Antiguo y Nuevo Testamento. A los que pongan esto en duda, para sacarlos de su error, bastará recordarles lo que se lee en el *Génesis* y el *Exodo* acerca de Jacob y sus hijos, del cautiverio de Israel, de Moisés y de la salida del pueblo hebreo del territorio dominado por los Faraones. Por esto, lo repetimos, para los egiptólogos no hay arsenal más rico que la Sagrada Biblia, que tantas veces habla de Egipto; los expositores sagrados, como Calmet y Cornelio a Lápide, que, al explicar el texto bíblico, recurren á toda clase de erudición, sea sagrada ó profana; los historiadores de la Iglesia, como Natal Alejandro, que, al tratar de la ley natural ó de los patriarcas y la escrita ó de Moisés y los profetas, iluminan con admirables y eruditísimas disertaciones los más oscuros períodos de la historia de Oriente; los escriturarios, que con tanto trabajo y esmero han escrito acerca de la *Geografía sagrada* á los países visitados por Nuestro Divino Salvador; los

misioneros y personas piadosas, que han hecho y descrito *Peregrinaciones á Tierra Santa*; los historiadores de las *Cruzadas*, que por necesidad habían de describir los caminos y empresas de los cruzados; los muchísimos católicos, eclesiásticos y no eclesiásticos, que han publicado libros acerca de la Sagrada Pasión; los místicos, como el venerable Ulloa, que, al meditar los misterios del Rosario, no han podido menos de seguir á la Sagrada Familia en su huída á Egipto; los sermones de penitencia, en los cuales, al ponderar los castigos del cielo, se recuerdan sin cesar las plagas de Egipto, y los sermones de Dolores, que con tanta frecuencia se predicán en toda la Iglesia, en los cuales, como es sabido, hay uno que casi exclusivamente se dedica al país de los Faraones.

Como se ve, la erudición eclesiástica es, y no puede menos de ser, una mina inagotable para los egiptólogos. Algunos no lo confiesan y hasta aparentan ignorarlo; pero, como V., Sr. Moraita, sabe muy bien, no es lo mismo aparentar ignorar que ignorar, ni ser ingrato que librarse de la obligación de agradecer. Dígase lo que se quiera en contrario, es indudable que si la egiptología devolviese á las tradiciones eclesiásticas todo lo que les debe, se quedaría reducida á muy poca cosa. Entonces sí que tendría V. razón para afirmar que la historia de Egipto podía encerrarse en poquísimas páginas.

Añádase á todo esto que en lo que hoy se llama la egiptología, y se presenta como ciencia egipcia *autóctona* ó propia de Egipto, hay mucho, muchísimo que pertenece á los *coptos*, que aceptaron muy pronto el cristianismo; la Escuela de Alejandría, de los primeros siglos del cristianismo, en la cual florecieron tantos filósofos cristianos; los célebres monjes de la Tebaida, ó el Alto Egipto, que tanto propagaron el Evangelio en aquella región, y los innumerables santos, doctores y mártires que pasaron su vida haciendo todo linaje de sacrificios, por plantar el sagrado árbol de la Cruz desde el Delta hasta los montes de la Luna, ó en todo el valle del Nilo.

Y, por si aún lo dicho no bastase, por si, como es de temer, el fanatismo de ciertas gentes continuase creyendo que es preciso pedir dispensa ó perdón cuando se cita á *San Cle-*

mente de Alejandría, prescindiendo de autores eclesiásticos, citaré escritores profanos. El caso es, que hasta los ciegos vean que, cuando V. estudiaba, ya se sabía acerca de la historia de Egipto muchísimo más de lo que en el último discurso de V. puede aprenderse. En comprobación de esto, recordaré á Herodoto, padre de la Historia, del siglo V, antes de Jesucristo; Diodoro de Sicilia, de los tiempos de César y Augusto; Sexto Empírico, del siglo II de la era cristiana; Porfirio, del siglo III, trozos de una obra en gran parte perdida, publicados por Scaliger en 1658; Jamblico, *De los misterios de los egipcios*, obra publicada por Gale en 1678; *Hierapollinis Hieroglyphica*, anónima, publicada por Pauw, en 1717; Kircher, *Œdipus ægyptius*, Roma, 1652; Jablonski, *Pantheón ægyptiorum*, año 1750; Adan Conradi, *Comentarios de la sabiduría, la erudición y los descubrimientos de los egipcios*, 1765; Belón, *Observaciones de muchas cosas memorables, encontradas en Grecia, Asia, Egipto, etc.*, París, 1553; Radziwill, *Peregrinación á Jerusalem*, Amberes, 1614; Sandys, *Relación de un viaje, que contiene la descripción del Imperio turco, del Egipto, etc.*, Londres, 1615; Lambert, *Viaje á Egipto*, París, 1631; Pedro della Valle, *Viajes á Turquía, Egipto, etc.*, París, 1661; Greaves, *Piramidografía ó descripción de las Pirámides*, Londres, 1646; Thevenot, *Viaje á Levante*, París, 1665; Norden, *Viaje á Egipto y á la Nubia*, Copenhague, 1755; Fourmont, *Descripción histórica y geográfica de los llanos de Heliópolis y de Menfis*, París, 1755; Pauw, *Investigaciones filosóficas acerca de los egipcios y los chinos*, Berlín, 1773; Meursio, *Ensayo acerca de la historia religiosa de los pueblos antiguos, principalmente Egipto*, Goettinga, 1775; Moritz, *Sabiduría simbólica de los egipcios*, Berlín, 1773; Stroth, *Egipcíaca ó fragmentos y comentarios de los antiguos escritores acerca de las cosas de Egipto*, Gotha, 1782; Vogel, *Ensayo acerca de la religion de los antiguos egipcios, etc.*, Nuremberg, 1783; Zoega, *Del origen y uso de los obeliscos*, Roma, 1797; Heeren, *Ideas acerca de la política, el comercio y las relaciones del mundo antiguo*, Goettinga, 1815; Creuzer, *Simbólica y mitología de los pueblos antiguos*, Leipzig, 1819; Goerres, *Historia de los misterios del mundo asiático*, Heidelberg, 1810; Letronne, *Investigaciones para servir á la historia de Egip-*

to, París, 1823; Prichard, *Análisis de la mitología egipcia*, Londres, 1820; Wilkinson, *Topografía de Tebas*, Londres, 1835; y *Usos y costumbres de los antiguos egipcios*, Londres, 1841; Champollión, el menor, *El Egipto bajo los Faraones*, París, 1814; Champollión, el mayor, *Anales de los Lagidas, ó Cronología de los Reyes griegos de Egipto*, París, 1816; Henri, *El Egipto Faraónico*, París, 1846; Schvenck, *Mitología de los pueblos asiáticos*, Frankfort, 1846; Roeth, *La religión egipcia y la religión de Zoroastro*, Manheim, 1846, etc., etc., etc.

No cito más autores, porque se me figura que los citados son más que suficientes. Por otra parte, la cosa es tan fácil, que se reduce á tomar cualquiera de las obras especiales ó diccionarios enciclopédicos, que hoy andan en manos de todo el mundo, y copiar la casi interminable lista de títulos de libros que en las notas ó en la parte bibliográfica presentan. Tan fácil es esto, Sr. Moraita, que pensando en ello, no puedo ni comprender cómo V. siendo ya catedrático, y escribiendo acerca de la egiptología, está tan *distanciado* (adjetivo de V.), que supone que cuando era alumno, ó del 45 al 55, no se sabía en la Universidad Central de Madrid lo que ya habían dicho al mundo entero los escritores citados, todos anteriores á 1846. Me parece, Sr. Moraita, que si tuviese V. que reimprimir su *Discurso*, recordando todo lo expuesto, por lo menos, le pondría una nota en la cual declarase que no había estado muy acertado al decir en la página 7.^a que cuando era alumno, todo lo averiguado acerca de la historia de Egipto se podía encerrar *en unas pocas páginas*. La manía *democrática* de suponer que la civilización es de fecha muy reciente ó que en el mundo antiguo no se raciocinaba, podrá ser todo lo antifilosófica que se quiera, pero en cambio no se puede negar que resalta en todas las páginas del último opúsculo de V. Sr. Moraita, el hombre ha sido siempre hombre, y la razón humana ha sido, es, y será siempre la razón humana. Si cada año se sabe más que el año anterior, es porque á los trabajos de la inteligencia que precede, se agregan, sumándose, los trabajos de la inteligencia que sigue. Esto, que es tan claro, aunque debiera verse, no se ve, ó al menos no se confiesa ni una vez sola en el *Discurso* de V.



La historia que V. conoce, Sr. Moraita, tiene nuevas fuentes, cuyo valor debe ser inapreciable. Hasta ahora sus ventajas no parecen excesivas; pero como V. se promete y promete tanto, de seguro, han de ser muy superiores á todo lo hasta ahora visto y oído. Por esta causa, confiando como es justo en las promesas ó ilusiones de V., vamos á señalar y examinar una por una estas tan nuevas como ricas *fuentes históricas*. Son las siguientes:

1.^a Las capas más profundas de la tierra, dóciles á la investigación, nos han ofrecido *indicios fehacientes* de la existencia del hombre en el período mioceno de la época terciaria del mundo y *pruebas á granel* del camino que siguió su cultura, durante la época cuaternaria, hasta enlazarse la humanidad *antehistórica* con los pueblos *históricos* (página 8.^a).

Ahora, después de decir esto, que tanta significación tiene y á tanto compromete, no falta á V. más que decirnos cuáles son esos *indicios fehacientes*, dónde están esas *pruebas á granel*, y quién ha oído hablar de esa humanidad *antehistórica* que se enlaza con los pueblos *históricos*. Es lástima que poseyendo usted tan inestimables tesoros, los guarde para su uso ó provecho exclusivo. Al menos, por amor á la humanidad, convendría que nos hiciese V. partícipes de tanta y tan brillante luz. ¡Que siempre se olvide V. de manifestar cabalmente lo que más falta hace y lo que mayor obligación de manifestar tiene! En la filosofía crítica de V., ni las promesas pueden abundar más, ni las obras pueden verse menos. Sr. Moraita, la luz que no se muestra, ó no existe, ó no prueba nada bueno. ¿Dónde está esa luz, dónde están esos *indicios fehacientes* y esas *pruebas á granel* que V. ha encontrado ó supone en las más *profundas capas de la tierra*? Si no muestra V. esta luz, dará motivos para que se crea que su primera fuente his-

tórica es una fuente muy estéril ó poco menos que imaginaria.

2.^a «A nuestra disposición los historiógrafos chinos, la imponderable literatura sanscrita, los libros de Zarathustra y hasta el Epítome de antigüedades asirias, etc.» (*Ibid.*)

Los historiógrafos chinos, la imponderable literatura sanscrita, los libros de Zarathustra, etc., ni son ante-históricos, ni tienen la antigüedad que V. supone, ni dicen lo que V. necesita que digan. Para el caso, pues, son fuentes secas, ó mejor dicho, fuentes nominales, que ni han tenido necesidad de secarse, porque, tales cuales por V. se pintan, nunca han existido. Verdad es que V. debe estar tan convencido de esto como todo el mundo. De otra manera no podría ni aun explicarse, cómo esconde V. tanta luz y no la arroja sobre las enormes lagunas, que todavía se encuentran en la historia del pueblo egipcio.

3.^a «Obrada la maravilla de que hoy se lean y traduzcan los jeroglíficos faraónicos y sus escritos hieráticos y demóticos, y las inscripciones cuneiformes, asirias, caldeas, medas y persas, y los signos chinos *con tanta exactitud como el hebreo*, las fronteras de la historia resultan mucho más allá que Noé y aun que el mismo Adán del Génesis.» (Lug. cit.)

Esto es lo que V. dice en la página 8.^a; pero, como la memoria de V. no debe ser muy grande, en la página 21, contradiciéndose por completo, exclama V.: «*No fijada* en los antiguos tiempos faraónicos ni la lengua ni la escritura, y *no leyéndose hoy mismo* por los modernos egiptólogos de igual modo los jeroglíficos egipcios, que aún no se ha llegado á convenir uniformemente en su valor fonético, de seguro muchas de aquellas divinidades que parecen distintas, son una misma.» De lo cual resulta que, según V., «ya se ha obrado la maravilla de que hoy se lean y traduzcan los jeroglíficos faraónicos y sus escritos hieráticos y demóticos,» y, según usted mismo, no se pueden leer ni traducir, al menos con exactitud, porque «ni en los antiguos tiempos faraónicos se habían fijado la lengua y la escritura, ni hoy se leen de igual modo por los egiptólogos modernos.» Tenemos, pues, que esta tercera fuente histórica, es fuente histórica porque V.

quiere que lo sea, al fin de la página 8.^a, y no lo es, porque no puede serlo, como V. mismo afirma en el último párrafo de la página 21. Esto no obstante, de esta fuente, que según V., no es ni puede ser fuente, deduce V. que las fronteras de la historia «resultan mucho más allá que el Adán del Génesis.» Y, ¡que tenga V. la crueldad de no decirnos quienes son, cómo se llaman, qué hicieron, y dónde están esos hombres que V. ve en los jeroglíficos faraónicos, los signos chinos y las inscripciones cuneiformes asirias, caldeas, medas y persas! Sr. Moraita, la ciencia no debe ser egoísta ó avara de la luz. Por Dios, para bien de la humanidad, dé usted á conocer sus tan portentosos descubrimientos. Ya que emplea V. 91 páginas en decir lo que todo el mundo sabe, por todo lo más sagrado, destine V. siquiera noventa y una líneas para decirnos algo, siquiera algo de lo que todo el mundo ignora y sólo V. debe saber.

4.^a «Si los trabajos sacerdotales de Misraim (Egipto) pueden darse por perdidos, súplelos copiosa biblioteca de remotísima antigüedad.» (Página 10.)

¡Cuánto daría el mundo por que esto fuese algo más que una ilusión! ¿Dónde está esa copiosa biblioteca de remotísima antigüedad, que suple los centenares de miles de libros perdidos pocos años antes de Jesucristo, en el incendio de la famosísima Biblioteca de Alejandría? Si V. no lo llevara á mal, sin más intención ni otro interés que la intención y el interés que lleva consigo el amor á la ciencia, aunque con pesar profundo, me atrevería á suponer que V., Sr. Moraita, imita en esto á Don Quijote, viendo en su imaginación lo que le hace desear su voluntad. Sr. Moraita, la ciencia se funda en hechos y observaciones, no en ardientes deseos ni siquiera en creaciones fantásticas. Ni la imaginación es la razón, ni el fanatismo ó espíritu de secta ha sido, es, ó puede ser regla de crítica.

5.^a «La antigüedad del Decálogo quedó *distanciada* por la mayor del *Zend Avesta*.» (Página 9.^a)

El *Zend Avesta*, libro sagrado de los persas, tiene dos partes, escritas en distintas lenguas. La segunda es de época reciente; la primera es más antigua, pero no de la remotísi-

ma antigüedad que V. *caprichosamente* le atribuye. ¿Por qué no dedica V. algunas páginas á esta tan grave cuestión? ¿Por qué, en vez de suponer que el *Zend Avesta* es más antiguo que el Génesis, no prueba V. lo que supone? Verdad es que para V. la ciencia es una cosa muy distinta de lo que es para todo el mundo. En efecto, en la página 90 asegura V. que al profesor «nada ni nadie le impone la doctrina que ha de profesar, *ni la ciencia que ha de CREER.*» Esto prueba que la ciencia de V. es cosa que no se demuestra, sino que se cree, no sabemos si á ojos cerrados. Sólo así se explica que afirme V. tanto y demuestre tan poco.

6.^a «La antigüedad del Decálogo fué á su vez distanciada por no pocos himnos del *Rig-Veda.*» (*Ibid.*)

El *Rig-Veda*, libro sagrado de los indios, es un conjunto de himnos y oraciones, cuya antigüedad ha sido y sigue siendo objeto de interminables disputas. Esto no obstante, nadie le atribuye más de quince siglos antes de Jesucristo. De modo que, aun atribuyéndole por mero capricho una antigüedad, que no se sabe si tiene, todavía resulta que es mucho más moderno que el Pentateuco. V., como de costumbre, habla aquí sin documentos ni razones de ninguna especie y, según su sistema, mostrando una credulidad asombrosa, supone lo que quiere suponer y acepta lo que su secta ó escuela le obliga á aceptar. No creo que esto sea muy *científico* ni muy *crítico*.

7.^a «La antigüedad del Decálogo quedó también distanciada por largos capítulos del *Libro de los muertos*, el *Tratado de moral* de *Kaquimna* y las *Instrucciones de Phtah-hotpu.*» (*Ibid.*)

Como V., Sr. Moraita, suele decirlo todo, en esta ocasión, como en muchas otras, se pinta ó se juzga por sí mismo. Así es que, después de haber dicho esto en la página 9.^a, en la 40 dice lo que sigue: «Si posible fuera, que probablemente no lo será nunca, conocer el orden cronológico de los capítulos que forman el *Libro de los muertos* y determinar la época á que corresponden los más importantes, tendríamos base segura para comprender, etc.»

Prescindiendo de lo que vulgarmente se llama la *teoría de los síes*, con la cual todo sale á medida del deseo, no puedo

menos de llamar á V. la atención acerca de la contradicción en que incurre, al afirmar en la página 9.^a que, «largos capítulos del *Libro de los muertos* son anteriores á no pocos himnos del *Rig-Veda*» y asegurar en la página 40 que «si posible fuera, que probablemente no lo será nunca, conocer el orden cronológico de los capítulos que forman el *Libro de los muertos*, tendríamos base,» etc.

He aquí otra fuente histórica, segura y no segura, al decir de V. ¡Con cuánta ligereza ha tratado V. esta tan delicada materia!

Respecto al *Tratado Moral de Kaquimna*, se limita V. á decir lo siguiente: «Contemporáneo de Snefru, Monarca de la dinastía III, fué aquel Kaquimna, autor de una colección de apotegmas, de que se conservan algunos fragmentos, inspirados en un recto sentido moral y escritos en forma semejante á la en que están escritos los *Proverbios de Salomón*.» (Página 46.)

¡Cuántas y cuán enormes lagunas deja V. en todo esto! ¡Cuántas gratuitas suposiciones en lo relativo á personas y cosas, nombres y fechas! Pero ya se sabe que en el opúsculo de V. no hay otra cosa. La ciencia de V. es así.

En fin, refiriéndose á las *Instrucciones de Phtah-hotpu*, en la misma página 46 dice V.: «Al reinado de *Assa-Tat-Ka-Ká*, anteúltimo Monarca de la dinastía V, y constituyendo, con los apotegmas de *Kaquimna*, parte del libro más antiguo del mundo, pertenecen las *Instrucciones de Phtah-hotpu*,» etc. Siempre el mismo defecto. Se dice, sólo porque se quiere decir, que se trata del libro más antiguo del mundo; pero las pruebas, como de costumbre, se omiten, sin duda, por amor á la brevedad. Es natural. Cuando se rechaza la fe en lo divino, nada tan lógico como el exigir fe ciega en lo meramente humano, y aun en lo más excesivamente caprichoso.

8.^a La fuente histórica, octava y última, es, sin duda alguna, la más fecunda, y la que menos dificultades ofrece. En efecto, la cosa se reduce á exponer en forma dubitativa todo lo que se necesita exponer, y en seguida, sobre tan falso cimiento, construir los más gigantescos edificios. Como para muestra, pondré aquí algunos ejemplos, copiados literalmente

de las páginas 11, 12, 14, 15, 21, 24, 26, 32, 40 y 52. Pudiera citar muchos más, pero ya sabe V., Sr. Moraita, que se trata sólo de una simple muestra.

A él, al Alto Egipto (dice V.), «*debieron* pasar, descendiendo por la Etiopía, pueblos bereberes, hermanos de los libios históricos,» etc. Aquí, de un simple *debieron*, que no se funda en nada, se deduce que los bereberes eran hermanos de los libios históricos, que descendieron por la Etiopía, que por sucesivas etapas fueron ocupando el Egipto inferior, etc., etc.

«*Quizás* de hecho tan natural arranque la división civil de Egipto.» He aquí un quizás que también hace no poco. Hasta es capaz de dejarse atribuir lo que ni la historia le atribuye, ni la geografía permite que se le atribuya.

«De ella, de la obra, *parece tuvo conciencia*, cuando seguro de que levantando una metrópoli religiosa, echaba los cimientos de una capital,» etc. Esta crítica, Sr. Moraita, no puede ser más cómoda. Con ella á la mano, cuando no hablen la historia y los monumentos, se hace hablar á la fantasía y..... no se necesita más. ¡Cuán luminoso es un *parece tuvo conciencia!*

«Monumentos inapreciables *permiten asegurar* que aquellos días corresponden á un siglo de oro,» etc. ¡Monumentos inapreciables que permiten asegurar! Pero, ¿de qué monumentos se trata? La crítica de V., Sr. Moraita, no se detiene ante cosas tan insignificantes. No importa saber qué monumentos son estos; lo único que se necesita es que *permizian asegurar*.

«*Quizás* entonces, desconocida la autoridad del poder central, se alzarán en armas,» etc. ¡Otro *quizá* bastante fecundo!

«*Quizás* también las fronteras del Egipto sufriesen los embates de sus enemigos, siempre envidiosos,» etc. A este paso con un *quizás*, mil veces repetido, se pudiera llegar hasta el origen mismo de los siglos. ¿Qué inconveniente puede haber en hacer suposiciones y más suposiciones, que permitan convertir la historia en novela? La fantasía no se detiene ante nada.

«No fueron, en *mi concepto*, las divinidades egipcias tantas

como resulta,» etc. No se trata aquí de lo que puede ser *en concepto de V.*, porque la historia no se escribe *à priori*, sino de lo que, según los escritos antiguos, monumentos verdaderos y tradiciones no imaginarias, se puede y se debe creer con mayores ó menores visos de certeza ó probabilidad.

«Mas sí *sucedería*, según pasó y pasa en tantos pueblos, que la misma religión no era entendida, etc.» Aquí salta á los ojos un *sucedería* que puede dar de sí todo lo que se quiera, incluso lo que fué, lo que no fué y ni siquiera puede ser.

«Si el Panteón faraónico nos fuera tan conocido como los mitos religiosos de la Heliade, ¡con qué carácter de unidad y de sistema se presentaría aquel tan poblado Olimpo!» No nos es conocido el Panteón faraónico; pero aunque no nos lo sea, como estamos en el campo de las gratuitas suposiciones ó dentro de la famosa teoría de los síes, que debe ser muy filosófica y muy crítica, nada ni nadie nos impide afirmar que, *si fuese conocido*, se *presentaría* con carácter de *unidad* y de *sistema*. Pedir más sería ya pecar por exceso. De un *si nos fuera conocido*, todo lo menos que puede pedirse es todo lo más que se puede obtener ó un *se presentaría* con carácter de *unidad* y de *sistema*.

«*Quizás* en tiempos anteriores á Mena pudieron estar en uso los sacrificios humanos,» etc. No comentemos este *quizás*, que en nada se diferencia de los *quizaes* anteriores. No se encontrarán estos *quizaes* en la verdadera crítica; pero ya hemos convenido en que la crítica de V., Sr. Moraita, es crítica de *especialísima* índole.

«Aunque Diodoro entienda que Pitágoras recibió esta doctrina de los sacerdotes egipcios, *todo declara* que no pudieron enseñársela.» Este *todo declara* es también una mina riquísima. Diodoro, que era de los tiempos de César, si no vió la gran biblioteca de Alejandría, pudo oír á los que la habían visto. Sin embargo, aunque Diodoro, que pudo saber lo que decía, entienda lo contrario, *todo declara* que se equivocó, sin duda de medio á medio. No se sabe quién es este *todo declara*; pero, como se trata de una *ciencia que se cree*, lo que importa es cerrar los ojos, creer y continuar la marcha.

«*Seguramente se acompañaría* ya entonces esta fúnebre cere-

monia con la oración conservada por Porfirio.» Porfirio, que es del siglo III de la era cristiana, no dice qué antigüedad tenía su oración; sin embargo, esto no impide á V. afirmar que «seguramente se acompañaría ya entonces (en los tiempos de las *Instrucciones* ó del libro, según V., más antiguo del mundo) esta fúnebre ceremonia con la oración mencionada.» El salto no puede ser mayor; pero á la nueva crítica no le faltan ni pueden faltarle vuelos.

«En pueblo tan severo y ceremonioso, indudablemente fueron base de todo contrato las fórmulas. Quizás la reforma legislativa que hiciera Bok, consistió en abolir estas fórmulas.» La cuestión es bastante ardua; pero todo cede ante un *quizás consistió*.

Tales son las fuentes históricas, á las cuales recurre usted para encontrar «tantas inscripciones, documentos y tratados, referentes á períodos, *ni aun sospechados siquiera*.» (Página 8.^a)

No está mal; pero ¿qué períodos son estos *ni aun sospechados siquiera*? ¡Que descubra V. tanto y que nos revele tan poco!



Aumentado, Sr. Moraita, según V. dice, el *aparato histórico*, no es extraño que la historia de V. haya extendido su círculo hasta el extremo de no caber ya ni en los límites del Génesis. Por esto sin duda en la página 9.^a coloca V. á Nino, Semíramis y Ninyas, su hijo y sucesor, en la categoría de personajes *legendarios*, lo mismo, ó para valerme de la expresión de V., *al igual* que Arbaces y Dejoces. Por esto, según V., Sesostris resulta una mera personificación y Sardanápalo no pasa de ser un mito. Claro es que V., que en estas materias no peca por exceso de incredulidad, no se fatiga buscando y aduciendo pruebas; pero, ¿qué valen estos escrúpulos?

En cambio, como la crítica de V. es tan flexible, no le impide el afirmar, como si se tratase de la cosa más cierta y más clara del mundo, que Mena en Egipto y Hoang-ti en China, logran la consideración de fundadores de Imperios, y Zoroastro, «arrojado del siglo de Darío, en que *caprichosamente* se le colocara, pasó á ocupar su puesto, allá en la Bactriana, *muchos siglos* antes que Moisés.» (Página 9.^a) Como siempre, V. se olvida de dar razones ó alegar textos. El amor á la brevedad obliga á V. á omitir todo lo necesario, aunque bastantes veces le deja tiempo sobradísimo para abundar en lo superfluo. A no ser así, me atrevería á suplicar á V. que se dignase declarar cómo y cuándo ha averiguado que Zoroastro pasó á ocupar su puesto, allá en la Bactriana, muchos siglos antes que Moisés. Decir esto no es difícil, y suponerlo es más fácil aún. ¿Ofrecerá acaso menos dificultad el probarlo?

El sistema de V. no puede ser más curioso. ¡Qué modo de escribir ó *hacer* la historia! Sentados los principios que ya conocemos y admitidas las fuentes históricas, ya también conocidas, V., siendo lógico en este punto, entra de lleno en su fertilísimo campo histórico. Es imposible oír á V. sin verdadero encanto. Según dice en la página 11, «en los remotos tiempos en que el Delta era inhabitable, ofrecía ya el alto Egipto excelentes condiciones para la vida.» Esto no consta, pero se supone, y para el caso, esto es, para lograr que la historia no se encierre en poquísimas páginas, *es lo mismo*. Siempre, según V., «al Alto Egipto debieron pasar pueblos bereberes que poco á poco fueron ocupando el Egipto inferior.» Pero como estos bereberes «no eran ciertamente pueblos á quienes fácilmente se podía exterminar, bereberes y asiáticos, dominadores y dominados, vivieron juntos, y de su fusión resultó la raza egipcia, de la cual son descendientes *más ó menos directos*, pero bastante próximos para conservar puro el tipo, los actuales degradados fellahs.» (Página 11.)

No comento ni hay necesidad de comentar este párrafo. Donde se asegura que puede haber descendientes más ó menos directos, bien se puede llenar la historia con cualquier

cosa. Así lo único difícil sería el que apareciesen lagunas enormes ó no enormes.

«Aquellas tribus protohistóricas, continúa V., ya iniciadas en las ventajas de la vida sedentaria, vivieron largos siglos dominadas por una teocracia avasalladora.» (Página 12.)

Aquí hay tantos prodigios como palabras. Unas tribus que son protohistóricas ó que son las primeras que aparecen en los remotísimos orígenes de la historia, y que, sin embargo, están ya iniciadas en las ventajas de la vida sedentaria y viven largos siglos dominadas por una teocracia avasalladora, ya que no para otra cosa, al menos pueden servir para que no se diga que la historia se encierra en poquísimas páginas. No hablando de personas, de lugares ni de tiempos, y recurriendo á las palabras altisonantes y á los lugares más comunes, nada tan fácil como el llenar páginas, si no con hechos positivos, con suposiciones gratuitas ó huecas declamaciones.

Sobre ambos Egiptos, ó por lo menos «sobre buen golpe de sus ciudades, establece una dominación más ó menos eficaz, *allá, cinco mil años antes de Cristo*, aquel Mena, natural de Theni, cuya obra cierra los tiempos antehistóricos de los pueblos de Misraim.»

Esto, que dice V. con todas sus letras, al fin de la página 12, es hasta curioso. Cinco mil años antes de Cristo, nada menos, había ya en ambos Egiptos buen golpe de ciudades. No sé cómo no añade V. que por entonces las Pirámides eran ya el asombro del mundo. Esta última afirmación no hubiese sido menos infundada que la primera.

Sentados estos preliminares, entra V. de lleno en la historia, que llamaré *conocida*, de Egipto. Por supuesto que, aunque V. posee un aparato histórico aumentado y recurre á fuentes que no están al alcance de todos, se limita á hablarnos de las famosas dinastías, salvadas, como V. mismo dice, del olvido por los escritores de los primeros siglos del cristianismo. Y lo más notable es que pasa V. sobre estas dinastías, casi al vapor, como sobre ascuas, sin hacer otra cosa que repetir unos cuantos nombres ya conocidos, y atribuirles épocas que no se sabe si son fantásticas, y suponer-

los autores de hechos que no pueden aparecer con mayor confusión. Aunque V. cuenta con tantos y tan poderosos elementos, su opúsculo deja todas las enormes lagunas que no ha podido llenar la historia. ¡Nueva prueba de lo ilusoria que es la nueva *ciencia* de V.!

Verdad es que si en la historia que V. escribe ó *hace* de Egipto, abundan las lagunas y escasean los hechos precisos, en cambio, no faltan consideraciones, que llamaré filosóficas y de la más grande importancia. Por ejemplo, hablando de Mena, asevera V. que «seguro de que levantando una metrópoli religiosa, echaba los cimientos de una capital, la afirmó, constituyendo soberbio templo,» y que, por añadidura, el mismo Mena «aparece revestido con todos los caracteres de personaje sagrado y aun de Dios, á semejanza de cómo se presentaban los patriarcas sacerdotales sus antecesores.» (Páginas 12 y 13.)

Esto no obstante, poco después, al fin de la página 13, dice V. lo que sigue: «Aunque mal querido por los sacerdotes, sobre cuyo poder se levantara, alcanzó Mena, tal autoridad,» etc. De modo que, según V., Mena era y no era religioso, aparece revestido con todos los caracteres de personaje sagrado, como los patriarcas sacerdotales sus antecesores, y, todo al mismo tiempo, aparece como mal querido por los sacerdotes, sobre cuyo poder se levantara.

No contento con esto, en la página 16, después de afirmar que los antiguos egipcios «administraron honradamente,» lo cual no se sabe, ni se puede saber, añade V. que «ya entonces habrá dejado de alentarle el genuino, puro y castizo espíritu faraónico.» Egipto, como todas las naciones, tanto antiguas como modernas, nació, se engrandeció y decayó, invadiendo y sufriendo sin cesar invasiones. De aquí el que en toda su historia, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, se haya visto dominador algunas veces, dominado muchas; pero siempre mezclado con pueblos distintos y razas diversas. Al principio luchas entre tribus y tribus, y después conquistas de persas, griegos, romanos, etc., hicieron que el Egipto jamás pudiese tener ni leyes exclusivamente propias, ni Gobiernos que exclusivamente le perte-

neciesen. ¿Dónde está, pues, ese espíritu faraónico, genuino, puro y castizo que V. supone?

En la página 18, tratando de las lenguas, habla V. de las que «desarrollándose, y en su desarrollo reformándose y aun modificándose *fundamentalmente*, pero sin perder *ninguno de sus caracteres esenciales*, alcanzan la meta de su desenvolvimiento.» Esto de modificarse fundamentalmente, sin perder ninguno de sus caracteres esenciales, será una de las muchas cosas que deben encontrarse en la famosa biblioteca que V. ha visto, destinada á suplir los libros perdidos de la antigua civilización egipcia.

Refiriéndose al pueblo faraónico, «en cuanto al punto concreto de su religión,» sienta V. que tiene *todas las condiciones de autóctono*. (Página 19.) Esto equivale á suponer que las doctrinas religiosas que V. atribuye á Egipto, son propias y exclusivas de los egipcios, y no han sido tomadas, ni del pueblo hebreo, que tanto tiempo estuvo cautivo en Egipto; ni de los persas, que se enseñorearon de todo este país; ni de los griegos, que lo conquistaron; ni de los romanos, que lo subyugaron; ni siquiera de los primeros cristianos, que además de tratarlo no poco, en gran parte, hasta lo convirtieron al cristianismo. En las doctrinas, que V. supone autóctonas ó propias y exclusivas de los egipcios, hay unas que son patrimonio común de la descendencia de Adán; otras, que pueden ser realmente egipcias, y muchas, muchísimas que proceden de los persas y los griegos, los israelitas y los romanos y hasta los cristianos mismos. Si V. fijase bien su atención en esto, vería, como ve todo el que quiere verlo, que las creencias religiosas de los egipcios ni tienen un mismo origen, ni son de una misma fecha. Pero, si V. viese y confesase esto, ¿cómo había de poder decir que Egipto es el educador de todos los pueblos antiguos ó que «si el Egipto faraónico no está ya en el valle del Nilo, hállese en cambio extendido por todas las comarcas de la tierra?» (Página 81.) Cuando se necesita elevar tanto á Egipto, por fuerza se ha de deprimir todo lo más posible la pobre razón humana.

Egipto, dice V., aparece como el pueblo más antiguo. (Página 84.) Entre Egipto y China, sigue V., hay *una humani-*

dad de por medio. (Página citada.) Una humanidad de por medio debe ser otro de los grandes tesoros, encerrados, sin duda, en el famoso *Libro de los muertos*.

Por esta y por muchas otras razones, que debe V. tener, afirma V. que «ya no es lícito colocar en cabeza de la historia universal á Israel.» (Página 84.) Tiene V. razón; sin embargo, le falta añadir que lo que V. dice ahora se ha estado diciendo siempre y en todas partes. La crítica, que es verdadera crítica; la filosofía, que no es parto de la imaginación; la historia que se apoya en hechos no fantásticos, y la religión revelada, lo mismo la de la ley natural y escrita que la de la ley de gracia ó de Jesucristo, han dicho y repetido siempre y en todas partes que la historia es el conjunto de los hechos de toda la humanidad, y que por consiguiente á la cabeza de la historia no puede colocarse sino Adán el primer hombre, que es el que se encuentra á la cabeza de la humanidad entera. ¿Ignoraba V. quizá esto?

Añade V. en la página 8.^a que «la historia que supone hechos verdaderos, ciertos y correlativos, no cabe en manera alguna dentro de los cinco mil ochocientos ochenta y ocho años que dan de antigüedad al hombre cuantos, dejándose llevar de corrientes nacidas *en las oscuridades de la edad media*, siguen profesando el hoy indisculpable error de que la Biblia *asienta una cronología aplicable á la historia universal.*» V., señor Moraita, que se deja llevar de corrientes nacidas *en las claridades de la edad antehistórica*, por lo visto sigue profesando la hoy *laudabilísima* verdad de que la humanidad se ha hecho para la historia y no la historia para la humanidad. Á no ser así, sabría V. que la cronología de la Biblia, por ser la única cronología de la humanidad, es y no puede menos de ser la cronología única de la historia.

Para terminar, dice V. «que colocar la creación en el año cuatro mil cuatro antes de la era cristiana, hace imposible todo orden y concierto en la historia de los primeros tiempos de la edad antigua.» (Página 8.^a) Aquí sólo faltaba ahora que V. se dignase citar los hechos que no caben en la cronología bíblica. Tampoco vendría mal que se tomase V. la molestia de comparar el *desorden y confusión* que, según V.,

debe haber en el Génesis, y el *orden* y *concierto* que también, según V., deben encontrarse en los famosísimos libros mucho más antiguos que el Génesis que el *Barce*, V. tiene delante de sus ojos.



Muchísimo más podría y acaso debería decir á V.; pero esta carta se ha hecho ya demasiado larga y, aunque todavía no sea tan larga como su *Discurso*, no quiero molestar más á mis lectores. Por otra parte, si no me engaño mucho, lo expuesto, acaso sea más que suficiente para que la doctrina de V., ó su historia, su crítica y su filosofía, aparezcan tales cuales son y en toda su anti-crítica y anti filosófica desnudez. En efecto, he manifestado lo que es su espíritu y su método, lo que son sus fuentes históricas, su manera de escribir ó fabricar la historia y la facilidad asombrosa con que, por espíritu de secta, por alucinación involuntaria, supone lo que no puede demostrar; cree lo que la crítica no permite creer, y niega lo que la razón, los textos más autorizados y la historia verdadera no permiten negar.

Esté V. seguro de que es para mí muy triste el expresarme en estos términos; pero, ¿puedo dejar de hablar así? Si V., por obligarle á ello su escuela, inventa una historia y una crítica que son la negación radical y completa de todo el catolicismo, ¿me será á mí lícito invocar el respeto y afecto á V. para dejar sin defensa las creencias católicas que, gracias al cielo, tan profundamente arraigadas tengo en mi alma? V. mismo sea juez en este caso. Diga, pues, V. si combatiendo V. mi fe, como la combate, podría yo tener excusa ante Dios y ante los hombres, si no procurase hacer ver que no tiene V. razón, que está V. completamente equivocado y que en cuanto dice contra la religión católica no hay más que errores evidentes y caprichosísimas suposiciones.

Esto no obstante, como yo, siguiendo el ejemplo de San Agustín, distingo entre el error y el hombre que yerra, crea

usted que, si impugno sus errores, nada está más lejos de mi ánimo que el proponerme desprestigiar ó lastimar ni en lo más mínimo su persona. V., que me conoce hace ya muchos años, sabe bien que no digo sino lo que de veras creo. ¡Quiera Dios que pronto, muy pronto, publique V. alguna cosa que yo pueda elogiar, para que, cuanto antes, pueda demostrarle la verdad y sinceridad con que le aseguro que siempre le tengo el mismísimo aprecio!

Me repito su seguro servidor y afectísimo capellán, que besa su mano,

MIGUEL SÁNCHEZ.

Madrid, octubre 11 de 1884.





POESÍAS DE LONGFELLOW

EL DÍA DE LLUVIA

Triste está el cielo,
triste y sombrío;
llueve, y bravío
muge huracán.
¡En el viejo atrio
la verde parra
se ase y agarra
mientras se van
por todas partes
sus tristes hojas
lacias y flojas
muriendo ya!
¡Qué triste el día,
qué triste está!

Triste está el alma
triste y sombría;
llueve y bravía
la tempestad

muge: en la sombra
guardo halagüeños
aquellos sueños
que ya se van.
¡Qué triste el alma,
qué triste está!

—

En tus borrascas
corazón mío
conserva brío
y calma y paz;
no es tu destino
tan riguroso;
que el Sol hermoso
luce aún su faz
tras de la nube;
y no hay criatura
á quien no apura
nublo tenaz.
¡Cada alma tiene
su tempestad!

FATIGA

Marcharéis, piecezuelos, largos años
en primavera, estío y en invierno,
temerosos, ó alegres, ó con duda;
mientras yo en el hogar donde me duermo
fatigado del áspero camino,
al que pronto la muerte pondrá término,
compasivo os dirijo la mirada
y en vuestro itinerario siempre pienso!

Dulces brazos de obreros ó señores,
 mandaréis ú oraréis en algún tiempo,
 ó quizá sin que deis paz á la mano
 habréis de trabajar; mas yo que al viento
 tanta rima he arrojado y tanta prosa
 pensando en vuestro afán os compadezco!

Corazoncitos jóvenes y alegres
 que en sencillos placeres, de contento
 latís, y os conmovéis sin que temores
 vengan á perturbar vuestros deseos;
 también mi corazón gozó su dicha,
 su dulce afán, su amor y su ardimiento;
 mas ¡ay! murió el amor, y los ardores
 con el rápido tiempo se extinguieron.

¡Oh vosotras, vosotras claridades
 puras y blancas como las del cielo;
 bellas almas de niños sin manilla,
 rayos de sol sin nubes y sin velos,
 cuánta es mi admiración al contemplaros
 de vuestra aurora en el albor primero!
 ¡es tan rojo mi Sol en el ocaso!
 ¡tantas tinieblas sobre el alma sientol

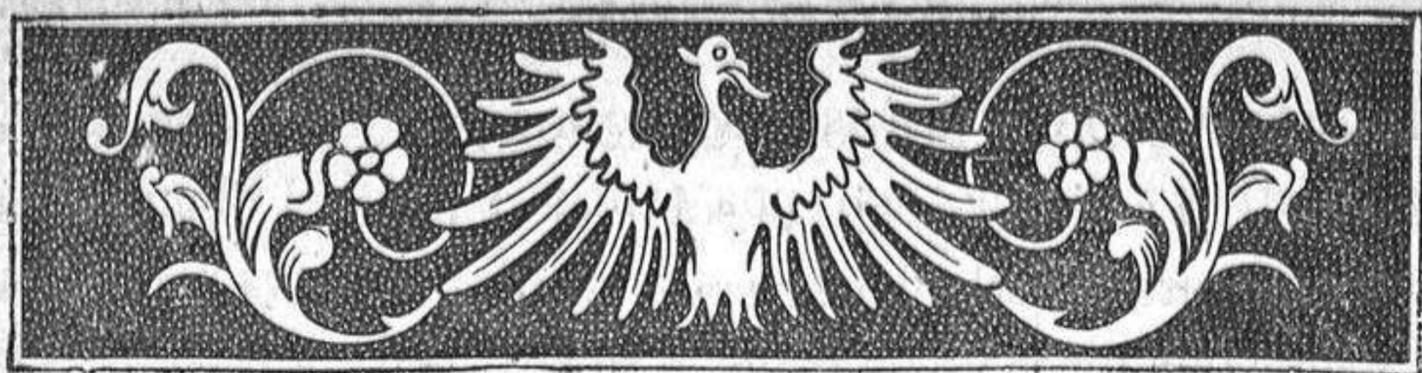
CONSUELO

¡Miseros seres que el dolor fatiga!
 Almas en luto ¡paz! vendrá un momento
 en que vuestros gemidos, vuestras ansias
 hallen de dulce amor algún remedio.
 No: ¡imposible! no existe en todo el mundo
 un hombre tan herido, tan maltrecho
 por la airada fortuna, que no encuentre
 —y quizá del dolor en lo más recio—
 un cariñoso amigo, que tribute

al corazón herido algún consuelo,
un amigo que ejerza sobre el alma,
para hacerla feliz, suave imperio;
que tendiéndole mano cariñosa
en los instantes de cruel tormento
sonriente le mire y le pregunte:
«¿Cómo sufriste solo tanto tiempo?»

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.





VARIEDADES



L REFRACTOR MÁS GRANDE.—En el observatorio de Pulkowa se ha establecido el mayor refractor que se conoce. Tiene 30 pulgadas de diámetro, y la masa de la lente, que se fundió en Europa y fué tallada en América, pesa 320 libras; aquellas dos operaciones, ejecutadas con suma escrupulosidad, han durado tres años y medio. El tubo del telescopio á que está adaptado dicho refractor mide 45 pies.

*
* *

LA HORA COSMOPOLITA Ó UNIVERSAL.—Observa M. Caspari en una nota presentada á la Academia de Ciencias de París, que para establecer una fórmula práctica, hay que conformarse con la costumbre de contar las horas de cero á media noche. Los astrónomos están lo suficientemente familiarizados con el cálculo para que hallen en ello dificultad alguna, aun admitiendo que conserven como origen el medio día medio.

Hay que admitir después como postulado que el instante cero de la hora universal, punto de partida del primer meridiano, adelanta al tiempo local de los otros meridianos. Es racional admitir que ningún punto debe anticiparse en fecha al tiempo universal. De esta manera se separa lo menos posi-

ble de las convenciones astronómicas, según las cuales, siendo considerada como normal una cantidad (aquí el tiempo cosmopolita), y siendo conocida otra por la observación (aquí el tiempo local) debe venir dada la cantidad normal por la *adición* de una corrección á la cantidad observada; y para alcanzar el máximum de sencillez no debe tener signo dicha corrección, esto es, que ha de ser siempre positiva, lo que está de acuerdo con la noción vulgar de la palabra *adición*.

Claro es que podrían hacerse otras convenciones igualmente susceptibles de resultados exactos, pero no cabe duda de que la mejor de todas es la que menos discrepa del sentido vulgar de las palabras.

Finalmente, puesto que las nociones elementales son: la fecha, la hora y la longitud, conviene arreglarlo de modo que esta última sea precisamente, en magnitud y en signo, la corrección de la hora local para tener la hora cosmopolita.

Se obtendrá este resultado contando la hora cosmopolita desde media noche, ó cero del meridiano inicial, y contando las longitudes de un modo continuo de 0^h á 24^h yendo del Este al Oeste, es decir, en el sentido del movimiento aparente de la esfera, lo que proporciona un buen medio mnemónico.

Sea, en efecto, n la fecha del primer meridiano, en el origen del día universal el tiempo universal $= n, 0^h$. Si se cuentan las longitudes hacia el Oeste, el tiempo de un lugar de longitud L será

$$(n - 1) + 24^h - L = n - L$$

A la hora t del meridiano inicial, se tendrá:

$$\text{tiempo universal} = M = n + t,$$

y en el punto de longitud L

$$\text{tiempo local} = M' = n - L + t,$$

de donde se deduce fácilmente:

$$M = M' + L,$$

fórmula tan sencilla como general que satisface á la condición establecida.

Si, por el contrario, se contara la longitud hacia el Este, se encontraría:

$$M = M' + (24^h - L).$$

En el primer caso, la longitud es la corrección de la hora local; en el segundo, esta corrección es el complemento de la longitud á 24^h , lo que por otra parte era evidente.

Bajo el punto de vista práctico es preferible el primer método. Se ve fácilmente que en el momento en que el cuadrante solar marca mediodía, la hora universal es exactamente la hora astronómica representada por la longitud. Por lo que toca á la fecha cosmopolita, nunca habrá ambigüedad, Es igual ó superior en una unidad á la fecha local, nunca inferior; se deducirá del hecho de que, si es superior el cálculo dará:

$$M > 24^h .$$

Sería fácil hacer que el público adoptara esta práctica, si se consiguiera que contase las horas de 0 á 24, partiendo de la *media noche*; es decir, que se acostumbrara á evaluar cuántas horas han transcurrido desde el origen ó comienzo del día. Esto le sería además sumamente obvio habituándose á poner medio día = 12^h .

*
* *

SOSA AL AMONIACO.—Hase dicho que el grado de civilización de un pueblo puede medirse por la cantidad de ácido sulfúrico que consume; con igual razón podría asegurarse lo propio de la sosa, cuyas aplicaciones industriales son numerosísimas. Al hablar de la sosa nos referimos al carbonato sódico de los químicos, que tanto se emplea en las fábricas de jabón, en las de cristal, blanqueado, etc. Pero la obtención de la sosa se ha trasformado totalmente en estos últimos años, merced al procedimiento que se denomina de la «sosa al amoniaco,» del cual diremos algunas palabras.

Hasta poco tiempo hace se fabricaba la sosa, según el procedimiento inventado durante el primer Imperio napoleónico

por Nicolás Leblanc. A fin de perjudicar á la industria inglesa, ordenó el célebre vencedor de Austerlitz que los químicos descubrieran un nuevo método de obtener sosa que permitiera prescindir en absoluto de la que se usaba procedente de las plantas barrilleras de la provincia de Alicante. Cosa extraña: aquella orden autocrática fué cumplimentada por Leblanc, quien ideó un método práctico para extraer la sosa de la sal marina ó cloruro sódico.

Apresurémonos á decirlo: Leblanc murió pobre apesar de los millones de ganancia que produjo su invento. Tal suele ser la suerte de los inventores.

El procedimiento de Leblanc consiste: 1.º en transformar la sal marina en sulfato de sosa por el ácido sulfúrico; 2.º en transformar el sulfato en carbonato de sosa por calcinación, con una mezcla de creta y carbón; y 3.º en obtener de la masa resultante cristales de carbonato de sosa.

Este método fué notablemente perfeccionado por Schloesing y Rolland, químicos franceses. Hacia 1870 montaron en Puteaux una fábrica para ponerlo en práctica, á cuyo fin les era preciso que la Hacienda les concediese la libre introducción de la primera materia, esto es, de la sal marina. No habiéndolo conseguido, desistieron de su empeño, y por esta causa tal vez todavía no se fabrica en la República vecina la sosa al amoniaco, mientras que está muy adelantada en Inglaterra y Bélgica.

Véase á lo que se reduce este famoso procedimiento: se hace reaccionar el bicarbonato amónico sobre la sal marina; se precipita bicarbonato de sosa poco soluble en frío, quedando en disolución en el agua el clorhidrato de amoniaco. Se lava, filtra y seca el precipitado de bicarbonato, y después se calcina á la temperatura de 150º; entonces se transforma en carbonato sódico, desprendiéndose ácido carbónico. Al clorhidrato de amoniaco que quedó disuelto, se le trata por la cal, con lo que se transforma en cloruro de calcio; el amoniaco que se desprende se recoge para aprovecharlo en operaciones ulteriores. Esta es un tipo de fabricación continua, en la cual, cuando los aparatos están bien combinados, no se pierde casi nada. De aquí su economía y el éxito consiguiente. En las

fábricas situadas cerca de alguna salina, se llegan á economizar 60 pesetas por tonelada de sosa, sustituyendo este procedimiento al más antiguo de Leblanc.

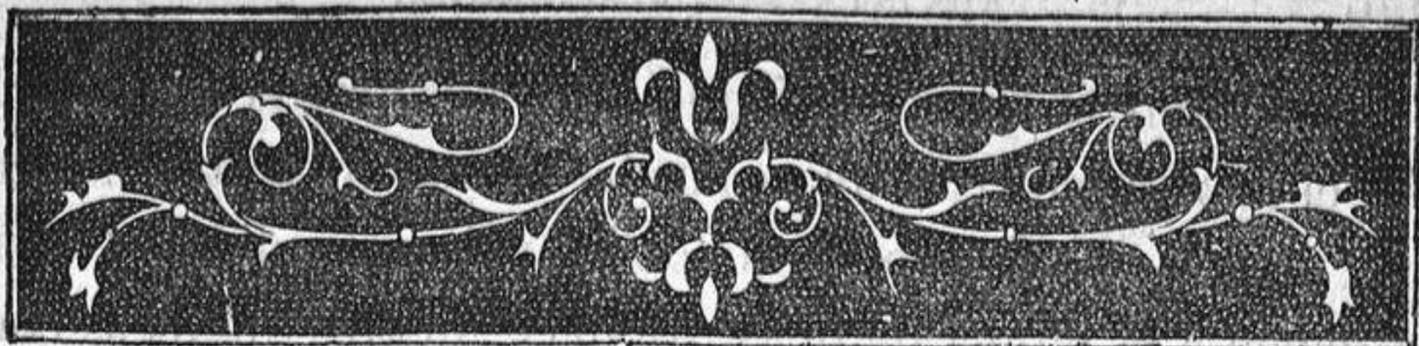
Las dificultades que es preciso vencer son las siguientes: 1.^a, la acción enérgica del amoniaco en contacto con el ácido carbónico sobre los metales; 2.^a, la formación de incrustaciones muy duras de carbonato de amoniaco y de bicarbonato sódico que obstruyen los aparatos; y 3.^a, la dificultad de separar el bicarbonato de las aguas madres.

Con aparatos bien dispuestos se triunfa de todos estos inconvenientes.

Por último, un defecto del procedimiento al amoniaco consiste en que la sosa se obtiene en polvo y no en gruesos cristales como en el procedimiento de Leblanc. Los consumidores están acostumbrados á dichos cristales, y toman con repugnancia la sosa en polvo. Apesar de esto, es de creer que pronto se generalice el nuevo método, porque resulta mucho más económico.

R. ALVAREZ SEREIX.





REVISTA DE TEATROS



RÉSTAME tu atención, amigo lector, con aquella solicitud y aquel cariño que me la otorgaste en la anterior temporada teatral, y ten por seguro que yo te fío verás en mí el mismo infatigable afán de cumplir mi ardua misión, con la misma imparcialidad y exactitud de entonces, sin que pasión ninguna bastardee mi pluma, ni afección exagerada ni predilección injusta tuerzan mi juicio.

Esto y aun más tenía en mientes decirte en una especie de proemio ó prólogo, con el que imaginaba inaugurar mis tareas, exponiendo en él á tu consideración el estado actual de nuestro teatro, comparándole al mismo tiempo con lo que fué en pasadas épocas, fijándome en las causas y motivos que han presidido su rápida mudanza y continuas alteraciones; pero como la ocasión ya ha pasado y la apertura de los diez teatros que existen en la coronada villa me apremia á que de ellos me ocupe, y, por otra parte, como lo que yo te pudiera decir, referente al asunto en abstracto, te lo va á decir en concreto el acto inaugural de cada uno de los mismos, abandono mi propósito, prometiendo emitir mi juicio, siempre pobre y desautorizado, cuando la oportunidad me deje espacio.

*
* *

Costumbre añeja viene siendo entre nosotros la de inaugurar el año cómico con una comedia de nuestro teatro clásico, y si no con una de repertorio de las más aplaudidas, y que se deben á la pluma de nuestros más ilustres literatos contemporáneos, ya separados de nosotros por el insondable abismo de la muerte, rindiendo así culto merecido á su memoria, ya dejando olvidados sus triunfos escénicos.

Lo primero va cayendo en desuso, sin duda por no quedar ya apenas actores que las interpreten como ellas exigen, pues sólo queda el popular Mariano Fernández que las conozca á fondo; y como es uno, y además ha dado en la ridícula manía de pretender cubrir el estrago de los años con la chochez marcada de fingir una juventud de *ultratumba*, preñada de un abuso de chocarrerías, de ningún modo aceptables, resulta que también se notaría un vacío en los papeles que en tiempos no muy lejanos representó á maravilla. Vacío que se observará si por ese camino sigue, lo que es probable—no pudiendo, como no puede, seguir otro,—aun con las piezas de su antiguo repertorio, si no sigue nuestro desinteresado consejo, y poniendo en acción real y efectiva la conocida comedia en un acto *Una retirada á tiempo*, se retira de la escena, en la que conquistó tantos y merecidos triunfos, antes que la juventud, dentro de los gustos del público en relación con el carácter de la época actual y las condiciones de la comedia modernísima, le retiren forzosamente, sin que la tristeza del *bien ajeno*, ó sea la envidia, enfermedad grave y crónica, que invade el corazón de la senectud, sea escudo lo suficientemente bien templado que le preserve de tan inevitable como brusca acometida.

Lo segundo, ó sea poner en escena en la representación inaugural obras de nuestro moderno repertorio, es lo admitido ahora, y casi todos nuestros teatros de primero y segundo orden lo han aceptado sin vacilar, y este es el acto á que me referí al principio, y que demuestra de un modo tan gráfico como palpable *Lo que va de ayer á hoy* y cómo se cambia y se transforma el buen gusto literario y las costumbres en brevísimo espacio de tiempo.

Lara, consecuente con la costumbre que estableció Varie-

dades cuando empezó hace doce años su campaña por secciones, puso en escena la primera noche la comedia del inmortal Bretón, *Dios los cría y ellos se juntan*; y Eslava, que le precedió siguiendo sus huellas, nos hizo ver *El Marqués de Caravaca*, del también inmortal Ventura de la Vega, con música del más popular de nuestros maestros, Francisco Asenjo Barbieri.

Ambas producciones, estrenadas en época no muy remota, merecieron el aplauso del público, si bien la segunda no obtuvo censura alguna de la crítica de aquel entonces; pero en cambio la segunda no debió ser unánimemente bien recibida, á juzgar por la nota que el autor estampó al final de ella, defendiéndose de la opinión que la combatía.

Hoy, al reaparecer de nuevo en nuestra escena ambas, han sufrido los calificativos de sainetones con sus correspondientes aditamentos de insulsas, pesadas y grotescas, sin parar mientes los que así opinan, que en ese terreno hemos *adelantado* mucho, puesto que es una verdad incontestable, probada por el sabroso é imparcial juicio de notables críticos contemporáneos, que las obras dramáticas que hoy se *sirven al por menor* en esos teatros de segundo orden abusan de esas cualidades, sin poseer, desgraciadamente, la riqueza literaria de aquéllas, sus ingeniosos chistes, y, sobre todo, el verdadero realismo—tal y como en nuestro juicio deben entenderse—que se observaba en todas las comedias de Bretón y de Vega.

Basadas, en particular las del primero, en las costumbres, son de ellas un fiel reflejo, y sin amontonar situaciones, ni hacinar chistes rebuscados, y sin que en su fácil diálogo se notase la ideología moderna, ni el fatigoso lirismo, enemigo insensible de la espontaneidad y el buen gusto, corregían vicios sociales, poniéndolos de relieve, ó resolvían arduos problemas, conservando la cultura propia de todo escritor y el respeto que el público se merece, aun en los chistes más subidos de color, como lo confirman algunos de *El Marqués de Caravaca*, pintando del mismo modo los caracteres más difíciles y reales, como los de Macaria su consorte Balbino, y Micaela en *Dios los cría y ellos se juntan*, ó bien, por últi-

mo, la vis cómica del poeta encerrado en los estrechos límites de la lógica del buen sentido, excitaba dignamente la ilaridad del público, haciéndole saborear bellezas en el verso, sal ática en el desarrollo de la obra, verdad en las situaciones, sin apelar á otros recursos que á una versificación fluída, una acción sencilla y hábilmente desarrollada, caracteres magistralmente dibujados, y verosimilitud y lógica en los recursos dramáticos, como lo demostró el inolvidable Narciso Serra en su cada día más aplaudido *Don Tomás*, que inauguró el recientemente restaurado Teatro de Novedades, del que Pepita Hijosa, Zamacoís y Morales van á hacer un centro distinguido, concurrido y animado.

Enemigos radicales de las comparaciones, no recordaremos los actores que estrenaron las mencionadas obras; sólo diremos que los que hoy las interpretaron merecieron justos aplausos y sinceros plácemes.

Antes de que se escapen de nuestra pluma los favorecidos coliseos de Lara y Eslava, justo es decir que se llevaron la palma en lo que á estrenos se refiere; en el primero vemos con éxito dos comedias en un acto, tituladas *La Manzana* y *Vivir para ver*, y escritas respectivamente por los señores Pérez González y Sánchez Pastor, y muy bien interpretadas por la Gorriz y Valverde, Romea, Arana, Mesejo y Riquelme.

En el segundo, *Nuestro prólogo* y *El bergantín Adelante*, de Navarro, con música del maestro Nieto, han sido los primeros estrenos de la temporada cómica en tan favorecido teatro. La una es un apropósito sin pretensiones, que llenó muy bien su objeto y duró muy pocas noches en escena; y aunque esto parece un anacronismo, se explica fácilmente, sólo con tener en cuenta y no olvidar que este género de composiciones cómicas, por lo regular, no persigue otro fin que saludar al público y exponer los propósitos de la empresa, los que, una vez sabidos, no hay para qué repetirlos noches y noches.

El bergantín, que se dió á la vela hace pocas noches, hará diferentes excursiones por el piélago de los aplausos; y como el armador le ha provisto de un precioso argumento

de decoraciones y los consignatarios se lanzaron con patente limpia desde el puerto de Alicante á las escasas aguas del exhausto Manzanares, no es aventurado el pronosticar que por ellas navegará por mucho tiempo y viento favorable, gracias á su agradable música y fácil diálogo, poco lastre (es decir, ningún argumento) y maestría de la tripulación Vila, Orejón y demás actores que componen una compañía tan aceptable como justamente aplaudida, que se obligarán á recorrer su trayesía en bonanza y á procurar á los consignatarios un buen cargamento de oro y plata.

De los demás teatros de este orden poco podemos decir; Martín sigue explotando los *Bandos de Villafrita*, importados de Recoletos, y en *Variiedades Vivitos y coleando* y *De la noche á la mañana*, restos de la anterior campaña, que vuelven á iniciar la presente después de haber pasado lazaretos y cuarentenas, y que parecen decirnos: «por este camino que vamos, continuaremos;» y hacen bien, visto que el público, los actores y las obras de tan favorecido teatro *echan raíces*, como suele decirse, haciendo gala, el uno de una mansedumbre á toda prueba, los otros y las otras de una aceptación proverbial, y la empresa, de un marasmo digno de todos nuestros abuelos del pasado siglo.

*
* *

Especial mención merecen los teatros de primer orden, que, al parecer, se han lanzado á la palestra quemando las naves y prestándose á reñida y singular batalla en todos los terrenos, sin que el de lo cómico y el de lo dramático están divididos en los dos teatros de verso, y en los líricos, la zarzuela seria parece que va á ser el patrimonio de ambos, si bien el que lleva aquel nombre no ha querido darle la batalla sin una avanzada de *baudeville* francés, en el que la artista Judic, primera en ese género, ha sacado de sus casillas á lo más escogido de la sociedad madrileña, que se pirra y se vuelve loca por gozar viendo el fondo del arca francesa donde se guarda el infinito fárrago de originales, prendería

literario-dramática donde los aficionados á los harapos extranjeros cortan, zurcen é hilvanan á su sabor y con trasegado trabajo y escasas fatigas de us alicaído ingenio, los presentan después como antiguo edificio recientemente restaurado.

Bueno es decir, sin embargo, que la compañía francesa en que figura tan notable artista es de lo mejor y más completo que hemos visto hace mucho tiempo, y así lo prueba el inmejorable desempeño de la *Maniselle Nitouche*, *Neniche*, *Le Charbonniers*, y cuantas hasta ahora han puesto en escena, las que auguran llenos completos y que el teatro de la calle de Jovellanos será el centro de reunión de los desheredados de Rovira (q. s. g. h.).

Hecha esta digresión, volvamos al principio, diciendo que la Comedia y el Español han presentado su programa en las obras con las que se inauguraron.

Lo Positivo, *Crisálida y Mariposa*, *El nuevo Don Juan* y *La casa de Tócame Roque*, dieron á entender bien á sus claras que la comedia, la alta comedia y el drama de costumbres iba á ser el género explotable en ambos coliseos que, á juzgar por la primera noche, prometen estar durante la actual temporada cómica que inauguran en extremo favorecidos por distinguida concurrencia, que ocupa abonada sus principales localidades.

De las obras dramáticas enunciadas nada podemos decir; basta con nombrar á sus autores, Tamayo, Ayala, García Gutiérrez y D. Ramón de la Cruz, para hacer su elogio, y recordar aquella época gloriosa y grande para las letras españolas, en la que el número de los éxitos era igual al de las producciones.

Tamayo, Ayala y García Gutiérrez pulsaron en diversos terrenos la lira española, y de cada nota resultaba un tesoro que se encerraba en el entonces grandioso templo del teatro español.

Y al verlos reproducirse en nuestra escena, aspiramos con indecible satisfacción aquellas brisas hijas de su talento, que nos hacen admirar lo pasado, compadecer el presente y temblar por el porvenir. ¿Cuál será éste para nuestras letras, que

atraviesan por el estéril campo de una ideología que nos trae envuelta en sus elucubraciones un sin número de fenómenos de ingenio que atraviesan la escena sin dejar un rastro fijo ni una base firme á sus imitadores, que en torno suyo se lanzan, convirtiéndose los unos y los otros en meteoros fugaces que pasan anunciando nuevos fulgores y después nos arrojan en densas tinieblas, á cuya sombra tenaz el cerebro arde, la inteligencia se nubla y el corazón siente sólo, sin que los sentidos encaucen sus afectos que se malbaratan y se pierden sin dar su contingente al alma y á la razón?

Estas consideraciones nos traen á preguntar: ¿hay muchos autores dramáticos ó no hay ninguno entre los que nuevamente se han lanzado al terreno de la dramática española bajo los auspicios de esa mal llamada escuela moderna?

A esta pregunta contestaremos según se vayan sucediendo los estrenos; y antes de ocuparnos de los ya verificados, debemos consignar lealmente que; tanto la Tubau, la Zapatero, Vico, Catalina, Fernández y demás actores que constituyen la buena compañía que actúa en el Español, como Mario, Sánchez de León, Rossell, la Mendoza, Guerra y los que figuran en el de la Comedia, interpretaron muy bien las obras ya dichas, recibiendo justos aplausos, que se repetirán indudablemente durante la temporada cómica que con tanta brillantez inauguraron.

En el de la plazuela de Santa Ana hizo sus primeras armas un autor novel, el Sr. Salillas, con su drama *Las dos Indias*.

Poco podremos decir de esta producción, dentro por completo de los razonamientos que acabamos de exponer á la consideración de nuestros lectores.

Ráfaga pasajera de un joven novel, electrizado por los triunfos conseguidos por los que á este género se dedican, sin beber en las fuentes genuinas del arte, de *Lo Positivo*, *El Drama Nuevo*, *El Tanto por Ciento* y otras tantas, que revelan bien á las claras lo que es y debe ser el autor dramático, que debe preferir dar una parte activa en sus composiciones á la inteligencia sazónada por la meditación y el estudio, baluartes que oponen un dique fuerte á las exaltaciones de la ima-

ginación y la fantasía, que aplicadas con mesura y tino, traen en sus tenues alas envuelta la inspiración; pero que sin estas trabas se presenta libre y descompuesta, produciendo atrocidades y absurdos, que usurpan el lugar que está reservado á las obras que llevan y deben llevar legítimamente el nombre de tales, toda vez que se encierran en los preceptos de la lógica y la verosimilitud, reguladoras en todos los momentos de la vida los actos humanos. Así, no es extraño que siguiendo tan torcida senda, se note inexperiencia en los autores dramáticos de esta última época, y no sólo en los que empiezan, sino los que ya tienen fama y reputación adquirida, conseguirán sencillamente conocer al público cuyo gusto explotan servilmente; pero no rendir culto al arte y á la literatura patria, que yace en el olvido mortalmente herida.

Respecto á la interpretación de esta nueva producción, como á la que le cupo, por desgracia, á *La esposa del vengador*, recientemente reaparecida en la escena del teatro que nos ocupa, forzoso es decir que fué perfectamente desigual y lastimosa. De nada sirve y nada vale que Vico estuviera en ambas producciones á grande altura, si los demás actores parecen por completo ajenos al arte que pretenden cultivar. Se nos dirá que son jóvenes que prometen, que valdrán mucho con el tiempo; pero lo cierto es que convierten nuestro escenario clásico en escuela de declamación y no en palenque de actores de verdad, curtidos en las lides del arte y con conocimiento total del mismo.

Esto haría salir á los pocos autores de verdad que nos quedan de la inacción en que antes de tiempo vegetan, y harían cambiar al público de gusto, arrancando el estragado de que hace gala, y conjuraría la desgracia que persigue incansable al Sr. Vico de rodearse de gente que nada vale, cuando él tiene dotes y condiciones para luchar con actores de primera talla y conquistarse el laurel de la historia.

*
* *

Nos queda, para terminar nuestro cansado trabajo, hablar de Apolo, inaugurado con la conocida zarzuela del malogrado Céspedes y el maestro Caballero, *El primer día feliz*. A éste siguió *Campanone* y *Mantos y capas*, de las que no hablaremos, en gracia de la mala impresión que nos produjeron, la que desapareció felizmente con la aparición de *El Milagro de la Virgen*, libro el mejor pensado, sin duda, de Pina y Domínguez, y música la mejor que ha brotado de la inspirada imaginación del maestro Chapí.

Divergente se ha presentado la crítica en esta obra. Extremosa como casi siempre; ya la han puesto en las nubes, como vulgarmente se dice, ya la han arrojado por el suelo; nosotros, á riesgo de parecer exagerados, y dentro de lo que á este género de obras respecta, nos inclinamos sin reservas más á lo uno que á lo otro, en especial en lo que se refiere á la música, lo que, como que no presumimos de críticos musicales, no hemos de juzgarla á fondo; pero sí dejaremos sentado que está encerrada en los límites de la zarzuela española.

En este género de composiciones lírico-dramáticas, el poeta y el músico deben unirse íntimamente, adaptarse ambos en esta composición de manera que uno y otro estén perfectamente identificados en todos los accidentes de la acción, desarrollo del argumento, carácter de los personajes, y en todo cuanto con el plan de la obra tiene relación; de modo que, inspirándose ambos en el asunto, no se encuentren divergencias notables que destruyan por completo la unidad de la composición; y como los de este género deben sujetarse á las reglas de toda imitación teatral, según prescribe Moratín en sus obras póstumas, y no se limitan á una sola esfera, sino que puede recorrer todas, desde la más humilde hasta la más avanzada, y como además es preciso no olvidarse dónde nació la zarzuela, género verdaderamente de espectáculo, resulta espontáneamente que la obra que estudiamos está perfectamente ajustada, á los preceptos del género, y si bien se notan algunas faltas de verosimilitud, fuerza es advertir que ésta se divide en dos ramas; una llamada *material*, que hace la representación más parecida á la vida real, y la otra *moral*, que resulta de la unión de unos

incidentes con otros, hasta el final; y no es que queramos nosotros probar con estas razones que el libro es una obra maestra de arte; nada menos que eso, sino que relativamente al modo de hacer de prisa su última producción, está más dentro de las condiciones dramático-lírico-teatrales que las que él acostumbra, tanto en la forma, que es culta, como en el fondo.

También debemos añadir que si el argumento no ha parecido natural en su desarrollo, se debe al sueño que desarrolla la acción, recurso empleado con éxito en recientes y aplaudidas producciones del mismo orden, lo que únicamente le hace incurrir en falta de originalidad.

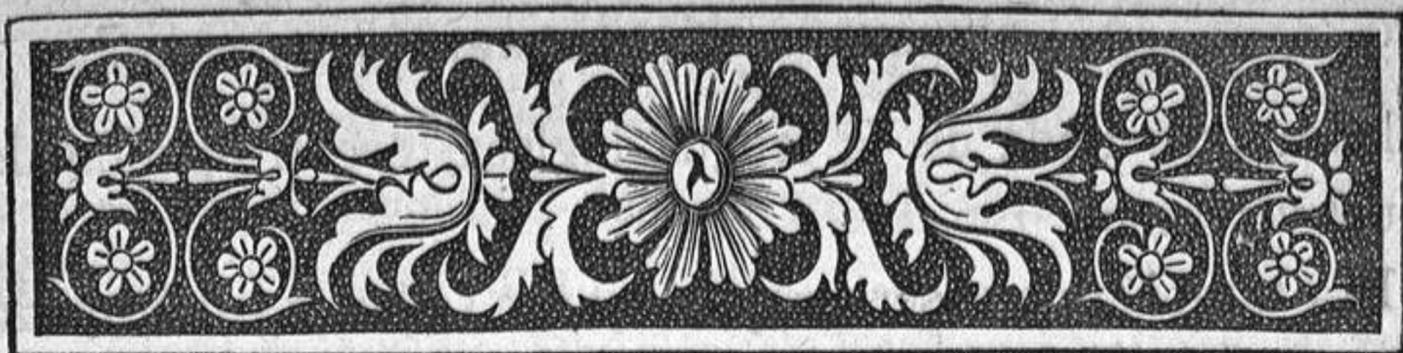
El desempeño de la obra fué admirable; todos los actores, la Soler Di-Franco, la Roca, la Baeza, Verges, Soler, Subirá y Constantí, estuvieron como no era de esperar, y si algo descompuso el cuadro fué el Sr. Navarro, más bien por su falta de movimiento en la escena que por su figura, que no es verdaderamente la más á propósito para el teatro.

En general, todos dieron pruebas de verdaderos actores, y el maestro Chapí consiguió otro triunfo tan grande (y es mucho decir) como el de su grandiosa partitura, que recuerda los más gloriosos nombres de los más laureados maestros; éste fué la manera admirable de dirigir la orquesta, que cumplió á satisfacción su encargo.

También merece mención especial el Sr. Soler, por su buena y magistral dirección.

RAMIRO.





SATANELLA

POR

G.-I. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)



AY mujeres que no pueden nunca ser exactas, ni siquiera para su amante. Después de haber hecho centinela el General durante media hora, que le pareció más larga que una semana, sacó un billete del pecho, lo besó respetuosamente, y volvió á leerlo otra vez de la cruz á la fecha.

El billete daba cita para mediodía sin duda alguna, y era epístola bien corta, ciertamente, para motivar tales gastos de ternura. He aquí las palabras que repetidas lecturas habían grabado letra por letra en la memoria de Saint-Josephs:

«Mi querido General, necesito hablar con vos largamente. ¿Queréis estar á las doce del día en los jardines de Kensington, que os parecen tan hermosos?

Para siempre vuestra, Blanca.»

Había en este trocito epistolar algo que encantaba al General. Hasta entonces había recibido esquelas firmadas siempre B. Douglas, y ahora se limitaba á poner Blanca la

(1) Véase la pág. 215 de este tomo.

palabra más linda de la lengua inglesa, según opinión de aquel veterano.

Era también de observar que la joven se había conformado esta vez con la costumbre que tienen las damas inglesas de escribir á lo largo de la página, aun cuando sobre mucho espacio libre, si quieren honrar á la persona á quien se dirigen, de la misma manera que se llena una letra de cambio. Satanella había, efectivamente, borroneado una postdata que cruzaba las líneas transcritas de su carta:

«No lleguéis tarde; no hay nada que me fastidietanto como el esperar.»

El General no se hubiera desprendido de este billete por todos los tesoros del mundo. Pero ¿por qué tardaba ella tanto? Mientras que el militar miraba á una y á otra parte, menos en la dirección que convenía, Satanella apareció de improviso y llegó á él sin ser vista. Seguro es que si el General retrocedió y se inmutó, no fué disgustando á la recién venida.

Era á mediados de mayo, y sin embargo el cielo luminoso y puro sonreía ya á la tierra, la hierba brotaba, las mariposas daban vueltas, los pájaros cantaban y los árboles se vestían con sus seductores adornos de color verde. La Srta. Douglas se había vestido también de primavera; llevaba una bata de muselina, un sombrero diáfano y una sombrilla de color rosa en la mano. El General la creyó así más linda que nunca, y ella adivinó este pensamiento. Dió principio por una pregunta perfectamente inútil.

—¿Habéis recibido mi carta?—dijo.—Sí, naturalmente... puesto que estáis aquí. No creo que hayáis venido tan temprano á los jardines de Kensington para esperar á otra persona.

—¡No lo quiera Dios!—exclamó el General, asustado con la idea de que ella pudiera abrigar duda alguna. Y luego añadió:—¡Muy buena habéis sido al querer escribirme y todavía más al venir!

—¿De qué creéis que necesito hablar?—dijo ella bastante bruscamente.—Volvamos por aquí. Tal vez os gustaría que todo Londres nos viese juntos; pero á mí no me haría mucha gracia.

Semejante lenguaje era tan injusto como inmerecido, porque nadie fué nunca más discreto que el General. Se sintió ofendido y respondió con gravedad:

—Hacéis mal, Srta. Douglas, en hablarme así; no podéis decir que me haya manifestado yo impaciente é inoportuno.

—No os pongáis con un talante tan afligido—dijo ella,—ni me riñáis tampoco, aunque lo haya merecido. Tengo esta mañana el peor humor del mundo, y en nadie mejor que en un amigo puedo descargarlo, sobre todo, cuando éste es el más complaciente, el mejor y el más generoso de los hombres.

Los músculos del rostro del veterano se contrajeron, y hasta dos lágrimas se asomaron á sus ojos. Un muchacho que por allí jugaba se paró sorprendido de ver llorar á un *gentleman* de tantos años.

—Podéis contar conmigo en todas ocasiones—añadió el General dando un apretón de mano á su compañera.

Y luego continuó andando en silencio.

—Lo sé, y lo sabía ya hace tiempo, apesar de que lo dudaba—replicó la joven.—Una de las razones en que se funda mi amistad por vos, es que sois *gentleman* hasta las uñas...

—No hay mucho mérito en esto—respondió él con aire muy satisfecho.—Así son la mayor parte de los hombres de vuestra sociedad. Se necesita algo más que vestir elegantemente y tener modales distinguidos para llamar la atención vuestra... Pero, ¿es cierto que me distinguís con vuestra amistad, Srta. Douglas? Repetídmelo otra vez. Es una gran dicha para mí, y apenas me atrevo á creer en ella.

—Esta es una pregunta ociosa, General. ¿Creéis que si aborreciese á alguno le daría cita en los jardines de Kensington á la hora en que toda la gente que se respeta huye del parque?—dijo con una de sus más seductoras sonrisas.—También os equivocáis respecto de los caballeros bien puestos. Lo que yo llamo un *gentleman* es... No puedo citar muchos... El Rey Arturo, por ejemplo.

—¿Y no Lancelot?...—preguntó él.—Yo creía que á Lancelot era á quien las damas preferían siempre.

—Hay muchos Lancelot—repuso ella como pensativa,—y

habrá siempre muchos. Pero no quiero ni á Lancelot ni á ningún otro que no sea á *mi* general.

¿Pudo él hacer menos que cogerle entonces el brazo y oprimirlo amorosamente contra su pecho?

Andaban así del brazo en el retiró de una arboleda donde podían creerse á cien leguas de Londres. Los muchachos estaban lejos; las niñeras recorrían otras calles de árboles en la parte más frecuentada de aquel paraíso; el General y Blanca estaban solos; no había un alma bajo aquellos grandes árboles, á cuya sombra caminaban, y una alondra entusiasta que gorjeaba en la espesura inmediata, parecía advertirles que no tenían que temer la presencia de otro testigo más molesto.

—Este es el momento—pensó Satanella.—Es menester que me decida; ¿de qué me sirve reflexionar más tiempo?

Se volvió hacia su compañero, apretó aún más el brazo con sus manos enjutas, y murmuró fijando en él una mirada acariciadora:

—¿Estáis dispuesto, General, á prestarme un servicio?

—Probadlo.

El acento con que pronunció esta última palabra, revelaba su entusiasmo mejor que podría hacerlo yo en muchas páginas.

Ella miró alrededor suyo, como si buscara una salida para huír, y añadió precipitadamente:

—Me encuentro en un compromiso. Tengo necesidad de dinero. ¿Queréis ayudarme?

Las facciones del General, que ella observaba atentamente, tomaron una expresión seria. El más afectuoso amante, aunque se alegre de la confianza que le manifiestan, no puede menos de sentir que una petición de esta clase necesita ser acogida con precauciones... y que para responder de una manera satisfactoria, es preciso ser muy prudente, previsor y desprendido. Digamos, sin embargo, desde luego, para hacer justicia al General, cosa que no hacía en aquel momento Satanella, que si no respondió en seguida, su vacilación no era más que aparente y que no tenía la idea de negarse, portándose entonces como un caballo valiente que calma su andar y se recoge delante de un obstáculo más

considerable que de costumbre para reunir sus fuerzas y saltarlo.

El minuto que pasó, fué para Blanca Douglas un instante delicioso. Le parecía que había quitado un peso enorme de encima de su pecho é iba á excusarse de su petición en los términos más graciosos, cuando él la paró con un asentimiento firme y delicado.

—Ciertamente—dijo.—Debíais ya estar convencida de que nada vale para mí la dicha de complaceros. Pero, dispensadme, Srta. Douglas..., los negocios son negocios... ¿Cuánto necesitáis?

Ella se inmutó visiblemente, soltó el brazo de su interlocutor y sus muy secos labios murmuraron:

—Tres mil libras.

El General quedó impresionado y en vano trataba de fingir indiferencia. Pocos son los que tienen tres mil libras á mano y pueden sin inconveniente hacer de una vez tal desembolso. Aunque el General estaba en posición acomodada y percibía además el medio sueldo de su grado, no era ningún capitalista. Para obtener semejante suma sobre sus haberes, tenía forzosamente que disminuir su renta durante toda su vida.

Razón había tenido la joven al calificarle de verdadero gentleman. Algunos segundos le bastaron para recobrar su sangre fría, y después de medio minuto dijo tranquilamente:

—Las tendréis en seguida. Me alegro tanto de poder prestaros un servicio, que quisiera que éste fuese todavía más difícil. Y puesto que me llamáis espíritu inquieto, voy á ocuparme inmediatamente de vuestros asuntos; solamente quiero pedir os que me acompañéis hasta el fin de este paseo.

Ella lloraba detrás de su velo y él veía caer sus lágrimas sobre sus afiladas manos. En cualquiera otra circunstancia, el General hubiera querido secarlas con sus besos.

—¡Hasta el fin del mundo!—respondió ella sonriendo y sollozando como un niño.—¡No hay nadie como vos..., nadie!... Ni siquiera el Rey Arturo. Pedidme cuanto gustéis, y no os negaré nunca nada; no, jamás, mientras viva.

Pero es inútil decir que el General hubiera preferido cor-

tarse la mano antes que abusar de la posición en que le colocaba su confiada amiga. Aunque ésta estaba en el caso de apreciar el sentimiento á que su interlocutor obedecía, apenas comprendió el por qué sus modales guardaban un respeto tan extraordinario y cortés, y por qué se despidió casi fríamente, al advertir que un agente de policía y un cochero les miraban. Se descubrió y saludó con la misma ceremonia que lo habría hecho por la Reina. Pero mientras que volvía á colocar su sombrero en la cabeza canosa y en parte calva, Blanca Douglas estaba más cerca de lo que ella misma sospechaba de enamorarse de aquel adorador fiel y desinteresado, que por la edad hubiera podido ser su padre.

Las mujeres son más susceptibles que los hombres de amar sólo con la cabeza. Esta clase de afecto es el resultado del respeto, de la admiración y del reconocimiento. Puede conseguirse por la afección, la constancia y sobre todo el imperio de sí mismo; y como una flor del jardín, vive y prospera si se cultiva con cuidado, hasta que venga el otoño á refrescar la temperatura y á oscurecer el cielo. No es una mala hierba, una rosa silvestre ni otro producto salvaje cuya semilla lleva el viento y cuya raíz se fija en el corazón ciegamente y por casualidad; no, más flexible bajo la planta del pie que la pisa, más fuerte si se trata de quebrantarla, arrostra los ardores del sol que la abrasa, los huracanes que la sacuden, el gusano que roe su cáliz y lucha contra la muerte, hasta en los rigores del invierno y bajo el helado soplo de una indiferencia y de un desdén inmerecidos.

El sentimiento que el General había logrado despertar en Blanca Douglas, era un problema que su lealtad no se atrevía á resolver. Al atravesar el jardín con paso rápido y desigual para llegar á la puerta opuesta á aquella por la cual la joven había salido, porque no olvidaba nunca las conveniencias, agitó la cuestión en su espíritu hasta que no se atrevió ya á discurrir, calmándose por fin con la observación caballeresca de que, sucediese lo que quisiera, no debía retroceder ante ningún sacrificio ni decepción para asegurar la felicidad de Blanca.

(Se continuará.)



CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.

DIFÍCIL es historiar, con alguna novedad, los sucesos políticos ocurridos en esta quincena. El carácter general de la política no ha salido del conocido tipo ya bosquejado en otras crónicas, ni los hechos resaltan del marco en que vienen encerrados desde el advenimiento al poder de los conservadores.

Hay realmente falta de sucesos extraordinarios, por más empeño que se tenga en propalar *sotto voce*, como dice *Le Gaulois*, rumores encaminados á perpetuar infundadas alarmas entre los grupos siempre dispuestos á acoger con fruición esas noticias pavorosas y de grande efecto que hay empeño en inventar para crear ó suponer misteriosos é inesperados tropiezos á la marcha política de los gobernantes, sin que para ello se respeten á veces las consideraciones más altas que debieran poner punto en boca á esos fabricantes de novedades que, sin reparo siempre y traspasando los límites de lo lícito, suponen hasta próximos cambios en las más elevadas esferas del Gobierno del país.

Y es que todos los temas se agotan, en el afán de guerra á todo trance. Ya pasó de moda hablar de las dificultades á que se creyó que podrían dar origen aquellas famosas reclamaciones del Ministro de Negocios Extranjeros de Italia, ó

siquiera de la corte pontificia. Agotóse la materia, tratando sin contemplaciones estos asuntos internacionales en que tan mal parado solía quedar el patriotismo. Vinieron los fríos, y los singulares debates acerca del cólera han perdido interés y producido verdadero cansancio. ¿Qué quedaba para llenar las columnas de la prensa á los *reporters* y aun á las más encumbradas figuras de nuestro periodismo y de nuestra política? ¿Qué quedaba para alimentar la curiosidad pública, sino los cálculos del pesimismo, los desconsoladores augurios y las profecías tenebrosas?

A fuerza de pronosticar los graves peligros del porvenir, se ha conseguido sembrar ciertas incertidumbres entre algunos espíritus timoratos, levantiscos ó impresionables; pero la sombra de Banquo no infunde ya temores á los políticos expertos ni á los hombres de ánimo sereno.

Las lógicas probabilidades de los sucesos en el desarrollo de la política tienen hoy la garantía de importantes factores, de verdaderas eminencias en la vida pública, contra los cuales nada podrán ni consiguen inventivas sin fundamento, anuncios de terrores, conflictos y desdichas que afortunadamente consta no tienen más base que la codicia del poder en los irreconciliables del centro y de uno y otro extremo, desde la demagogia roja á la montaña negra.

Es el procedimiento que siguieron siempre las oposiciones, y hoy con más empeño y tenacidad que nunca, para alentar al decaído y enardecer al tibio.

Se han propalado también extrañas historias de agitaciones carlistas y de reclutadores al estilo de 1847; ha habido comezón por conceder una importancia que no tienen á los agitadores republicanos del extranjero; se han buscado agitaciones forales; y todos los elementos de turbulencia, puestos en juego no han tenido más resonancia en la opinión que invenciones de la fantasía, impotentes hoy para hacer mella en los fuertes mecanismos oficiales.

*
**

Inventóse la cuestión Silvela, resultando al fin que nunca ha existido cuestión semejante, y que nuestro Embajador en París volverá á desempeñar su puesto y volverá justamente para que el dejarlo no se atribuya á disidencias con el Gobierno, y eso que no han desaparecido, según se asegura, las razones de orden privado y particular que el Sr. Silvela tiene para desear no salir de Madrid por mucho tiempo. Así es que la combinación gubernamental que sobre la embajada de París se fundaba, es todavía prematura, al decir de los que se suponen bien enterados, y si dicha combinación llegara á hacerse, lo más presumible y probable es que sólo consistiese en cambiar de puesto algunos diplomáticos, pasando á desempeñar la vacante ó vacantes que ocurrieran algunos ex-ministros de la Corona que no desempeñan hoy ninguna función pública. Estas exigencias de las condiciones circunstanciales del tiempo en nada afectarían al carácter político de los negocios, siendo aun prematuros todos estos cálculos en atención al largo tiempo que falta para la apertura de las Cortes, que se cree no será hasta diciembre.

Algunos periódicos de la oposición llamada dinástica son como siempre los que más interés muestran en propalar desconfianzas y declaraciones revolucionarias. A todas las inocentes asechanzas de los antiguos irreconciliables partidos, se unen la de ciertos hombres llamados monárquicos, que siguen la política del impenitente fusionismo.

*
* *

Un periódico monárquico, por su título *La Izquierda Dinástica*, aprovechó la visita que se dice hecha por el Príncipe de Gales al Sr. Ruiz Zorrilla en Londres, para hacer una encomiástica apología de las virtudes y grandes dotes del republicano de circunstancias y ex-monárquico por despecho. El Sr. Ruiz Zorrilla, dice *La Izquierda*, es un hombre enérgico, de carácter indomable y persistente; no ha transigido ni un instante con la restauración, y se marchó al extranjero tan luego como la restauración vino.

Así se escribe la historia. Parece imposible que se haya olvidado en tan poco tiempo que el Sr. Ruiz Zorrilla no se marchó al extranjero por su voluntad, sino que le expulsó el Gobierno á consecuencia de aquella famosa circular preparatoria de una junta en que se proponía tratar de los medios de restablecer la República. El Gobierno entonces, en vez de entregar el agitador á los tribunales, se contentó con hacerle salir para el extranjero, usando de las facultades dictatoriales que había heredado del Sr. Sagasta.

Es cierto, sin embargo, que al llegar al poder el Ministerio fusionista, dió el Sr. Sagasta al Sr. Ruiz Zorrilla todas las facilidades que pudiera desear para volver á España, facilidades que fueron efectivamente rechazadas. De suerte, que si continúa en el extranjero, no es porque no haya podido volver, sino porque cree tal vez poder trabajar mejor en París, en Ginebra ó en Londres, por sus ideales de última hora.

Ciertas hojas llamadas monárquicas añaden que en el extranjero, lo mismo que en España, se sabe bien lo que el Sr. Ruiz Zorrilla es, lo que vale y lo que representa; que los ingleses son un pueblo práctico y no ignoran que España, país de las sorpresas y de las cosas inesperadas, se encuentra en una situación triste; que el Gobierno está gastado, la opinion sobreexcitada, el hambre asomando su siniestra cabeza; que hay cortesanos que conspiran, carlistas que no duermen y republicanos que no transigen, explicándose así naturalmente la importancia de una entrevista entre el representante de la energía revolucionaria del país y el heredero de un imperio vastísimo que simbolizó siempre la política más calculadora y utilitaria que se conoce.

Está bien. Pero no hay que olvidar que Inglaterra es un país donde existe un Ministerio único responsable y un Parlamento que dirige la política. No hay que olvidar que el Príncipe de Gales no tiene intervención alguna en los asuntos ni en la política exterior de su país en estos momentos, siendo, según repetidas veces se ha dicho, demasiado inteligente y buen inglés para mezclarse en lo que no le compete.

Lo cierto es que con sobra de razón han sido vituperados

los periódicos que, llamándose monárquicos y dinásticos, han hablado con tanto encomio del Sr. Ruiz Zorrilla, de su consecuencia, de su entereza de carácter y de sus prendas personales, que le hacen hombre de gran porvenir político en este país. Tal modo de escribir, han dicho con fundamento los hombres conservadores de todos matices, sólo puede emplearse después de haber hecho una franca y explícita declaración de haber abandonado los principios monárquicos por otros más avanzados ideales.

*
* *

Las escisiones en nuestros partidos parlamentarios siguen pronunciándose cada día de una manera más manifiesta. Conocido es el objeto de la reunión que la izquierda dinástica hubo de celebrar el 27 del mes pasado bajo la presidencia del Sr. Duque de la Torre. Se quiso dar nueva animación al Círculo del partido, que parecía frío y abandonado desde el rompimiento del Sr. Moret y de sus amigos. Sin embargo, los discursos pronunciados entonces por el General López Domínguez y los Sres. Linares Rivas y Becerra, nada tuvieron de particular. El primero trató de demostrar que la última circular del Duque de la Torre, resumen del actual programa de la izquierda, está de acuerdo con el manifiesto de Biarritz. Por otra parte, el Sr. Linares Rivas declaró que su partido desea el restablecimiento íntegro del título primero de la Constitución de 1869, callándose respecto de los artículos 110, 111 y 112, que se refieren al ejercicio de la soberanía nacional. No nos extrañaron, pues, las críticas y comentarios de ciertos demócratas, ante las reservas del antiguo Ministro de Gracia y Justicia, que parece admitir, de acuerdo en esta parte con fusionistas y conservadores, que las instituciones son permanentes y no deben someterse á revisión alguna. Si así fuese, muy difícil sería que existiese completa unidad de miras entre los Sres. Linares Rivas y Montero Ríos y los amigos respectivos de ambos prohombres.

El sábado último ha tenido nueva reunión el Círculo de la izquierda, para saludar, según su presidente el Sr. Dávila, al Sr. Montero Ríos, después de su expedición á las provincias del Noroeste, y despedir al General Lopez Domínguez, quien dentro de breves días emprenderá su anunciado viaje de propaganda á las comarcas andaluzas.

Veamos las palabras del Sr. Montero Ríos.

«Necesito valor, dijo, para levantarme en este momento, pues apesar de mis profundas y arraigadas convicciones, ni podré hablar con la elocuencia del presidente, ni siquiera conseguir que me oigáis con el agrado que á él. Sin embargo, las circunstancias obligan y yo me veo en la necesidad de daros cuenta de las impresiones de durísima amargura que he recibido en mi último viaje á Galicia.

»En primer término, os diré que no se comprende en provincias cómo no están unidos todos los hombres significadamente liberales en salvaguardia y defensa de los carísimos intereses que les están encomendados. No se concibe que por causas ajenas á los principios se haya comprometido la obra, siquiera sea transitoriamente, de asentar y constituir la Nación sobre los principios de la libertad y de la democracia, única forma de que subsistan todos los poderes.

»Por desgracia, la división existe; pero nosotros, la izquierda, seguimos resueltamente el camino trazado y, ó es irrealizable lo que defendemos ó en caso contrario tenemos el convencimiento de que nuestras ideas se abrirán paso.

»Otra de las aspiraciones de las provincias es que nuestro fin no sea únicamente político, como acontece, por lo general, en los partidos que se disputan el poder, sino más amplio y elevado y que al mismo tiempo que venga á regenerar la administración, devuelva á los pueblos y á los ciudadanos su libertad y su iniciativa. Que no sea el derecho electoral monopolio de los partidos que mandan, sino el ejercicio de un derecho sagrado en bien de la patria.

»Dicho esto, he de dirigir el más cariñoso, entusiasta y respetuoso saludo al jefe del partido, Sr. Duque de la Torre. Cuando enarboló la bandera de la izquierda, me creí en el deber de abandonar el retraimiento que había adoptado y

ante la patria, la libertad y la democracia, consideré necesario sacrificar hasta mis antipatías personales. Esta bandera nos facilita la tarea de armonizar la democracia con las instituciones de Gobierno, y si por los medios legales puede alcanzarse el triunfo de la democracia, no considero patriótico acudir á otros, cualquiera que sea la rectitud de las intenciones de los que defiendan procedimientos contrarios.

»¿Somos sólo un grupo guiado por afecciones personales, ó somos un partido con soluciones para todos los problemas y que aspira á fijar la base sobre que la política ha de girar en lo sucesivo? No es, pues, posible, dado nuestro programa, que se nos considere como grupo. Nosotros, que contamos con todos los demócratas que aspiran á la realización de la democracia por los medios legales, mientras una dolorosísima experiencia no nos convenza de la imposibilidad de alcanzar su triunfo, queremos todas las libertades de la Constitución de 1869 con todas las prerrogativas que la experiencia ha demostrado necesarias para la estabilidad de los poderes.

»No transigir nunca en los principios. Todo lo que á éstos no afecte, es liviano y pasajero, y teniendo en cuenta el bien de la patria, podrá transigirse en esos intereses; pero no antepongamos nunca los intereses de partido ante la patria, la libertad y la democracia.

»Yo, por mi parte, consagraré todos mis esfuerzos al bien de la patria, de la libertad y de las instituciones que vivan á su amparo. Y mi concurso es tanto más desinteresado, cuanto que no tengo ni tendré ninguna aspiración personal por halagadores que sean para la democracia los destellos del porvenir.»

Y á estas palabras añadió el Sr. López Domínguez con más marcada intención, si cabe, las siguientes:

«Después de mi discurso en la última junta general, pudiera excusar el de hoy. Sin embargo, deseo exponer mi opinión sobre una idea de que constantemente se habla. Me refiero á la formación de un gran partido liberal, y tanto se agita esta idea, que he llegado á suponer si querrá tomarse de comodín para justificar continuos cambios de postura.

Los partidos no los forman los hombres, sino la opinión, y en ella se conquistan los puestos. Para la unión es necesario que las ideas se compenetren. Nosotros queremos los principios democráticos del Código del 69, y mientras éstos no se admitan íntegros, no aceptaremos pactos ni uniones. (Grandes aplausos.)

«No podemos contentarnos tampoco con que su espíritu se llevara á las leyes orgánicas, pues en este punto es demasiado dolorosa la enseñanza en nuestra nación. Puedo citaros un ejemplo reciente. En el corto tiempo que fuí Ministro, y conste que la izquierda no ha estado en el poder (grandes aplausos), realicé varias reformas por decretos, que luego por falta de tiempo no pude traducir en leyes. A los tres ó cuatro meses de mi salida del Gobierno, habían desaparecido casi todas esas reformas. ¿Cómo hemos de dejar, pues, los sagrados principios individuales á leyes orgánicas que los Gobiernos pueden fácilmente modificar? O somos ó no somos liberales y demócratas. Si lo somos, no podemos menos de exigir que los principios que defendemos se consignent en la Constitución. Caminemos, pues, paralelamente con nuestra bandera, y el día del triunfo la opinión señalará al digno de ocupar el poder.»

Al propio tiempo el disidente Moret recibía frenéticos aplausos en la solemne inauguración de su propio Círculo.

Dos objetos se propuso el Sr. Moret en su *grandilocuente* discurso: demostrar la posibilidad de aliar la democracia y la monarquía y exponer sus aspiraciones y deseos.

Para lo primero reseñó á grandes rasgos, según el extracto que nos han dado los reporters, los hechos anteriores y posteriores á la revolución del 68, y el alcance, significación y trascendencia de ésta, deduciendo de la llamada de los liberales al poder por S. M. el Rey D. Alfonso y de la política expansiva que practicaron, la desaparición de los obstáculos tradicionales y la facilidad de organizar y unir aquellos dos elementos.

Las aspiraciones políticas del Sr. Moret se sintetizan en la formación de un gran partido liberal sobre la base del fusionista, no sólo por ser éste el más numeroso y mejor organi-

zado, sino también por las condiciones especiales que reconoce en su jefe, el Sr. Sagasta. La fórmula de gobierno de ese gran partido debe ser la Constitución del año 76, llevando á ella todos los principios de la del 69 que no tenga consignados—cosa factible y hacedera, como lo demuestra el paso por el poder del partido fusionista, pues de no haber desarrollado hasta donde podía esa política, no tendría defensa el apoyo ó benevolencia que prestaron al Sr. Sagasta todas las fuerzas liberales.—Enalteció los principios y las libertades de la Constitución del 69, diciendo que prefiere que la unión no se haga á que se prescinda de ellos. Ahora—añadió el Sr. Moret—contribuir á la formación del partido liberal para dejar á la puerta los principios á cambio de una cartera... ¡que nadie me haga la ofensa de suponer eso!

Historió sus trabajos en pro de la unión, ya presidiendo la comisión de presupuestos en el Gobierno del Sr. Sagasta, ya formando la izquierda, ya, por último, cargando al bajar del poder con responsabilidades que no tuvieron el valor de recogerlas como les correspondía.

Después de aludir á los ataques de que es objeto, para cuya defensa no hacía uso de la injuria, de la calumnia, ni de la amenaza, bastándole presentar la reunión de anoche y dedicar un sentido recuerdo al General Prim, terminó diciendo que la democracia monárquica aspira á todas las libertades de la revolución de 1868.

*
* *

Así, pues, mientras que la izquierda puritana sigue manteniendo enhiesta la bandera de 1869 é incólumes los principios revisionistas, la disidencia, representada por el Sr. Moret y sus amigos, acepta la legalidad constitucional de 1876, aunque sin renunciar á leyes especiales que puedan implantar paulatina y sucesivamente las doctrinas de los demócratas antiguos. Casi resultan realmente inapreciables en el fondo los puntos de doctrina en que una agrupación difiere teóricamente de la otra.

Sólo faltan ya ahora las declaraciones novísimas que se esperan del ruidoso banquete con que las impacientes hues-

tes fusionistas se proponen obsequiar á su caudillo, el héroe de las últimas manifestaciones de la Rioja, el distinguido hombre público Sr. Sagasta.

Siempre resultará que los tres Círculos de oposición liberal, con sus repetidos y prodigados alardes de elocuencia tribunicia, no consiguen otra cosa que ahondar cada vez más las distancias que les separan, dispersando y malogrando las fuerzas que, reunidas en un mismo haz, podrían marcar una nueva etapa, un decidido rumbo hacia el mejoramiento de nuestras costumbres políticas.

Un obstáculo resistirá á la obra del progreso, obstáculo insuperable y no basado en principios políticos, sino en la tenacidad de un personalismo egoísta é intransigente que á todas las consideraciones se antepone.

¿Quién cederá á quién en esas luchas por la anhelada jefatura? Tal es la verdadera incógnita del malhadado problema.

*
**

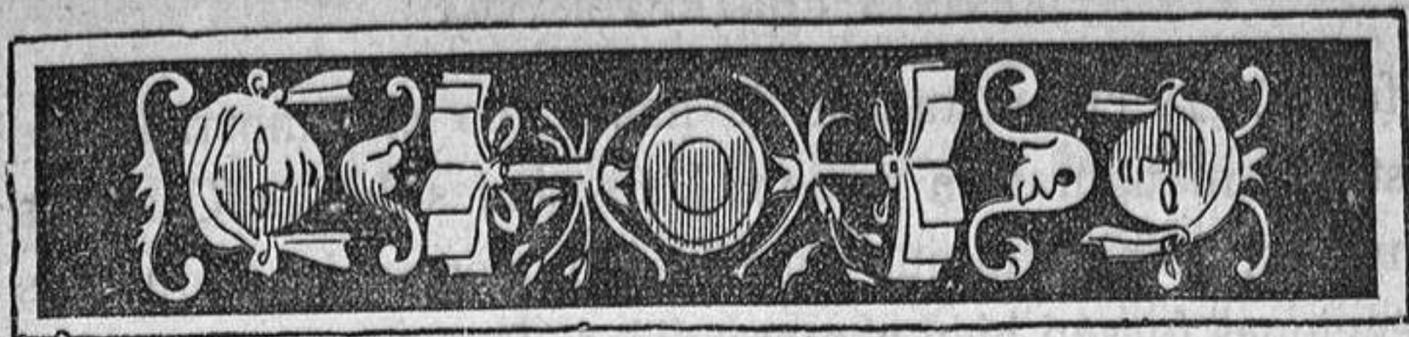
Un hecho de carácter íntimo, al que debiéramos ya estar acostumbrados, ha robado durante esta última quincena algunas líneas á las sistemáticas invectivas de las oposiciones y á las jaculatorias de la prensa adicta. Casi debieran agradecer los periodistas la caballeresca novedad del telegrama de San Sebastián y la calumniosa carta de *Le Fígaro*, escrita con singular ligereza por el autor de la mayor parte de los *vaudevilles* que se representan cada noche en el favorecido teatro de la Zarzuela. Ha habido un pequeño respiro para dejar triunfante la hidalguía castellana.

A las injustas sátiras del periódico francés se ha respondido aquí con aplausos á la actriz de genio. Así se portan siempre los incivilizados con los que les silban.

Pero se han echado muy luego á un lado tales pequeñeces; y la política, preocupación eterna de los españoles, recobra al fin en nuestros círculos su animación temporalmente perdida.

¿Qué nos importa, después de todo, un lance menos y una carta más?

A:



REVISTA EXTRANJERA



ÚLTIPLES comentarios y un sinnúmero de aclaraciones no bastan todavía para explicar del todo los preferentes propósitos de los tres grandes Imperios aliados.

Dícese, que cuando la joven Soberana de Rusia, acosada de continuo por las siniestras visiones de los peligros que á su querido esposo amenazan, expresaba con una frase llena de viveza la satisfacción que le producían la entrevista y la buena amistad de los tres Emperadores, respondióle galantemente el poderoso Canciller, que estaba dispuesto á consagrar su vida á la consolidación de todos los intereses dinásticos.

Lo nunca dudoso es que la energía de la política de Bismarck pesa como siempre en Europa y en el mundo entero con autoridad casi omnipotente, y bien puede suponerse que el reunir en un villorrio ruso á los Emperadores de Austria, Alemania y Rusia, fué un acto perfectamente legitimado por las consideraciones más serias.

Pero el laberinto de las hipótesis ha venido á complicarse con el discurso que el Emperador Francisco José acaba de pronunciar en Buda-Pesth como Rey de Hungría, discurso que ha producido en todos los centros de Europa, donde se ocupan todavía de alta política, la sensación más legítima y

profunda. La circunstancia de haber ido el Emperador de Austria á inaugurar en persona las sesiones de las Cámaras húngaras, manifiesta que daba gran importancia á que sus intenciones fuesen bien comprendidas. Es una visita preparada indudablemente para persuadir á los fieles húngaros que las inteligencias que existen entre el Imperio austriaco y el Imperio ruso, bajo los auspicios de la influencia alemana, son el fruto de un paso absolutamente necesario é impuesto por la situación moral de Europa. Dijo que la Monarquía cuyos destinos rige, conserva sus relaciones íntimas con Alemania, y las había reanudado muy amistosas con las demás potencias.

Nadie ignora que el sentimiento dominante en los magyares es el odio contra el ruso. Esta es la gran preocupación que los súbditos de la Corona de San Esteban maman en el pecho de sus madres. Francisco José ha ido, pues, á Hungría á desarmar estos inveterados odios.

La mayoría de los periódicos y de los políticos europeos daban por supuesto que, apesar de las protestas de la prensa húngara, la entrevista de los Soberanos de Rusia, Alemania y Austria-Hungría iba encaminada á consolidar las buenas relaciones que el comentado viaje del Sr. Giers á la Europa central preparó entre los Gobiernos germánico y moscovita. Por lo mismo, el silencio guardado por el Ministerio húngaro respecto del viaje del Monarca á Polonia, en el discurso leído en el Palacio real de Buda Pesth ante los miembros del Parlamento por el Emperador Francisco José, ha hecho creer por breves días que continuaba la frialdad de relaciones entre Rusia y Austria y que los Soberanos mantenían entre sí las mismas prevenciones y antipatías que sus respectivos pueblos.

Tanta importancia se atribuía á ese silencio que, no obstante haberse insinuado algunas explicaciones basadas en el disgusto con que ven los magyares que se guarden consideraciones á los que en 1849 impusieron con su ingerencia la capitulación de Vilagos, y en la necesidad de eludir aclaraciones y escenas tumultuosas en la Cámara de Pesth, nadie se daba por satisfecho y se tenía por infundada la satisfac-

ción de que alardean los periódicos oficiosos de Viena respecto del mantenimiento de la paz en Europa. Esas suposiciones pesimistas no estaban, sin embargo, de acuerdo, ni mucho menos, con la realidad de las cosas.

Posteriormente, todos los periódicos austriacos y húngaros, que los primeros momentos negaban la aproximación entre Austria y Rusia, han desautorizado sus propias impresiones primeras, y declarado que es efectiva la inteligencia entre ambos Imperios y que recibirá muy pronto una nueva confirmación con la visita del Czar á Viena.

Pero ¿es acaso esta la política de la Santa Alianza, puesta de nuevo sobre el tapete por el Príncipe Bismarck? Lo que no admite duda es que no surgirá en algún tiempo la intrincada cuestión de Oriente y que los tres grandes Imperios están dispuestos á consagrar sus esfuerzos al mantenimiento de la paz europea, y á que no haya por ahora complicaciones capaces de perturbar los progresos morales, científicos é industriales en todos los países del Continente.

Una carta publicada en un periódico de Hungría, el *Pesther Lloyd*, escrita por un eminente personaje testigo de la entrevista celebrada por los tres Soberanos, niega que se haya tratado de medidas para combatir al partido de los anarquistas y las tendencias subversivas de los revolucionarios extranjeros, porque cada uno de los grandes Estados se basta para mantener el orden en su seno.

Respecto de política internacional, advierte dicha carta que nunca han sido las relaciones de Alemania tan amistosas como ahora con Francia, y que el Barón de Courcel supo por el mismo Príncipe de Bismarck cuál era el objeto de la entrevista.

Las relaciones de Alemania con Inglaterra son menos claras; pero Inglaterra se verá obligada finalmente á reconocer á Alemania como gran Potencia marítima. Alemania, aliada más estrechamente que nunca con Austria y en excelente inteligencia con Rusia, es el árbitro de la paz. Y como precisamente el Emperador Guillermo y el Gran Canciller se preocupan ante todo de consolidar la gran obra realizada y fomentar la riqueza del Imperio germánico, puede en resu-

men afirmarse que la entrevista de Skiernevice es una nueva garantía de paz, y que la alianza ó acuerdo de los tres grandes Estados allí representados por sus jefes, señala un punto culminante en la marcha de la política internacional y ha de revestir gran trascendencia para el desarrollo histórico de las naciones europeas.

La condecoración que el Emperador de Rusia acaba de enviar al Ministro italiano de Negocios extranjeros, ha sido también interpretada por la prensa oficiosa como una verdadera manifestación, que demuestra que Italia no ha sido extraña á las deliberaciones tomadas en la solemne entrevista de los tres Emperadores.

* * *

Alemania persiste en su obra de paz y de progreso. Acaba de invitar á Inglaterra, Bélgica, España, Estados Unidos, Francia, Holanda y Portugal, á una conferencia que ha de reunirse en Berlín, para determinar un régimen comercial, uniforme, que se aplique á los territorios más ó menos coloniales del Congo y del Níger, definiendo las condiciones del derecho de ocupación de los territorios no sometidos todavía á ningún país civilizado.

Hay realmente necesidad de reglamentar por medio de un acuerdo internacional el uso del derecho de ocupación, derecho restringido por el Papado en el siglo XV, cuando aquel gran poder moderador preveía y evitaba todos los conflictos. Hay realmente necesidad de hacer de la colonización un capítulo del derecho público europeo.

* * *

Los franceses caminan de triunfo en triunfo en su *estado de represalias* contra los chinos. Pero al mismo tiempo declaran que en el ataque de Lang-Son tuvieron cien hombres fuera de combate; en la escaramuza de Lock-Nan perdieron tres soldados y un capitán, con veintiun heridos; en el combate de Kep ha habido veinte muertos con un capitán, ocho ofi-

ciales y cincuenta soldados heridos, sin contar el General Negrier y uno de sus ordenanzas. Tomamos estos datos á la letra, y damos como auténticos los partes oficiales que consignan más de doscientos soldados y doce oficiales franceses muertos ó heridos en tres combates, y todo esto sin estar en guerra con China.

Lo cierto es, que la campaña va tomando serias proporciones. Los chinos se han defendido encarnizadamente en sus posiciones de Lang-Kep, donde se habían fortificado, y han hecho vigorosos contra-ataques.

Lang-Kep está situado en el camino de Bac-Ninh á Lang-Son, en la unión del camino de Yen-Thé, á 45 kilómetros de Bac-Ninh y á 20 de Phu-Lan-Gian, el puesto avanzado francés en esa región. Allí cesan los arrozales y comienzan las montañas.

Los franceses avanzaron ya una primera vez hasta el Kep, y luego se retiraron; retirada que, de seguro, fué presentida por los chinos como una huida, y la reocupación de ese punto como una victoria. Vino luego el encuentro de Bac-Le, y no se necesitó más para que se creyesen en adelante seguros del triunfo.

El hecho de retirarse los chinos por el camino de Yen-Thé, esto es, en la dirección de Tai-Nguyen, ocupado por una guarnición francesa, indica que les había sido cortada la retirada sobre Lang-Son por las maniobras de la columna Negrier. Si el boquete de Yen-Thé no hubiera dado paso á los chinos en su retirada, las pérdidas de éstos hubieran sido mayores todavía.

Estos acontecimientos hacen presumir que las tropas chinas han debido, por orden recibida de Pekín, pasar las fronteras del Kuang-Si y tratar de sorprender á las fuerzas francesas, un tanto disminuídas por el envío del destacamento á Formosa. Los Mandarines, al tomar el camino de Loch-Nan, y haciendo avanzar un cuerpo de ejército hacia Bac-Le, pensaban sin duda llegar hasta Bac-Ninh y cortar las comunicaciones de esta ciudad y de Hanoi con el mar y Hai-Phong. La vigilancia de los franceses ha frustrado estos planes.

Los periódicos franceses revelan, para quien sabe leer entre líneas, que el Ministerio no está exento de inquietudes, y que las declaraciones de los gobernantes chinos, respecto de sus intenciones de proseguir la lucha y aun de declarar la guerra, y la energía desplegada para repasar las baterías del río Min y enviar al Tong-King las tropas que le han invadido, apesar de que hasta hace pocos días lo negaban algunos diarios oficiosos, son particularidades que no redundan en prestigio de la actual situación ni del mal disimulado cesarismo á que se muestra aficionado el inspirador y director de la política francesa.

Nadie absolutamente duda del éxito, pues es innegable que las fuerzas navales francesas son muy superiores á las del Celeste Imperio, lo cual hace que la gloria de vencerlas no sea en realidad tanta. La verdadera cuestión consiste en saber si el Gobierno de Pekín se decidirá al fin á hacer la paz y si la ocupación de las minas de carbón de piedra de Kelung es bastante para indemnizar de tantos millones de francos gastados en esta aventura.

Como decía días atrás el Duque de Broglie, en un discurso pronunciado ante sus electores: «Sábese hoy que dicha expedición nos cuesta 100 millones de francos. Suponiendo, lo que es mucho suponer, que la China nos satisfaga la indemnización de 80 millones de francos que se le ha reclamado, siempre resultará que Francia habrá hecho un malísimo negocio, y que el comerciante que hubiese hecho una operación semejante, sería juzgado muy severamente por el Tribunal de Comercio.»

De ahí que se anuncia que Mr. Julio Ferry, que teme mucho la próxima discusión de las Cámaras sobre todo esto, se adelantará á las interpelaciones proyectadas, haciéndose interpelar desde el principio por uno de sus amigos, á fin de obtener un voto de confianza que haga imposible todo debate.

Sin embargo, muy difícil le ha de ser enterrar la cuestión, porque, aparte de las explicaciones que se le pedirán acerca de su política exterior, tendrá que presentar luego una petición de créditos, y á propósito de esos nuevos millones arro-

jados en la sima de las expediciones lejanas, los oradores de la oposición tendrán el derecho de exigir todas las aclaraciones imaginables.

Entretanto toma en Francia proporciones alarmantes la crisis industrial de Lyon y de Saint-Etienne, así como la agrícola de muchas comarcas. Los trabajadores de las ciudades y del campo piden á voz en grito que se economice en gastos, se voten leyes sociales contra la miseria que crece, y se ultimen ventajosos tratados de comercio. A esto se contesta con costosísimos cañonazos en lejanas tierras.

*
* *

La cuestión de Egipto se presenta ahora bajo tres diferentes aspectos. El Gobierno inglés tiene que hacer frente á la insurrección del Sudán, al antagonismo de los egipcios contra la tutela británica y á las protestas de Europa contra la suspensión de la amortización de la deuda.

Se ha calmado algún tanto la irritabilidad de Francia, Alemania y Austria contra esa suspensión que proporciona al Tesoro egipcio un ingreso de ocho á nueve millones de pesetas.

A calmar los ánimos han de haber contribuído dos circulares diplomáticas, una del Gobierno egipcio y otra del Gabinete británico. La primera, firmada por Nubar-bajá, y redactada en términos conciliadores, invoca la dura necesidad y lo apurado de la situación financiera en Egipto, y contesta á la protesta presentada por las potencias en forma de nota colectiva. La segunda ha sido enviada por lord Granville á los agentes diplomáticos de la Gran Bretaña. En ella se reconoce la necesidad de arreglar las indemnizaciones que tienen derecho á percibir los perjudicados á consecuencia del bombardeo de Alejandría por los ingleses en julio de 1882, y que han de ser satisfechas por cuenta del Tesoro egipcio. Como, á juicio de lord Granville, solamente será posible pagar esas cuantiosas indemnizaciones después de haber quedado arreglada la cuestión de la Hacienda egipcia, invita á las potencias firmantes de la protesta á que esperen á que

sea conocido el informe de lord Northbroock, el cual será entregado antes de que un mes haya trascurrido.

Ya dos veces, primero en Constantinopla y luego en Londres, Europa se ha reunido para resolver este problema egipcio, y dos veces Europa se ha separado sin poder entenderse. Conviene, pues, que si Lord Granville quiere apelar por tercera vez á las grandes potencias, evite una nueva ruptura que bien pudiera ser ahora definitiva y con inesperadas complicaciones acaso.

* * *

Parece que la cuestión relativa á la herencia de los tronos del Reino de Holanda y del Gran Ducado de Luxemburgo se ha arreglado amistosamente entre el Rey Guillermo III y el Duque Adolfo de Nassau.

Los derechos del jefe de la línea primogénita á la sucesión en el Luxemburgo, son reconocidos por el Rey, de manera que, cuando muera este último, la unión personal que une hoy el Gran Ducado al Reino, no podrá renovarse.

Por otra parte, el Duque Adolfo reconoce los derechos exclusivos de la joven Princesa Guillermina al trono de Holanda. Se cree también que el Duque Adolfo formará parte con el Príncipe Guillermo de Wied del consejo de familia encargado de la tutela durante la menor edad de la Reina.

Este arreglo, según se asegura, se anunciará oficialmente á los habitantes de Luxemburgo, cuando se inaugure la estatua del difunto Rey y Gran Duque Guillermo II.

En las fiestas que con tal motivo se celebren en la capital del Gran Ducado, el mismo Guillermo III hará la presentación del Duque de Nassau, como presunto heredero suyo, á las autoridades políticas del país.

Se afirma que las negociaciones á que es debido este plausible arreglo han sido llevadas á cabo por el Barón de Linden de Sandenburgo, antiguo primer Ministro de los Países Bajos, que acaba de visitar al Duque Adolfo á orillas del Rhín en su castillo de Biewich.

* * *

Los ultraliberales de Bélgica están juzgados. Rechazan de consuno sus manejos los más importantes periódicos de Europa, hasta aquellos que más simpatías manifestaron siempre al Ministerio parlamentariamente derribado por los conservadores. Ya no es sólo la *Revue des Deux Mondes* la que, con las más enérgicas frases, condena las manifestaciones de que ya hemos hablado. También el avanzado periódico inglés *Saint-James Gazette* se expresa en los siguientes términos:

«A veces sucede que, reflexionando, nos ruborizamos de lo que hemos hecho; tal acontecerá con la promulgación de la ley de Instrucción pública, que unida al mal éxito de los esfuerzos intentados para lanzar un reto á los representantes del país, servirá quizás de lección á los liberales belgas. Lo cierto es, que no les faltan motivos para estar confusos. Raras veces se ha visto á un partido político correr tan voluntariamente en pos de su ruina y procurar reconquistar el terreno con tan poco escrúpulo perdido. En un país en que el fiel de la balanza de los partidos se mantiene casi igual, los triunfos respectivos deben atribuirse más bien á los desvaríos del partido vencido, que á la cordura del partido vencedor. Los liberales se han desviado de su camino y así han servido la causa de la reacción católica. Desde el primero hasta el último día de su advenimiento al poder, han obrado como si constituyesen las nueve décimas partes de la Nación, siendo así que al principio formaban apenas la mitad, y más adelante ni la mitad tan sólo.

Tenían á su cuidado gobernar al país más católico de Europa y lo gobernaron como los republicanos franceses gobiernan á Francia; sin poder prevalecerse siquiera de la triste excusa de estos últimos. En efecto, los católicos franceses tienen fama, probablemente algo merecida, de desear la caída de la República; mas ¿quién ha pretendido nunca que los católicos belgas tuviesen el deseo de derribar la Monarquía? Las instituciones nacionales están más seguras en sus manos que en las de los liberales. Por lo demás, los librepensadores belgas no pueden quejarse de que paralizasen en cierto modo su acción las leyes que encontraron vigentes á su vuelta al poder. Estas leyes eran el resultado de transaccio-

nes prudentes, efectuadas entre personas razonables, así las de la una como las de la otra parte, y lo único que impedían esas transacciones, era cualquier tentativa de los librepensadores para usar de la autoridad del Estado con el objeto de vejar á sus compatriotas católicos.

Cuando, gracias á las insensatas exageraciones de algunos de éstos, el poder recayó en el partido liberal, todo cuanto tenía que hacer este partido era dejar las cosas en completa paz, y además convencer á los hombres moderados de los dos partidos de que los católicos podían ser tratados igualmente bien por un Gobierno que llevase la denominación de liberal, que por un Gobierno que llevase la de católico. De este modo hubiera podido perderse la fatal costumbre de hacer servir de línea de demarcación política las convicciones religiosas; y los partidos hubieran podido apellidarse respectivamente *liberales* y *conservadores*, en vez de *liberales* y *católicos*.

En realidad, al recobrar el poder los liberales, pusieron á gobernar como si nunca más hubiese sido posible ninguna especie de reacción. Insultaron é irritaron á los católicos por todos los medios que les proporcionaban las circunstancias, y, lo que es más insensato todavía, empeñáronse en dañarles en ciertos derechos importantes, como que la ley de instrucción pública, abrogada por fortuna, no implicaba un perjuicio de puro sentimiento, pues los católicos no sólo veían atacados sus afectos de familia, sino también su bolsillo. Antes de 1879, los padres de familia católicos que habitaban un Municipio en donde todos los vecinos profesaban un mismo culto, enviaban sus hijos á la escuela comunal, sin temor alguno respecto de su fe religiosa. Con posterioridad á 1879 no tuvieron ya esta confianza.

La instrucción religiosa proscrita de la escuela comunal, equivalía á la exclusión virtual de los profesores animados del espíritu religioso. En efecto; de las escuelas normales de las ciudades se enviaban á provincias profesores seculares, escogidos generalmente de entre los tipos librepensadores del matiz de entonces, que se consideraban como una especie de misioneros encargados de deshacer la obra de los sacerdotes, y cuyo celo anti-religioso ardía con fervor religioso.

Los católicos se apresuraron á recoger el guante. Haciendo un esfuerzo extraordinario, fundaron al lado de las escuelas comunales escuelas católicas, y en los Municipios de esa clase para quienes se había hecho la ley de 1879, las escuelas comunales quedaron desiertas, mientras que rebosaban de alumnos las escuelas católicas. Mas este triunfo costó sumas enormes y los pueblos rurales belgas no vieron naturalmente qué utilidad había en que un Municipio católico sostuviese dos escuelas, una de ellas superflua.

Ampliando esta reflexión, no vieron tampoco la utilidad de mantener en el poder á un ministerio que imponía semejante cargo á los municipios católicos, y esta reflexión, que coincidió con las elecciones bienales para la renovación de la mitad de la Cámara de los Diputados, ha traído consigo el reciente cambio de Gobierno.

Hubiera podido creerse que arrojados á la sombra de la oposición no hubieran dejado arrastrarse á nuevos yerros los liberales nacionales. Mas, por el contrario, si esa sombra hubiese sido la de un invernadero, no hubieran podido obtener cosecha más abundante de errores. A cada paso han obrado en sentido contrario á los errores que profesan abiertamente. No han tenido en cuenta el hecho de haber sido votada la ley por una fuerte mayoría en las dos Cámaras, de las cuales todos los individuos de la una y la mitad de los individuos de la otra habían sido sometidos poco antes á la prueba de las elecciones; se han presentado en las calles con tanta impremeditación como si se tratara de hacer manifestaciones ante un Czar ó ante un Sultán, y al ver que nada lograban con sus demostraciones y con los malos tratos que han inferido á un elevado número de católicos bastante presuntuosos para creer que podían recorrer con tranquilidad las calles de la capital con el mismo derecho que los liberales, han ensayado mezclar en el conflicto la persona del Monarca.

Se ha suplicado á su S. M. que no tuviera en cuenta la votación del Parlamento, ni el parecer de sus Ministros y que obrase en todo á guisa de soberano despótico. ¡Extraño ruego el de los liberales! Mas ¿de qué sirve una Constitución si no es dado violarla en detrimento del partido opuesto? El

expresidente de la Cámara de los representantes trata con un candor verdaderamente admirable (*with a really beautiful simplicity*) esta cuestión en una carta publicada en el *Times* del sábado último: «Á la hora en que escribo, dice, esta ley no existe más que en estado de proyecto. No se ha sancionado y para impedir su promulgación, los adversarios de ella han recurrido á la Corona. ¿Qué cosa más regular en un país constitucional?»

Desearíamos saber lo que esa eminente autoridad en materia de reglas y de prácticas parlamentarias, hubiera dicho si, después de aprovechado por las dos Cámaras el bill electoral inglés, los conservadores hubiesen pedido á la Reina que negase á ese bill la sanción real. ¿Hubiera sido esto un acto regular en Inglaterra? ¿Y lo mismo que es completamente irregular en Inglaterra, ha de ser regular en Bélgica? Liberales son ambos países; y si en uno pueden los liberales recurrir correctamente á la Corona, ¿por qué no pueden hacer lo propio los conservadores en el otro?

Una última pincelada para concluir el hermoso cuadro que ofrecen á nuestra vista los liberales belgas. Hoy parece que constituyen una escasa mitad del País. Esta pretensión solo pueden fundarla en el sistema electoral actual, que confiere el derecho de votar á determinadas categorías de ciudadanos. Si algún principio hay que obligue á los liberales del Continente, es de seguro el sufragio universal. Para ellos es un lugar común el derecho del hombre á votar. Mas no se adquiere ese derecho en Bélgica sin una calificación determinada.

Todos los hombres tienen derecho á votar, con tal, empero, que pueda contarse con que emitirán un voto liberal; ¿no es verdad? He aquí cómo los liberales belgas han abandonado una á una todas las doctrinas sin excepción, que hasta aquí pasaban por formar parte de su credo, sin perjuicio, es cierto, de poder comprender en el número de ellas la legitimidad de las pacíficas excursiones por las calles. Nuestros radicales se han mostrado últimamente aprovechados discípulos del culto belga, que prometen mucho para el porvenir; pero por ahora quedan aún muy rezagados á sus maestros.»

En cambio, muchos é importantes periódicos de España,

entre los que hacen siempre coro con inconcebible ligereza los defensores del llamado *conservador* fusionismo, lo han entendido de muy diversa manera, colocándose por instinto en las más peligrosas pendientes revolucionarias.

Y es que no se concibe todavía bien entre nosotros de qué manera se respetan hoy en el extranjero todas las soluciones legales.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Problemas contemporáneos,
por D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO,
Tomo II.—Comprende los discursos
del Ateneo (segunda serie).—Discurso
de la Academia de Ciencias morales.
—Ateneistas ilustres.—Oradores grie-
gos y latinos.—Centenario de Sebas-
tían del Cano.—El Congreso geográ-
fico de Madrid de 1883.—Ideas sobre
el libre cambio.—Se hallará en Ma-
drid, librería de Murillo, á 5 pesetas.

Siempre ha sido difícil analizar un buen libro; pero crece la dificultad cuando cada frase encierra un concepto, cada período una idea concreta, y cada párrafo resuelve un problema ó cuestión grave, de los que en nuestros días dividen los entendimientos, en cuanto á moral y política se refiere.

No es de otra índole la obra del Sr. Cánovas; juzgados están como excelentes por los hombres doctos los discursos que componen el segun-

do tomo: holgáramonos con ser bastantes á dar cuenta razonada de su mérito. Esto hemos de intentar sólo, que para analizarle, fuera necesario escribir un libro, y sobre todo, competir en talento con el autor, caso el último imposible en nosotros, y empresa aventurada para muchos, por más que la petulancia fuera grande; ó según costumbre, quisiera disculparse el atrevimiento á fuer de protestar insuficiencia.

Dicho esto, pues, entramos á enumerar las principales materias, dejando á un lado, con pesar, los corolarios y consecuencia de muchas, á semejanza del viajero en ferrocarril que, obligado á no tomar descanso sino en las estaciones del itinerario, pasa de largo ante las bellezas del camino, sin ser poderoso á torcer la marcha que la necesidad le impone.

Hállase, al comenzar, el discurso pronunciado en el Ateneo el día 6

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

de noviembre de 1882, al abrir sus cátedras. Con lógica irrefragable demuestra el Sr. Cánovas la impotencia del empirismo con arreglo á la experimentación, para satisfacer las aspiraciones del entendimiento humano. De aquí resulta la necesidad de estudiar otros conceptos de más universal interés, por ejemplo, el de *nación*. De seguida el Sr. Cánovas examina el hecho de la existencia de las naciones y el verdadero significado de las palabras *nación*, *nacionalidad* y *patria*. Aplicación del concepto de *nación* á la historia de España. Tendencia de nuestra época á la agrupación etnológica de las gentes, convirtiendo las *nacionalidades* en *naciones*. Diferencias entre la nacionalidad y la raza. Unidad de origen de la especie humana. Causa de la diversidad de razas, que no son, cuando más, sino variedades de nuestra especie.

No dijo harto el ilustre orador. Bien haya su inteligencia que así defiende los derechos más sagrados de la patria y hasta de la humanidad. Pasa después á explicar el significado propio y especial de la palabra *patria*. El cosmopolitismo y el particularismo. Errores de Curci y Littré en orden al concepto de patria lo mismo que al de nación.

Reconocimiento de que la *nación* se da en el espíritu, y como cosa del espíritu, dentro de territorios determinados, no en los hechos brutales que allí puedan por acaso realizarse. Las naciones cumplen mejor su misión natural cuanto más grandes. Importancia de las fronteras naturales. Vitalidad y energía del amor á la patria. Aspecto económico de la vida nacional. La nación, no sólo es una vasta sociedad agrícola, industrial y mer-

cantil, sino también, y ante todo, en lo económico, una vasta sociedad cooperativa. Falsedad del humanitarismo ó cosmopolitismo económico que de todo punto desconoce en esto la realidad de las cosas. Los más esenciales de todos los fines de la humanidad son el progreso y la apropiación total del planeta y sus fuerzas naturales al género humano. Modesta parte que en tal misión corresponde á España en las circunstancias actuales. Necesidad, sin embargo, de que nuestra patria no abdique su personalidad. Conveniencia para ello de inquirir seriamente nuestra historia. Lo que somos y lo que eran nuestros calumniados Monarcas y hombres de Estado en los siglos XVI y XVII. Peligro de quedarnos tan atrás cual nos vamos quedando. Necesidad, sobre todo, del patriotismo individual.

Otro discurso en el Ateneo, pronunciado en 31 de enero de 1884, compone la segunda parte del libro. De los cursos y maestros que más han enriquecido desde la cátedra de aquel centro literario, la cultura española, forma el asunto; verdadero resumen tratado por el Sr. Cánovas de los diversos puntos de vista bajo que han considerado la literatura patria los hombres de valer en nuestros días. Lecciones de Lista sobre la historia del teatro español, su oposición á la estrecha é intolerante crítica del pseudo-clasicismo francés; valor crítico de Lista principalmente reflejado en sus lecciones sobre Calderón. Lista, fundador en España de la buena crítica en la poesía dramática. Juicio de Larra sobre las lecciones de Lista. Breve recuerdo de las conferencias de Revilla (padre) y de D. Patricio de la Escosura acerca de la literatura española. D. Joaquín Francisco Pacheco.

El Código de 1822 y sus ventajas respecto al vigente. Examen de los dos problemas fundamentales del derecho penal; el concerniente á la facultad de castigar y el relativo al alcance y objeto de las penas. Su solución según las diversas escuelas y según Pacheco. La ciencia del derecho político en el Ateneo desde 1836 á 1846 Lecciones de Alcalá Galiano sobre esta materia. Diverso carácter de las conferencias de Alcalá Galiano, Donoso y Pacheco. Divergencia de los ilustres oradores citados, singularmente en orden al origen de la soberanía. Error notable de los que consideran como sinónimos los términos voluntad general y soberanía nacional. Caracteres distintivos de la elocuencia de Galiano, Donoso y Pacheco, tres de los más grandes oradores que hayan existido jamás. D. Pedro José Pidal, menos orador que los anteriores y mayor hombre de Estado. Trabajos de D. Fermín Gonzalo Morón y D. Eugenio de Tapia, sobre la historia de la civilización española. D. Nicomedes Pastor Díaz. Influencia que ejerció en el ánimo de todos los hombres pensadores, y especialmente en los de Donoso y Pastor Díaz, la revolución de 1848. El Ateneo de 1851 á 1854. D. Joaquín María Lopez. Carácter de su oratoria. Conferencias de Escosura y González Bravo. D. Nicolás María Rivero.

Nada inferior á los discursos anteriores, sino más bien superior á ellos en ciencia filosófica, es el pronunciado por el Sr. Cánovas en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el día 5 de junio de 1881. Tema del discurso fué la siguiente pregunta: ¿Las últimas hipótesis de las ciencias naturales, dan más firmes fundamentos á la sociología que las creencias,

aun miradas también como hipótesis, en que las doctrinas sociológicas se habían basado hasta ahora?

Basta conocer el tema para comprender la importancia de sus conclusiones, deducidas por un filósofo creyente como el Sr. Cánovas. Comienza discurrendo acerca de la sociología moderna y el socialismo, para deducir que para probar la inferioridad de las soluciones del materialismo ó positivismo, respecto á aquellos dos problemas, basta compararlas con las que daban las doctrinas tradicionalistas de las ciencias morales y políticas, para concluir demostrando la conveniencia de examinar la legitimidad de los títulos con que la moderna sociología materialista ó positivista, despoja al linaje humano de ideas y creencias que, no sólo eran bienes de verdad, sino que todavía son los más preciosos de sus bienes.

Carácter singularmente invasor y tiránico del materialismo en nuestros días, y lo que dice el materialismo contemporáneo respecto al origen y desenvolvimiento de la vida. Concisa exposición y refutación de las doctrinas de Hæckel, Herzen y Darwin sobre estos puntos. Que la sociología, para ser ciencia real, no puede menos de establecer su fundamento en los principios trascendentales de la metafísica y la teodicea.

La moral y el derecho en las escuelas filosóficas modernas. Que el conocimiento de la ley moral no basta á producir la moralidad, sin una creencia sobrenatural ó religiosa que la desarrolle, siquiera sea deísta y no más. Impotencia del sistema que funda la moral en el instinto elevado poco á poco á razón, y luego perpetuado por la herencia. Escéptica y triste conclusión á que conducen los

sistemas exclusivamente naturalistas. Necesidad racional de buscar lo universal, lo perfecto, lo infinito en Dios. Vacíos inmensos de los sistemas filosóficos más en boga al construir sin Dios el sistema de la Ética. El hombre moral no está sino allí donde siempre lo han encontrado la historia y la filosofía, de acuerdo con la verdad religiosa.

Verdadero concepto de la sociedad humana. El progreso no puede menos de ser un concepto espiritualista. Incompatibilidad de la sociología contemporánea con el progreso, con la sociabilidad y con la libertad. Falsedad é ineficacia de las especiales soluciones que pretende dar el positivismo al problema económico. Bárbara conclusión de Spencer á este propósito. Dice así: «Dar de comer á los incapaces á costa de los capaces, es insigne crueldad, como si de propósito se constituyera un capital de miseria, pagadero por las generaciones venideras:» «hay derecho á creer que la necia filantropía (ó sea la caridad cristiana), que no piensa sino en disminuir los males del momento, sin hacerse cargo de los lejanos ó indirectos, es más funesta al humano linaje que el egoísmo extremo.» Los caracteres que por influjo del hegelianismo alcanza el Estado germánico. Diversa y más acertada solución, que apoyadas en el espiritualismo, ofrecen al problema económico las ciencias morales y políticas. Necesidad de cultivarlas con arreglo á los principios tradicionales de la Real Acadèmia de Madrid.

Trátase después de dos ateneistas célebres, *Moreno Nieto* y *Revilla*. Del primero se hace reproduciendo el discurso leído en su honor en la velada literaria del 4 de marzo de

1882; del segundo copiando el prólogo de sus obras sueltas. El lector que se aplique á leer entrambos ha de hallar, á más de curiosas noticias de uno y otro, juicios acertados de su carácter literario, harto controvertido entre los doctos, y rara vez apreciado con acierto.

Unos verdaderos estudios de la Política y la Oratoria siguen á continuación, á propósito de dos volúmenes de D. Arcadio Roda, intitulado el uno *Los oradores griegos*, y el otro *Los oradores romanos*. Con este motivo se trata, entre otras cosas, del atractivo fascinador de la elocuencia parlamentaria. Difíciles exigencias de la oratoria espontánea, propia de los modernos Parlamentos. Superioridad que tienen, bajo el aspecto de la corrección y el método, los discursos preparados respecto de los que son fruto de improvisación. Ventajas considerableísimas de la improvisación por su lado. Caracteres peculiares de la elocuencia antigua comparada con la moderna. Importancia excepcional de la oratoria política en la sociedad moderna. Importancia respectiva de los preceptos y de los ejemplos en la oratoria. Examen de las doctrinas de Cicerón acerca de este punto.

Encuétrase después el discurso pronunciado en la Sociedad geográfica, á presencia de S. M. el Rey, el 31 de mayo de 1879, con motivo del centenario de Sebastián del Cano, en que se discurre ampliamente acerca de los objetos y servicios de aquella sociedad, del primer viaje de circunnavegación y los novísimos progresos y aspiraciones de la moderna geografía.

De igual índole, aunque de aspecto muy diverso, es el resumen de los debates del Congreso geográfico de

Madrid, importante, aunque otra cosa no fuera, por demostrarse en él lo que es la política colonial de Europa, y lo que debe ser la de España en la época presente.

Concluye el tomo con las *Ideas sobre el libre cambio* y la economía política en general, á propósito de un tratado de comercio. Discusión parlamentaria. Sesión del 22 de abril de 1882.

He ahí la idea ligera que hemos procurado trazar del libro del señor D. Antonio Cánovas del Castillo, acabado de imprimir en casa de Antonio Pérez Dubrull, el día 30 de julio del año de 1884. Bien sabemos que obras semejantes, es arduo empeño sujetarlas á peso ni medida intelectual, pues la balanza y compás que justiprecia los entendimientos superiores, sólo la Sabiduría eterna los concede á quienes por sus merecimientos son dignos de tal favor; mas si con la enumeración de los asuntos indicados llega el lector á comprender su excelencia, y lamentar falten los que dejamos de citar, se habrá cumplido nuestro deseo.

*
* *

Recopilación de las Constituciones vigentes en Europa y América, por D. FRANCISCO DE HEREDIA.—Tomo I.—Se halla en prensa el tomo II.—15 pesetas los dos tomos, en la librería de Guttenberg, Príncipe, 14.

Obra utilísima para conocer y juzgar el derecho público europeo en su estado actual. La precede un prólogo perfectamente escrito, en que se demuestra lo indispensable de estudiar las Constituciones, como síntesis de las costumbres políticas de un pueblo y norma de su gobierno.

Siguen después las Constituciones: federal de Alemania (16 de abril de 1871); la del Estado prusiano (31 de enero de 1850); la de Baviera (26 de mayo de 1818); la de Austria (21 de diciembre de 1867); las de Bélgica, Dinamarca, España, Inglaterra, Grecia, Italia, Países-Bajos, Luxemburgo, Portugal, Rusia, Servia, Suecia, Noruega y Suiza (la federal y la de sus diferentes cantones).

La importancia positiva de esta obra la declara su propio título.

Conocer la Constitución y leyes orgánicas y especiales de un pueblo, es estudiar y penetrar su cultura y civilización: no de otra manera se reconstruyen en la actualidad por los más grandes sabios de Europa la historia de los antiguos pueblos del Oriente, Egipto, Grecia y Roma.

Del estudio comparativo de las varias Constituciones del viejo y nuevo continente, los lectores podrán deducir provechosas y fecundas enseñanzas.

*
* *

Tratado de derecho internacional público, por PASCUAL FIORE, vertido al castellano y aumentado con notas y un apéndice sobre los tratados de España con las demás naciones, por A. GARCÍA MORENO.—Tomo III.—Madrid, Góngora, editores.

El tomo que anunciamos es el último de la versión castellana de la notable obra del sabio profesor de la Universidad de Nápoles. Complemento y término de los dos tomos anteriores, es este tercero, que contiene materias de tanto y tan general interés, cuanto se refiere al derecho internacional en tiempo de guerra, á los derechos y deberes de los neutra-

les, á la manera de resolver los litigios en cuestión de presas marítimas al tribunal competente, al fin de la guerra, y á los daños por ella causados. El juicio sobre la importancia y utilidad de esta obra está ya formulado por la opinión pública, que lo recomienda, no ya al abogado y al juez, si que también al militar y al comerciante, pues todos ellos hallarán en sus páginas enseñanza teórica al propio tiempo que necesarias y convenientes aplicaciones de las mismas, con datos, antecedentes y noticias de verdadero interés y utilidad práctica. El tomo III cuesta 9 pesetas, y los tres de que consta la obra, 24.

*
* *

Memorias de la Real Academia de ciencias exactas, físicas y naturales de Madrid.—Tomo X.

Comprende tres secciones. En la primera se trata de los árboles frutales de la familia *Pomáceas*. En la segunda, de los árboles frutales de la familia *Amigdáleas*. En la tercera, de árboles frutales de diferentes familias.

*
* *

Instituto de Valencia.—*Memoria del curso de 1882 á 1883.*

Comprende 47 cuadros y relaciones demostrativas de alumnos, matrículas y exámenes en todas enseñanzas, gastos é ingresos, que hacen la Memoria sumamente apreciable para conocer el floreciente estado en que se halla aquel centro de instrucción, y la inteligencia y celo de sus profesores.

D. CH.

*
* *

Llauradó (Andrés).—*Tratado de aguas y riegos.*—Madrid, imprenta de Moreno y Rojas, 1884.—2 volúmenes en 4.º de 572 y 576 págs. con 144 grabados en madera intercalados en el texto.—Segunda edición corregida y aumentada.

Aún no hace seis años que el autor de la obra de que damos cuenta, distinguido ingeniero jefe de montes y uno de los profesores más antiguos de la escuela especial del ramo, dió á la stampa la primera edición de dicho libro.

Fué éste acogido entonces por el público con tanta predilección, que en muy poco tiempo se agotaron todos los ejemplares de que constaba la tirada. Esto es lo que ha motivado en parte la publicación de la edición segunda que ahora ve la luz, enriquecida con mayor número de datos y descripciones que la anterior reunía.

La benévola acogida que obtuvo entonces el notable trabajo del señor Llauradó se explica fácilmente por el gran interés que la materia reviste en sus aplicaciones á la agricultura y por ser el libro en cuestión la mejor obra publicada en España sobre aguas y riegos, bajo un punto de vista técnico general primero, y después en sus relaciones descriptivas y de aplicación á los riegos de nuestro país, en donde tanto hay que decir, tanto que aprender y tanto que modificar ó mejorar.

«Ésta obra, recomendable en primer término por la claridad y sencillez de la exposición, por el riguroso orden científico de sus materias, por la condensación, si así puede decirse, que en ella se hace de los métodos y procedimientos más modernos, y por el enlace de unos puntos con otros, tiene además una importancia notoria por los abundantes datos que contie-

ne su segunda parte, en la que se describe la hidrografía del país minuciosamente, así en las condiciones naturales de sus cuencas y ríos principales, como en la parte en que éstos han sido aprovechados para el riego hasta el día.

Es esta sección del *Tratado* un trabajo que al mérito de su orden expositivo reúne el de una larga serie de diligencias y tareas para allegar los materiales que para su redacción se han tenido presentes y que ha exigido, como desde luego salta á la vista, el estudio de un gran número de observaciones dispersas, publicadas unas, y otras que no se habían dado al público aún, haciendo con esto más difícil y penosa la faena científica del autor, el cual, con su ordenamiento y publicación, ha prestado al país un servicio de tanta importancia como mérito.

La obra del Sr. Llauradó constituye, por lo tanto, en virtud de estas razones, un tratado de consulta, del que no pueden prescindir cuantos se interesan ó entienden en las grandes cuestiones que el aprovechamiento de aguas provoca en España.»

Así decíamos al ocuparnos de la edición primera del *Tratado*, coincidiendo entonces nuestro humilde juicio, como ahora sucederá también seguramente, con el de las personas competentes en la materia, que dieron cuenta de la obra del Sr. Llauradó en los mejores periódicos y revistas científicas nacionales y extranjeras.

A mayor abundamiento, nos ofrece hoy aquel docto ingeniero en la *segunda edición* de su obra, dando así patente muestra de su laboriosidad y talento, un aumento considerable en las materias en ella contenidas, especialmente en la parte que se refiere á obras de arte en la construcción de canales, á alumbramiento de aguas subterráneas, pozos artesianos, motores, máquinas elevatorias y riegos, propiamente dichos. También ha aumentado considerablemente los datos hidrológicos de España, y añadido al final una sección legislativa de aguas, que hace mucho más útil y apreciable el libro en cuestión.

La ampliación, como se ve desde luego, es grande, y ha aumentado, por lo tanto, la extensión de la obra, que consta ahora de dos tomos, que suman 1.148 páginas de provechosa y muy interesante lectura.

Por estos y otros trabajos de aplicación á la agricultura, el entendido profesor de construcción y mecánica aplicada de la Escuela de montes del Escorial ha obtenido, con sobra de mérito para ello, varios títulos y condecoraciones honoríficas del extranjero, que, como ganadas que son en buena lid, aquilatan más y más el valor de su obra, la cual ocupará siempre uno de los más distinguidos lugares en la bibliografía científica española, marcando á la vez una honrosa época en la historia de nuestros progresos en el saber agronómico.

J. J. y M.